Veronica Raimo

Nada es verdad

Traducción de Carlos Gumpert





Veronica pasa su infancia y adolescencia en un barrio de Roma junto con su excéntrica familia: una madre omnipresente que vive permanentemente angustiada, un padre lleno de estrafalarias obsesiones y un hermano mayor, casi perfecto, que es el centro de toda la atención. Día a día tendrá que sortear situaciones tan embarazosas como desternillantes y descubrirá la impostura como forma de mantenerse cuerda y lidiar con la vida que le ha tocado en suerte.

En esta divertidísima novela, ganadora del Premio Strega Giovani y que ha causado sensación en Italia, Raimo nos ofrece una precisa radiografía de esa energía paralizante que puede llegar a ser la familia y de la empresa siempre incierta que es convertirse en mujer.

Nada es verdad es un extraordinario retrato generacional, feroz e irreverente, sobre vínculos, pérdidas, desastres familiares y la aventura de crecer; una novela que rebosa inteligencia y que nos recuerda el valor siempre terapéutico de la comedia.

Veronica Raimo

Nada es verdad

ePub r1.0

Titivillus 26.12.2023

Título original: *Niente di vero*
Veronica Raimo, 2022
Traducción: Carlos Gumpert

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para Cecilia, Glenda y Milena

Robert me había dado a conocer una sensación moral muy yurok: la vergüenza. No el sentimiento de culpa, no había nada de lo que sentirse culpable; solo la vergüenza. Te pones roja de rabia, enmudeces y procuras resignarte. En parte debo agradecer a Robert el profundo respeto que siento por la vergüenza como instrumento social.

URSULA K. LE GUIN, «Tíos indios»

Nota del editor: el título original de esta obra, *Niente di vero*, contiene una ambigüedad intraducible en español: significa literalmente tanto «nada de cierto» como «nada de Vero», en referencia a Veronica, la protagonista de la novela.

Dicen que cuando en una familia nace un escritor esa familia está acabada.

En realidad la familia saldrá adelante sin mayor problema, como siempre ha ocurrido desde la noche de los tiempos, mientras que quien acabará mal parado será el escritor en su desesperado intento de matar a madres, padres y hermanos, solo para volvérselos a encontrar inexorablemente vivos.

Mi hermano muere muchas veces al mes.

Es mi madre quien me llama para avisarme de su fallecimiento.

—Tu hermano no me contesta al teléfono —dice en un susurro.

Para ella el teléfono certifica nuestra presencia en la tierra, en caso de falta de respuesta no hay más explicaciones que el cese de la actividad vital.

Cuando me llama para decirme que mi hermano ya no está con nosotros no pretende que la tranquilice, lo que quiere es más bien que participe en el duelo. Padecer juntas es su forma de felicidad: mal de muchos, consuelo total.

A veces las razones de la muerte son triviales: un escape de gas, un choque frontal con un coche, un golpe en la cabeza tras un resbalón.

Otras veces los escenarios se vuelven más complejos.

El último Lunes de Pascua, tras la llamada de mi madre, llegó la de un joven carabinero:

—Su madre ha denunciado la desaparición de su hermano, ¿puede confirmárnoslo?

Llevaban un par de horas más o menos sin saber nada el uno del otro. Él había salido a comer con su novia, ella no dejaba de atormentarse pensando por qué no estaba comiendo con la persona que le había dado a luz.

Intenté tranquilizar al joven carabinero, todo estaba bajo control.

—No —me soltó—, no está todo bajo control, en la centralita se están volviendo locos.

En aquella circunstancia particular mi hermano no había muerto aún, sino que estaba en las últimas. Se hallaba en un garaje tras haber sido secuestrado y torturado por los verdugos del Partido Democrático. Hacía poco que era concejal de Cultura del tercer distrito de Roma y de vez en cuando se producían escaramuzas con sus compañeros de partido.

—No debes pelearte con nadie —le aconsejaba mi madre.

—Mamá, yo no me peleo, hago política.

—Como quieras, pero luego haced las paces.

Tras constatar que su hijo sigue vivo, mi madre siempre se siente mortificada. Pone el mohín contrito de una niña de doce años. Y también la voz de una niña de doce años. ¿Cómo vas a guardarle rencor a una niña?

—¿Crees que debería llevarle unos pastelillos a los carabineros? —me pregunta con su vocecita.

Quién sabe además por qué había llamado a los carabineros y no a la policía. No me atrevo a profundizar en el asunto porque podría duplicar el número de llamadas. Los bomberos, por ejemplo, la protección civil. Nunca se le ha ocurrido.

Mientras le dura el pánico mi madre regatea con el Señor y se impone renuncias. No comer dulces, no ir al cine, no leer revistas, no escuchar Radio 3 [1] durante días, meses, años. Actualmente no puede ir a la peluquería ni ver la televisión. A veces la combinación es nada de Radio 3 y nada de dulces. O nada de café ni zapatos nuevos. Hay encajes, emparejamientos, depende.

Voy a verla porque estoy preocupada.

—Ah, Verika, ¿eres tú? —Mi madre me llama Verika—. Esperaba que fuera tu hermano.

Sigue viviendo en la casa donde yo me crie, en una zona residencial de la periferia noreste de Roma. El mismo distrito donde su hijo se ha convertido en concejal de Cultura. Me gustaría persuadirla de que por lo menos transforme alguna de sus renuncias en una acción útil:

—Métete en algo de voluntariado —le digo—, estoy segura de que el Señor estará de acuerdo.

Menea la cabeza y me pide que encienda la televisión y le cuente lo que está pasando en el mundo. Se tapa los ojos con las manos, pero la veo espiando entre los dedos índice y corazón. Busca a tientas el mando a distancia y sube el volumen:

—Caramba, no se oía nada.

Mientras mi hermano era rehén de los torturadores del partido, mi madre aguardaba temblorosa la llamada fatal:

—Me había jurado a mí misma que saltaría por la ventana.

—Qué ideas más bonitas, mamá. Así yo me habría pasado el

Lunes de Pascua con un hermano hecho trizas y una madre despanzurrada contra el suelo. —Luego me asalta una duda—: Una cosa, si me hubieran matado a mí, ¿habrías saltado también?

Silencio.

No me mira porque sigue teniendo una mano delante de los ojos.

—¿Me oyes? ¿Habrías saltado?

—Vamos, no me hagas preguntas tan tontas.

Cuando vuelvo a mi casa y pienso en el asunto, hay algo que no encaja en esa escena del suicidio frustrado. En casa de mis padres no hay ni una sola ventana desde la que se pueda saltar. Son demasiado pequeñas, porque todas han sido cortadas por la mitad.

A mi padre le dio por dividir las habitaciones, sin motivo alguno. Simplemente levantaba una pared dentro. Levantaba paredes en las habitaciones, no se puede decir de otra manera.

Éramos cuatro personas viviendo en un piso de sesenta metros cuadrados en el que había conseguido sacar tres dormitorios, un salón, una cocina, un comedor, un porche y dos cuartos de baño, además de un largo altillo que recorría toda la casa y rebajaba el techo. Una persona especialmente alta se habría dado con la cabeza en él, pero nadie en nuestra familia tenía ese problema.

No había puertas propiamente dichas, solo puertas correderas sin cerradura. Era como vivir dentro de un decorado teatral, las habitaciones eran puramente nominales, simulaciones en beneficio de los espectadores.

Durante un cierto periodo de mi infancia, mi habitación solo existía por la noche. Durante el día volvía a ser un pasillo. Por la noche, cuando tenía que irme a dormir, cerraba dos puertas plegables y derribaba un trozo de pared que en realidad era una cama abatible. Por la mañana todo desaparecía, la escena cambiaba. Se movían paneles, se levantaban telones. Más tarde mi cubículo se trasladó al de mi hermano, un paralelepípedo colocado en la esquina de la habitación como si fuera un trastero dispuesto horizontalmente. La ventana —como todas las demás— había quedado partida por la mitad a causa de la pared: si quería asomarme al mundo tenía que conformarme con una hoja del tamaño de la puerta de un minibar.

«Solo quería decirte que no habrías cabido por la ventana», le escribo a mi madre.

«Gracias, cariño —responde—, tomo nota».

Aprendí a leer a los cuatro años. En cualquier otra familia me habría ganado un «muy bien» por lo menos; en la mía fue un dato completamente irrelevante dado que mi hermano había aprendido a los tres y a los cuatro ya se sabía de memoria las capitales del mundo, los nombres de los presidentes americanos en orden cronológico con la fecha de su toma de posesión y los de los jugadores de la Juventus desde 1975, año de su nacimiento.

De hecho, en el reparto de papeles, que él hubiera acaparado el del genio en casa me había permitido vivir mucho más tranquila. Mi madre sostiene que ante la posibilidad de entrar un año antes a primaria, como mi hermano, yo contesté: «No, mamá, gracias. Quiero ser como todos los demás».

Dudo de que a los cinco años tuviera suficiente conciencia como para pronunciar una frase semejante, pero es verdad que en cierto modo me encontraba en la situación de no tener que demostrar nada a nadie. Para mi hermano las cosas no eran tan sencillas. No le envidiaba.

Hay una anécdota que siempre cuenta mi madre. Una vez, en un restaurante, él —que aún no había cumplido los tres años— agarró el menú y empezó a declamarlo desde lo alto de su trona. Marcaba los puntos y aparte, adivinaba los hiatos y duplicaba las consonantes adecuadas. El camarero que había venido a tomar el pedido se limitó a esperar con gesto aburrido a que el mocoso terminara su actuación. Cuando mi hermano llegó al final de la lista de postres, el camarero seguía allí de pie con el bolígrafo en la mano sin demostrar el menor signo de admiración.

—Entonces ¿tomo nota o vuelvo dentro de un rato?

En ese momento, el pequeño genio, presa de la frustración, cogió un vaso de la mesa y empezó a morderlo.

Mi madre se muestra siempre muy orgullosa cuando cuenta esta anécdota y, al igual que a su hijo de tres años, le sienta muy mal que a alguno de los presentes el relato no parezca hacerle excesiva

gracia, hasta el punto de que vuelve a empezar la historia para explicar los pasajes básicos.

Cuando mi madre nos presentaba a gente nueva, decía: «Mirad, estas son mis joyas». Como lo más habitual era que no se entendiera la referencia, entonces, con aire profesoral, propinaba toda la historia de los Gracos y volvía feliz a su apostilla: «¡Mirad, estas son mis joyas!».

Sin embargo, no todas las joyas son iguales. Después de enumerar las cosas increíbles que mi hermano era capaz de hacer —poemas en octosílabos sobre las hazañas de Garibaldi, ecuaciones con dos incógnitas, crucigramas de dos caras sin esquema, partidas de Master Mind resueltas en tres movimientos—, llegaba mi turno. «Y a Verika le gusta dibujar», decía. Y ya está.

Lo que ni siquiera era cierto, pero en cualquier caso, a falta de alguna genialidad desbordante, se había decidido que no se me daba mal el dibujo. El abuelo Peppino, el padre de mi padre, también había tenido su papel en la construcción del personaje. De pequeña el único juego que me gustaba de la revista de pasatiempos era «¡Esto lo he hecho yo!». Consistía en realizar un dibujo a partir de un par de líneas ya impresas dentro de una viñeta. Una vez dibujé una especie de extraterrestre, que mi abuelo tomó por un gato y rebautizó como *El gato curiosón*. Un mes más tarde me regaló un volumen ilustrado de las fábulas de La Fontaine diciéndome que era el premio de la revista de pasatiempos por mi gato curiosón. Ya entonces sabía yo que me estaba mintiendo descaradamente, porque había comprobado los dibujos premiados y no había ni rastro de mi extraterrestre que se hacía pasar por gato.

En todo caso me alegré por el regalo y, sobre todo, me convencí de que si mi abuelo podía mentir, con más razón entonces podía hacerlo yo. Fue así como un día, mientras esperaba a que mi madre terminara una reunión de profesores, me colé en un aula donde había dibujos al óleo secándose bajo los pupitres. Yo estaba en tercero de primaria, aquellos eran dibujos de tercero de escuela media[2]. Pasé revista a todos, uno a uno, dejando mis pequeñas huellas en los bordes, y luego decidí robar un mar tormentoso y un refugio nevado. Abaniqué bien las hojas durante unos diez minutos, las soplé y las metí en mi carpeta.

Mi padre me había regalado un miniestuche de témperas en

miniatura, y un domingo por la tarde decidí poner en escena mi representación. Después de comer me encerré en mi cuarto fingiendo estar sumida en un frenesí creativo. Volví a aparecer horas después con mis dos obras maestras. Nadie prestó atención al hecho de que ya estuvieran secas, ni a que estuvieran pintadas al óleo y no al temple, ni a que en el reverso hubiera un nombre borrado con bolígrafo azul.

Mis padres estaban tan entusiasmados con esos dos cuadros —serían los únicos de toda mi carrera— que decidieron enmarcarlos y colgarlos en el pasillo.

Cuando llegaban invitados a casa siempre había un momento para una visita guiada por la pinacoteca del vestíbulo, y ante el aluvión de cumplidos sobre la espectral oscuridad de aquel mar tumultuoso y la romántica soledad de la cabaña montañosa, acabé convenciéndome de que parte del mérito de verdad me correspondía. Era yo quien había decidido qué cuadros robar, no me había dejado seducir por trazos nítidos o pinceladas pueriles, ni mucho menos por vulgares retratos de familias felices, arbolillos o paisajes bucólicos. Ya había adivinado dónde anidaba mi acendrada vocación por el *Sturm und Drang*.

Los dos cuadros siguen colgados en el pasillo de casa de mi madre. Cuando voy a verla y paso enfrente de ellos me asalta la tentación de decirle la verdad, pero mucho me temo que no me creería. Mis raros intentos de ser sincera con ella no se los toma nunca en serio, sino que los mira más bien con una mezcla de recelo y lástima. Si se percata de mi turbación ante los cuadros se me acerca y me acaricia la cabeza, como si hubiera vuelto a ser la niña que los hizo, aunque esa niña no sea yo.

—¿Quieres que mamá te compre un lienzo? —me pregunta.

A veces imagino que la firma oculta por mi mano criminal de ocho años sale a la superficie como en un cuento de terror, que la nieve inmaculada del refugio de montaña se tiñe de tinta azul. Otras veces me digo que debería llevarme los cuadros, sacar las hojas del marco e intentar descifrar el nombre, buscarlo en Facebook, pedir disculpas treinta años después, escribir una larga carta en forma de novela:

> Queridos artistas, perdonadme. Quién sabe qué rumbo habrá

tomado vuestra vida. Y quién sabe lo que pensaríais aquella mañana al entrar en clase, cuando, con los ojos aún húmedos por el sueño, deslizasteis vuestra mano talentosa bajo el pupitre sin encontrar vuestros dibujos. ¡El impacto con el vacío! ¡La desconfianza cósmica! Ah, cómo me atormenta ahora el que mi mentira pueda haber engendrado otras. ¿Qué le dijisteis al responsable de Educación Plástica? «¿Tendrá que disculparnos, profesora, alguien nos ha robado los dibujos?» ¿Os creyeron o se rieron de vosotros? Tengo que imaginar la mofa de toda una clase, la crueldad infantil que humilla a los mejores de su estirpe. Qué tormento más desgarrador…

Y en efecto, desecho la idea al instante.

Mi hermano y yo hemos acabado siendo escritores los dos. No sé qué dice él cuando le preguntan el porqué, yo digo que es gracias a todo el aburrimiento que nos transmitieron nuestros padres.

Si mi madre era hiperaprensiva, mi padre tenía una forma más sutil de paranoia. Sus estudios de química le llevaban a considerar el mundo como un receptáculo de agentes nocivos de los que había que protegerse constantemente. Es decir, teníamos que limitar al máximo las salidas de casa y asfixiarnos entre cuatro paredes, que en nuestro caso eran cien.

Yo tenía ocho años cuando se produjo la explosión del reactor de Chernóbil. Mi familia, incluso cuando la emergencia parecía haber terminado, siguió inmersa en un escenario de película postapocalíptica, fingiendo que vivíamos no en una ciudad relativamente próspera de Occidente, sino en una de esas Zonas X de ciencia ficción con un alto nivel de aire contaminado.

En cualquier trama catastrofista que se precie, cuando el mundo está infectado lo único importante es preservar los lazos de sangre: la familia.

Así que durante tres años mi padre nos impidió comer fruta y verdura, huevos, leche fresca, ir a restaurantes o comprar un trozo de pizza en la calle. Los únicos alimentos permitidos eran productos enlatados envasados antes del 26 de abril de 1986.

No era fácil ceñirse al protocolo, pero debo confesar que la cosa tenía su encanto, hacía que me sintiera como una heroína en un estado de cuarentena invisible para todos los demás. Estar encerrados en nuestro piso saneado comiendo atún y judías como pioneros, inventando excusas inverosímiles cuando iba a hacer los deberes a casa de alguna compañera de clase y me ofrecían un bocadillo, o vigilando las fechas de envasado en el supermercado como si fueran códigos secretos reservados solo para nosotros, los elegidos.

Al final todos acabamos con un déficit vitamínico considerable,

y aunque mi madre nos drogaba con BeTotal y Co-Carnetina, ninguno de nosotros tenía buen aspecto. En todo caso habíamos sobrevivido. Como mucho, ya nos las apañaríamos con el escorbuto. Gracias a la estricta educación de mis padres, ni mi hermano ni yo aprendimos nunca a hacer cosas tan temerarias como nadar, montar en bicicleta, patinar o saltar a la comba (era cuestión de un instante el ahogarse, partirse la cabeza, romperse una pierna, acabar ahorcado).

Nos pasamos la infancia encerrados en casa aburridos como ostras. Era una actividad tan intensa que no tardó en convertirse en una pose existencial. Sabíamos aburrirnos como nadie.

En el patio del edificio siempre había niños jugando, sus cacareos nos llegaban como una lengua salvaje a la que no teníamos acceso. Los espiábamos a través del ventanuco, en silencio, con la luz apagada. Dejábamos que asomaran unos centímetros de cara desde el alféizar por turnos (no había sitio para los dos) y volvíamos a agacharnos de golpe si uno de los niños levantaba la vista para seguir la parábola de una pelota en el aire. Nos aterrorizaba la idea de que pudieran vernos, porque una invitación a bajar habría sido imposible de manejar. Dos pequeños espías parapetados dentro de la casa.

Lo malo es que no éramos capaces siquiera de percibirnos a nosotros mismos de esa manera. Por decir algo, podríamos haberlo convertido en un juego, «¡Ajá! ¡No nos han visto!», con la emoción de no ser descubiertos, comentarios sobre quién era el más guapo o guapa del grupo, o por lo menos la indolencia vibrátil de los viejos frente a unas obras; en cambio, nada, no éramos más que un par de chavales expertos en aburrirse como ostras.

Un día, en nuestro estado de clandestinidad, nos tocó enfrentarnos a un atroz dilema moral. Los niños del patio jugaban al fútbol con un sapo. Al principio el animal estaba simplemente colocado en el medio y rodeado, como el típico perdedor en una escena de acoso escolar adolescente. El sapo se había atrevido a dar un par de saltos, pero era evidente que no tenía ningún plan de huida en la cabeza. Entonces del círculo de piernas surgió la primera patada. Así empezaron a pasárselo. Desde nuestro puesto de avanzadilla oíamos más los grititos idiotas de los humanos que el sonoro impacto de un zapato sobre la corteza verrugosa del animal,

o el golpe sordo sobre el asfalto cuando alguien erraba el pase, pero todo resonaba en mi cabeza. Mi hermano y yo nos dimos la mano ante la interminable duración del tormento. Creo que él estaba rezando, le oía balbucear letanías, aunque no podía hacerse la señal de la cruz porque yo no le soltaba la mano. Lo único que yo esperaba era que el sapo la palmara lo antes posible y nos librara de la agonía. No podíamos decir ni una palabra. O mejor dicho habíamos elegido deliberadamente no hacerlo. Temerosos e ineptos, como siempre. ¿Era eso de lo que nuestros padres intentaban preservarnos? ¿El alegre descubrimiento del mal en el patio trasero? ¡El horror, el horror!

Cuando por fin llegó el descubrimiento de los libros, no fue una forma de evasión, sino más bien una apaciguadora coalescencia de hastío. Casi podía visualizarla, blanca y fangosa: leer era como hundirse en una ciénaga de leche. Permanecía sumergida durante horas, hasta que incluso mi cuerpo se volvía flácido, con el agua estancada filtrándose por mis poros. Sentía que todo tenía sentido de repente, un fenómeno de transubstanciación, mi carne se convertía en hastío. No hubiera sabido decir si un libro me gustaba. Pero no era esa la cuestión. Es más, la idea misma de que la lectura pudiera convertirse en un placer era completamente engañosa. ¿Para qué crearnos esa aflicción innecesaria? Había algo que mi familia temía más que la nube tóxica de Chernóbil: el hedonismo.

Antes de que llegaran los libros y nos doparan de aburrimiento, mi hermano y yo habíamos desarrollado otros pasatiempos.

El genio de la casa había inventado un juego que jalonó nuestras tardes durante varios veranos. Desde después de comer, y así hasta la puesta de sol y la hora de la cena, cuando nos obligaban a levantarnos, nos tumbábamos muy juntos en el suelo, con los codos apoyados en el suelo y un cuadernito delante, para jugar al juego de los números. No jugábamos el uno contra la otra, sino el uno al lado de la otra, porque el juego no era competitivo. De hecho ni siquiera era colaborativo. Se parecía más al ejercicio zen de contar las ovejas que saltan la valla para quedarse dormido. Tirábamos un dado y apuntábamos el número que salía. Nos pasábamos horas haciéndolo. Devotos, absortos. Los dos éramos grandes fans del cinco, así que la única tensión real del juego consistía en esperar que el cinco saliera tantas veces como fuera posible. Que demostrara su superioridad. Mientras tiraba mi dado, vigilaba a mi hermano que tiraba el suyo, intuía en su mirada concentrada la esperanza de que le saliera un cinco y luego miraba su mano firme y honesta mientras marcaba una cruz bajo el número cuatro. Apenas un destello de pesar en sus ojos y la fe intacta, listo para el siguiente lanzamiento. Procurando que no me viera, yo marcaba una cruz debajo del cinco en mi cuaderno, dejando caer una cortina de dedos delante de mis dados con un mísero dos. Me atrevía a hacer trampas en un juego zen, no tenía el menor sentido. Sin embargo era incapaz de evitarlo.

Cuando mis padres nos llamaban para cenar y comparábamos cuadernos, a mí siempre me salía el cinco ganador. No sé si mi hermano era consciente de que le estaba engañando, o si ni siquiera podía concebir una mezquindad semejante. Intentaba descifrar esos datos y le sorprendía cómo rehuían toda regla estadística. Se afanaba por desenterrar otra lógica posible, se adentraba en sus primeras exploraciones en la metafísica. ¿Cómo podía ser que me

salieran tantos cinco? Luego me daba una palmadita en la espalda y me decía: «Muy bien».

He pensado a menudo en ese «muy bien». Para preguntarme si no sería por el principio de los vasos comunicantes: si mi hermano no se vería obligado a soltar unos cuantos «muy bien» para permitirse asimilar todos los que le dirigían a él. También me preguntaba si no sería una de sus primeras manifestaciones de sarcasmo. Involuntario tal vez. Me preguntaba si lo que de verdad pretendía con ese «muy bien» era en cambio felicitarme por esa apuesta irracional, por mi intento de romper el aburrimiento de su juego sin sentido haciendo algo aún más sin sentido. Como si quisiera decirme: ¿cómo salimos de este cuartito? ¿Cómo nos podemos librar de él?

Y, en efecto, eso es lo que he hecho siempre en mi vida. Cada vez que me he sentido encerrada en un cuartito, dentro de un juego con reglas, no me he esforzado por escapar, sino por contaminar el raciocinio de la habitación y las reglas. Imaginando cosas falsas, diciéndolas, provocándolas, hasta el punto de creer en ellas. Hasta el punto de pensar que al tirar un dado siempre puede salir cinco, aunque no sirva absolutamente para nada.

De adolescente intenté forzar las reglas de mi habitación escapándome de casa. Mi plan chocó inmediatamente con la organización espacial de nuestro piso. Había preparado mi equipaje de fuga, bien compacto, apenas más grande que un fardo, pero aun así demasiado voluminoso para que cupiera por el mezquino hueco al que había quedado reducida la ventana de mi cuartito. Así que separé mis pertenencias en tres bolsas de plástico y las tiré abajo. Luego anuncié a mis padres que iba a comprar un helado.

Incluso hoy en día, debido a la forma en que se desarrolló mi fuga, cuando se me ocurre tomarme un helado con mi madre o dejarle chupar la mitad del mío porque es una de sus renuncias («Al Señor no le importará si me dejas probar un poco»), le falta tiempo para sacar a relucir la anécdota: «Qué mona estabas con tus perturbaciones de adolescente».

Antes de tirar mi ropa y un par de libros por la ventana, había robado un millón doscientas mil liras en efectivo del armario de mi padre. Guardaba el dinero muy dobladito bajo el cinturón enrollado, el peine y un tapón de corcho que quemaba y luego se pasaba por el bigote para tapar los pelos blancos.

Invertí las primeras treinta mil liras en comprar una mochila y meter en ella el contenido de las bolsas. Mi plan a medio plazo era coger un tren a París al día siguiente. No contaba con dirección ni conocidos, solo con un atracón de películas francesas mediante las que esperaba reconocer los cafés adecuados.

El plan a corto plazo era coger el tren a Fiumicino y despedirme de Bra —el chico con el que salía—, que se marchaba a Irlanda. Era la época en la que Irlanda estaba de moda y pasar tres semanas entre pueblecitos insustanciales, verde, llovizna, cerveza negra y música de mierda parecía una experiencia que había que vivir.

Se trataba del primer verdadero adiós de mi vida. Para ser sincera llevaba dándole vueltas a ese momento desde el primer día en que empezamos a salir; de hecho creo que me había liado con él

a propósito para romper. La idea de que se iría pronto me aseguraba un sufrimiento del que disfrutar sin el esfuerzo de tener que buscarme otro.

Me había ido a la cama llorando todas las noches en previsión de esa ruptura. Tenía quince años.

Huir de casa se había vuelto necesario porque mis padres me habían impedido vivir el momento de la trágica despedida que llevaba meses anhelando. En efecto, el día de la partida de Bra coincidió con el cumpleaños del abuelo Peppino. Habíamos quedado a comer en su casa, y mis razones sentimentales no habían resultado lo bastante convincentes como para justificar la defección.

Cuando llegué a Fiumicino, Bra me dedicó una sonrisa ambigua, como si quisiera ligar, y luego se dio cuenta de que era yo.

—¿Qué coño haces tú aquí?

Cargaba a hombros con su guitarra para tocar en las calles de Dublín y reunir dinero para el viaje. En la cabeza, la gorra para las ofrendas. En el bolsillo, las letras de Bob Dylan.

En todo caso había montado mi número. Me sentía feliz, me sentía triste, todo había salido como debía.

—Pero, oye, ¿es que no te das cuenta de que esta tía se ha escapado de casa por ti? —dijo el amigo con el que se iba mientras me quitaba la etiqueta del precio que seguía colgando de la mochila, y solo entonces pude ver en la mirada de Bra algo que confundí con un sentimiento de ternura y que, con mayor probabilidad, era de pánico.

La segunda parte del plan de fuga, antes de coger el tren a París al día siguiente, consistía en pasar una noche en casa de Ernesto, el chico que trabajaba en la heladería. Era la única persona que conocía que vivía sola, porque tenía veinticuatro años.

Junto con Cecilia, mi mejor amiga —en aquella época esa expresión tenía un valor ontológico—, solíamos ir a su casa a comprar costo y a leer sus cómics. Era una especie de hermano mayor o de tío disoluto. Nunca había intentado ligar con ninguna de las dos. Y para nosotras, aunque sin confesárnoslo, eso había supuesto una decepción.

No sabría decir por qué no se aburría en compañía de dos adolescentes apasionadas por *Sensación de vivir* y por Proust y respecto a las que no parecía albergar segundas intenciones; quizá

simplemente estaba demasiado colocado.

Cecilia no solo era mi mejor amiga, sino que se había convertido en mi modelo de referencia desde el primer día de instituto, cuando se sentó en el pupitre de delante. Era mucho más alta que yo, dibujaba mucho mejor que yo y, sobre todo, había leído más libros que yo, algo que nunca me había pasado con una chica de mi edad. En lugar de herir mi orgullo, perder esa plusmarca consiguió redimir por fin a los libros de la ciénaga del aburrimiento y del monopolio de lo que yo consideraba simplemente un asunto familiar.

Cecilia no se limitaba a leer los libros que encontraba en casa, no los sufría como una forma de sucesión impuesta, sino que los compraba. Ya había desarrollado gustos personales, y fue ella —por ejemplo— quien me hizo descubrir a Philip Roth.

Me presenté en casa de Ernesto con la mochila al hombro. Le conté que estaba sin llaves, que mis padres se habían marchado y que tenía un tren a París al día siguiente. ¿Podía quedarme a dormir en su casa?

No sé si había seguido todo el discurso, pero asintió y empezó a liarse otro porro, aunque ya tenía uno puesto en la oreja.

—Si quieres puedes ducharte —dijo.

—Gracias, no importa.

—Importa, hazme caso.

Los cuarenta grados de Roma en agosto, la adrenalina de la huida, el robo a mi padre, la emoción de aquella despedida y las hormonas de la adolescencia se dejaban notar. Llevaba todo el olor de aquel día encima, desde el desayuno en casa de mis padres, cuando aún era una hija y planeaba con oculta malicia mis días venideros, las miradas a mi hermano incapaz de captar el significado, los libros adecuados para llevarme, ¿serán suficientes cinco pares de bragas? ¿Solo pantalones o también un vestido? El último adiós a Klaus Kinski —cuando venían mis amigas me preguntaban por qué tenía una foto de mi abuelo en la pared—, y luego los pasos rápidos y decididos, mi máscara de adulta, el latido del corazón que traicionaba el camuflaje, pero la voz que se mantenía firme al dar el anuncio: «Salgo a tomar un helado». Sí, había sido un gran día y quería conservar todo su aroma.

Pasé mi última hora de libertad leyendo *Ranxerox* en el sofá de

Ernesto, adoptando inútiles posturas de Lolita mientras él deambulaba en calzoncillos por la casa y regaba flores muertas en el balcón con una botella de cerveza. Entonces sonó el teléfono. Ernesto fue a contestar y vino a decirme:

—Es tu padre.

—No quiero hablar con él.

—Me parece que no te queda otra, quiere denunciarme por secuestro de menores.

Mi padre se marcó un brillante farol por teléfono. Me dijo que solo quería hablar, luego sería libre de hacer lo que quisiera. Piqué como una colegiala. ¿Ir a París? Claro, por qué no. ¡Y también a Lisboa! ¡O a Helsinki!

—Pero llama a tu abuelo, que está más cabreado que un mono.

Ernesto me regaló una caja de cerillas con un par de porros para afrontar la velada.

—Lo siento, pero me mandabas al trullo.

Le di un beso en la mejilla para demostrarle mi afecto y la solidaridad de los camaradas contra los guardias, pasara lo que pasara. Me puso la mano en la cintura, estrechándome más contra él. Entonces vaciló, como si, aunque fuera por un instante, le hubiera invadido una fuerza vital que ya le había abandonado.

Dos minutos más tarde oí a mi padre charlar con él por el interfono, hablándole de usted.

El plan final de la fuga me encontró cenando en una cafetería con la familia reunida. Nos tomamos en silencio una pizza chiclosa que mi padre me hizo pagar antes de recuperar el resto del dinero. Cuando llegamos a casa, mi madre me dijo socarronamente:

—Ya verás como te llama mañana.

Se refería a Bra. Era él quien me había traicionado.

Poco antes de que el avión despegara se emitió el anuncio a bordo: «Aviso importante a todos los pasajeros. Se ha denunciado la desaparición de una menor». El altavoz dijo luego mi nombre. Bra había sido escoltado fuera y conducido hasta un teléfono para hablar con mi madre. Lo había contado todo. Incluso había dado nombres: Ernesto, el heladero. Desconocía su apellido. Y así todos mis sueños de construirme una nueva vida en París se habían hecho añicos.

Repensándolo hoy, me pregunto por qué mi plan nunca había

contemplado la idea de irme con él a Irlanda. Ni siquiera lo había tenido en consideración. Y menos mal, ya que iba a reunirse con Anastasia, que estaba haciendo un curso de verano en Dublín, en un piso pagado por sus padres. Pero eso no lo sabría hasta más tarde.
Me pasé el mes de agosto encerrada en mi cuartito, mirando por aquel ventanuco por el que hubiera sido imposible saltar y esperando una llamada que no llegaba. Mi hermano me miraba con compasión, Klaus Kinski me miraba fijamente con severidad.

Cuando pasaron las tres semanas salí de la clausura para ir hasta el teléfono y llamar a casa de Bra.

Tenía seis hermanos. Los siete pronunciaban la erre a la francesa y tenían apodos cuyo origen estaba rodeado de misterio: Uomme, Tippe, Cro… Y él, por su parte, era Bra. A mí me habían rebautizado Caniji. La primera llamada quedó sin respuesta. Alguien con la erre a la francesa me comunicó que Bra no estaba.

—¿Puedes decirle que he llamado?

—Sí, por supuesto.

Nadie me devolvió la llamada.

Durante los días sucesivos seguí llamando por teléfono e interactuando con los hermanos de Bra, que contestaban con la voz de Bra para decirme que él no estaba. Me había vuelto legítimamente paranoica con la idea de que era Bra quien me contestaba y me decía que sí, por supuesto, que se lo haría saber.

—Uomme, soy Caniji, ¿está Bra?

—No, lo siento.

—¿Puedes decirle que he llamado?

—Sí, por supuesto.

—Uomme, dime la verdad, ¿eres Bra?

—No, soy Cro.

Al cabo de una semana dejé de hacerlo. Quité la foto de Klaus Kinski porque no podía soportar más su mirada crítica. Afortunadamente la pesadilla de agosto había terminado. Septiembre parecía un mes más digno para empezar a vivir de nuevo. Me topé con Bra unos días después, por casualidad, en la Festa
dell'Unità.
Abrazaba a una chica rubia con rizos que caían como serpentinas y una nariz tan pequeña que parecía falsa. De hecho, era falsa. Me

presentó a la rubia:

—Anastasia.

Yo dije mi nombre.

—Ah, pero si tú eres esa que se había escapado, nos tuviste muy preocupados.

Me quedé mirando las raíces oscuras de su pelo.

En las tres semanas irlandesas Bra nunca había dado señales de vida, pero para compensar sí había hablado con mi madre. Al parecer ella le había llamado para tranquilizarlo, diciéndole que yo estaba sana y salva en casa. Estaba confinada en una habitación de dos metros cuadrados, lloraba todo el día, daba cabezazos a los tabiques, había dejado de comer, pero seguía sana y salva.

No tengo ni idea de cómo consiguió mi madre el número del piso de Anastasia en Dublín, pero he dejado de preguntarme por sus dotes de investigación. Unos años más tarde, mientras estaba con Cecilia y otras dos amigas —Glenda y Milena— en un jacuzzi gigantesco en una fiesta de unos completos desconocidos con los que habíamos ligado por la calle, hubo una irrupción en el baño: «Francesca está al teléfono», dijo un chico alucinado, comprobando la temperatura del agua. Eran las dos de la madrugada. Mis amigas y yo, y un par de chicas igualmente desconocidas que chapoteaban con nosotras entre las burbujas y el gel de baño de coco, nos miramos para ver qué hacer con esa información. ¿Era un mensaje codificado que solo los más astutos podían captar? ¿La contraseña para la segunda parte de la velada? Pero luego añadió: «Dice que es la madre de Verika».

Media hora más tarde mi padre estaba allí abajo esperando en el coche para llevarnos a mí y a mis amigas a casa. Me subí en el asiento delantero mientras ellas se apretujaban en los traseros. Podía sentir sus cuerpos detrás de mí desprendiendo ira y aroma de coco; me costó casi un mes poder recobrar su amistad.

Luego, sin embargo, «Francesca está al teléfono» se convirtió en nuestra frase clave cuando teníamos la sensación de que alguna de nosotras la estaba cagando.

Era el chiste para marcar a los novios que nos parecían inadecuados («Hummm… de cara es guapo, pero Francesca está al teléfono»), los vaqueros que parecían demasiado ajustados («Te hacen el culo bonito, pero Francesca está al teléfono»), la señal

reveladora de que una de nosotras estaba a punto de desmayarse («Venga, pásame el porro, que Francesca está al teléfono»). Si queríamos alquilar una peli porno nos decíamos: «¿Qué tal una bonita peliculilla que Francesca está al teléfono?».
En todo caso, Francesca siempre estaba al teléfono.

En la universidad me había enrollado con un amigo de mi hermano por razones más prácticas que sentimentales. Buscaba constantemente la forma de huir de casa, pero era demasiado perezosa para conseguir un trabajo y permitirme alquilar una habitación. La idea de escapar siempre es electrizante, su gestión lo es un poco menos.

Loris, el amigo de mi hermano, colaboraba en un periódico y vivía en un pequeño ático en Monteverde que había heredado de su abuela. El piso era pequeño y tenía una absurda cama con dosel que ocupaba la mitad del espacio, pero era la cama de su abuela, así que se la había quedado. Entonces llegó el segundo trasto de la casa: yo. Y durante cierto tiempo también se lo quedó.

Me había mudado a su casa cuando no llevaba ni una semana siquiera saliendo con él, lo que quizá debería haberle hecho recelar, pero no le dejé tiempo para hacer las preguntas adecuadas porque un día me presenté directamente en su ático con mi maleta. Pensó que quería quedarme el fin de semana.

—No, toda la vida —dije. Mi romanticismo siempre tiene algo de siniestramente amenazador.

Si mi ambición era la de largarme de casa de mis padres, no sabría decir cuál era la de Loris. Era como si hubiera decidido adoptar a una hija ya mayor de edad y ya aburrida. Cuando volvía de las reuniones de la redacción miraba incrédulo el follón que yo había conseguido montar en un par de horas. Estaba convencido de que mi desorden era una acusación contra su ático de heredero que contradecía sus constantes autocertificaciones de subproletariado. En realidad no era más que indolencia.

Loris era el tipo de persona que podía poner los Clash a todo volumen en casa, imaginando que pogueaba contra criaturas invisibles, y luego volverse loco si alguien le cambiaba el orden de los bolígrafos en su escritorio. Nuestra historia terminó cuando empecé a utilizar sus melocotones maduros para apagar nuestras colillas (yo solo comía fruta verde).

Una noche, antes de que terminara nuestra breve convivencia, Loris y yo estábamos follando en la cama con dosel. Debían de ser las ocho y el teléfono de casa empezó a sonar obsesivamente. Loris siguió concentrándose en la actividad de su polla hasta que le resultó imposible ignorar el compulsivo zumbido. Se levantó para contestar. Era Francesca al teléfono.

—¿Está mi hijo contigo?

Mi madre no solo no saluda nunca, sino que se salta todo el paquete de cortesías inútiles —«¿Cómo estás?» «¿Molesto?» «¿Qué estabas haciendo?»— para ir directamente al grano.

—No, Francesca, lo siento.

—Pero ¿qué estará haciendo a estas horas?

—No lo sé, Francesca. A lo mejor está follando, como yo hasta hace dos segundos.

Estaba de espaldas, pero percibí la mueca divertida de Loris, orgulloso de esa estocada punk que lo redimía de los bolígrafos alineados sobre la mesa. Mi madre no se dejó intimidar.

—No os entiendo, chicos. ¿Tanto os cuesta llamar por teléfono a vuestra madre antes de echar un polvo?

Loris volvió a la cama con la polla desanimada y una semana después utilizó la excusa de los melocotones para mandarme sin piedad de vuelta a casa de Francesca.

Pero por suerte mi madre se encargó de vengarme. No dejaba de llamar a Loris para saber dónde estábamos mi hermano y yo, incluso después de que me hubiera echado de su ático. Y no le convenía hacerse el listo y hacer caso omiso del teléfono, porque a ella no le costaba nada tomar por asalto la redacción del periódico.

Mi hermano y yo teníamos que estarles muy agradecidos a nuestros amigos: salir con nosotros significaba aguantar llamadas de mi madre a cualquier hora del día y de la noche. No solo llamaba a cualquiera que tuviera la más tenue relación con sus hijos para supervisar constantemente su permanencia en la tierra, sino que, tras recibir noticias nuestras, hacía también una segunda ronda de llamadas para agradecerles su cooperación y asegurarles que todo había acabado resolviéndose bien.

Si su ansiedad por mi hermano aún la lleva a fantasear hoy con escenarios de desaparecidos argentinos, la que siente por mí nunca está teñida de heroísmo, si acaso de erotismo. A sus ojos nadie pretende acabar conmigo, sino simplemente acostarse conmigo.

Mi madre solo se acostó con mi padre, sea antes de comprometerse con él, sea durante todos los años de su matrimonio, sea después de su muerte. No tengo pruebas, pero tiendo a creerle. Nunca ha cogido un taxi en su vida porque está convencida de que cualquier taxista podría resultar un maniaco y llevarla quién sabe dónde. Cuando va a misa dice sentirse amenazada por el aquelarre de los viudos. Los chicos que le piden un euro para ayudarla con las bolsas de la compra tienen la evidente intención de tocarle el culo. Y qué decir de la sonrisa de satisfacción del carnicero cuando le mete las salchichas en la bolsa, o del frutero que insiste en regalarle un par de plátanos (que, en cualquier caso, ella acepta porque son gratis).

—Los hombres son todos unos libidinosos —me dice siempre.

Cuando era pequeña, esa palabra, *libidinoso*, me asustaba. Sonaba a pringosa, cenagosa. No sabía lo que significaba, pero el sonido era escalofriante.

El Rey de los Libidinosos era su compañero de Tecnología, un hombre fornido y bigotudo, siempre vagamente jadeante. Sudaba mucho y se limpiaba la calva con la manga de la camisa, pero aparte de eso era una persona como cualquier otra. Mi madre, sin

embargo, nunca perdía la oportunidad de recordarme lo libidinoso que era. Ella sacaba a relucir esa palabra y yo me aterrorizaba.

Cuando yo estaba en primaria tenía clases también por la tarde, a diferencia de mi madre, que era profesora de enseñanza media. Ella, sin embargo, organizaba por las tardes talleres de teatro con sus alumnos, sintiéndose como Strehler. Ese año trabajó en la puesta en escena de *La tinaja* de Pirandello. Aún no me dejaban volver sola a casa después del colegio, así que tenía que esperar en el patio a que me recogiera en su Escarabajo.

Le había cogido cariño a ese tiempo muerto de soledad. Se había convertido en parte de mí. Una parte fundamental. En esas horas me convertí en Veronika: una estrella del pop en permanente gira mundial que conocía hombres nuevos cada día y luego los dejaba, lista para marcharse hacia el siguiente destino. No sabía nada de sexo, así que sus encuentros nunca se consumaban en la cama, sino que se limitaban a desgarradoras escenas de despedida, ojos vidriosos y un «te amo» susurrado al oído o gritado al viento.

Me apoyaba en la verja del colegio y parloteaba para mis adentros, firmaba autógrafos, recibía avalanchas de cartas, hacía pruebas de sonido ante el estadio vacío y esperaba a que mi madre llegara tocando el cláxon desde un kilómetro de distancia.

Un día esperé en vano hasta las seis de la tarde. La bedela tenía que cerrar la verja. Veronika estaba tocando en Toronto con un ajustado vestido de látex blanco cuando el Rey de los Libidinosos se presentó en su cochecito. Mi madre había decidido asumir también el papel de encargada de vestuario y se devanaba los sesos para vestir a un niño de tinaja y a otros dos de media tinaja.

Me habían dado severas instrucciones para que no aceptara nunca, bajo ningún concepto, montar en coche con nadie, y ahora el mismísimo Rey de los Libidinosos me invitaba a entrar en su diminuto Panda para reunirme con mi madre en el colegio. Empecé a sudar más que él. Sufría. No sabía a qué principio obedecer. ¿A mi madre y sus admoniciones o al Rey de los Libidinosos y su autoridad adulta?

Entonces abrí temerosa la puerta trasera y me acurruqué en la parte de atrás. El Rey de los Libidinosos me hizo las preguntas clásicas que se hacen a los niños: «¿Qué has hecho hoy en el colegio?», «¿Tienes hambre?», «¿Quieres un helado?». Yo estaba allí

aplastada contra el respaldo y me preguntaba si sería esa precisamente la estrategia del Rey de los Libidinosos, empujarme a responder. Recordaba las advertencias de mi madre: no te fíes de los desconocidos. ¿Sería él un desconocido? Decidí guardar silencio. Él no dejaba de provocarme. «¿Te ha comido la lengua el gato? ¿Quieres que suba la ventanilla?» Nada. Yo no cedía. «Eres una niña muy tímida, ¿verdad?» Esa insinuación fue un golpe duro: fue entonces cuando sentí salir el primer chorrito, hasta que quedé completamente empapada. Me había meado de miedo. Había empapado las braguitas, los pantalones, el asiento e incluso la alfombrilla.

Cuando llegamos al colegio de mi madre no quería bajarme. El Rey de los Libidinosos me miró sin comprender. Parecía dulce, preocupado: «¿Qué ocurre?». Yo guardaba silencio. Entonces, por fin, perdió la paciencia: «Escucha, chiquilla, tengo cosas que hacer», tras lo cual salió y abrió la puerta para encontrarse ante aquel triste espectáculo.

Me dijo que esperara en el coche y fue al colegio a pedirle un secador de pelo de la bedela. Me llevó al baño de un bar y me secó por delante, me dijo que apoyara las manos contra la pared y me secó por detrás. También se secó la calva, quizá para ahorrarse el mojar la manga de la camisa. Luego me dio el secador para que lo devolviera. Pero a mí me daba mucha vergüenza y lo dejé en una papelera, antes de entrar en el colegio y cruzar apresuradamente el pasillo hacia el aula-teatro.

Mi madre seguía allí lidiando con las tinajas. Me senté en la última fila con las manos en el regazo para tapar la aureola de mis pantalones.

Me preguntaba si la palabra «libidinoso» significaba eso: un hombre adulto secándote las partes íntimas en el baño de un bar. ¿Debería habérselo dicho a mi madre? ¿Qué habría pasado? Después de todo su colega había sido amable, lo había hecho con buena intención.

Una hora antes era una estrella del pop planetaria y ahora volvía a ser una niña que se había meado encima. Decidí protegerme a mí misma y al Rey de los Libidinosos. Guardar esa vergüenza como un descubrimiento que solo me pertenecía a mí. Aparté las manos del regazo y crucé las piernas por primera vez en mi vida.

Mis momentos de soledad más profundos los he vivido en la taza del váter.

Desde muy pequeña, ir al baño ha sido una experiencia angustiosa para mí. Siempre he tenido que lidiar con mi incapacidad, con una ilimitada sensación de expectativas que tal vez no llevaran a ninguna parte. Ha sido mi aprendizaje de la frustración.

Quien nunca haya estado estreñido no puede comprender el tormento exasperante de esos larguísimos minutos, el lento deslizamiento hacia la desolación de un tiempo vacío, el anhelo de rendición.

El fracaso no es lo peor, lo peor es la indecisión, el estar en vilo.

Hay una parte de ti que no consigue abandonarte, por más que ya no te pertenezca.

Tu cuerpo empuja en direcciones opuestas, primero intenta liberarse, se contrae para hacer palanca en ese único centro de tensión, luego, exhausto, invierte el esfuerzo, intenta abrirse otra vez, acomodaticio, para acoger de nuevo en sí esa cabecita de recién nacido. La cuestión es que ya no le es posible hacer ninguna de las dos cosas. El cerebro envía impulsos contradictorios. Te gustaría tener otro cerebro que regulara al primero, que le dijera que parara o que se esforzara en un solo sentido, hasta la extenuación. En cambio la extenuación es la tierra de nadie.

Me he pasado horas interminables en ese punto muerto. Desesperada. Cómo se enfrenta uno a la ausencia de solución. Yo sola en la taza del retrete, incapaz de levantarme. Abandonada por el mundo.

A veces oigo a algunos escritores hablar de su sensación de desaliento cuando se enfrentan a la página en blanco. Como es natural a mí también me pasa, pero por muy mortificante que sea siempre hay algo demasiado heroico en esa imagen. La sensación de desafío, la fe en el acto creativo que nos compensará de todo. Mi

desaliento es diferente.

Mi abuelo Peppino era el único que había intuido mi íntimo sufrimiento. Cuando era niña esperaba media hora a que emergiera del baño. Yo no emergía, así que entraba él. Se ponía en cuclillas delante de mí y me apretaba las manitas. Me miraba fijamente durante largo rato, hipnótico. Sus ojos azules eran implacables, pero en ese momento se volvían dulces.

—Vamos, Cucarachilla, vamos, empuja, empuja…

Me llamaba Cucarachilla.

Yo empujaba. Me esforzaba todo lo que podía. Él no dejaba de apretarme las manos y me hablaba con delicadeza.

—Venga, que está saliendo, ánimo.

—¡No puedo!

—Sí que puedes.

Tenía que conseguirlo por él.

Lo intentaba de nuevo. Empujaba. Con las manos en sus manos.

—Tú puedes hacerlo.

La voz era firme y tranquilizadora. Me dolía la idea de decepcionarle. Sin embargo no lo conseguía. Intentaba que volviera atrás. Mi abuelo se daba cuenta y me apretaba las manos con más fuerza.

—Cucarachilla, no te rindas, ya casi estás.

Me entraban ganas de llorar. Creo que para él también era una tortura ver a una niña tan postrada por la vida, pero con su mirada límpida seguía infundiéndome confianza.

Entonces lo intentaba con una distracción. Quizá si me concentraba en otra cosa mis intestinos se sentirían menos vejados. Me colocaba sobre los muslos una revista de pasatiempos y me enseñaba a resolver jeroglíficos. Me fascinaban los dibujos, eran el arte sagrado de un universo más profundo, donde cada elemento estaba cargado de significado. Me perdía en ellos.

La situación no se desbloqueaba. Acababa resolviendo él los jeroglíficos bajo mi mirada de admiración, luego soltaba el bolígrafo y volvía a apretarme las manitas.

—Intentémoslo de nuevo.

Al cabo de otra media hora acababa cediendo.

Me soltaba las manos y comenzaba la extracción forzada. Luego nos lavábamos bien los dos e intentábamos olvidar el episodio.

Mi abuelo me contaba siempre que durante la guerra uno de sus camaradas confundió un excremento de perro con un trozo de pan duro y se lo comió. Tras un par de bocados se dio cuenta del malentendido, pero mantuvo cierto aplomo: «Pues te diré que no está tan mal después de todo».

Cuando me contaba estas anécdotas no quería hablarme de la brutalidad de la guerra, de las penurias o humillaciones que yo no había vivido, sino que era una forma de adoctrinarme en un principio ético fundamental: no hay nada tan asqueroso como el sentir asco por algo.

Nunca más he podido contar con una persona que me haya cogido de las manos mientras sufría en la taza del váter. Pedirlo no es fácil. Lo único que me ha quedado es la soledad y la incapacidad. Cada vez que me enfrento a esa aflicción empiezo a releer toda mi vida en estos términos: un conflicto constante entre abandonar algo y tratar de recuperarlo. La perpetua maldición de la tierra de nadie.

Una vez, cuando estaba en Cerdeña para presentar una de mis novelas, tuve la pésima idea de intentar ir al baño una hora antes de la presentación.

Al cabo de cuarenta minutos seguía jadeando y sudando, mientras empujaba con las piernas contra el suelo, con los brazos contra la pared, haciendo sentadillas. No había nada que hacer.

Empezaron a llamarme al móvil, luego vino alguien y llamó a la puerta de mi habitación. No contesté. Me quedaban unos diez minutos para presentarme o inventarme una excusa. Como siempre. Todas las verdades creativas ideadas para cubrir mis incapacidades. La alergia al cloro si alguien me invitaba a la piscina o una enfermedad autoinmune que me impedía tomar el sol para evitar ir a la playa con los amigos, solo porque no sabía nadar.

Me puse a llorar. Echaba mucho de menos a mi abuelo. Probé su método. Mi teléfono no paraba de sonar. Más golpes fuertes en la puerta de la habitación. Al final de la misión, vacié el frasquito del gel de ducha para lavarme las manos. Cogí el móvil para devolver la llamada: «Ay, qué horror, lo siento, me había quedado dormida».

La excusa me salió natural: sufría una forma paralizante de narcolepsia.

—Se manifestó hace cinco años. Ocurre sin aviso, de repente me quedo dormida. Pum. Me derrumbo.

Aprensión y desconcierto entre los presentes. Lo importante no es nunca la credibilidad, sino la autosugestión. Acabo convenciéndome de que no estoy mintiendo, de que existe una versión de mi vida en la que realmente sufro una narcolepsia incapacitante. Me prometo investigar sobre el tema en cuanto pueda.

—Pero es peligroso, pon que te ocurre mientras conduces por la autopista.

—En efecto, por eso no tengo carné.

Siempre me ha parecido falaz el refrán «El diablo hace las ollas, pero no las tapas»; en mi experiencia las mentiras tienen la cualidad intrínseca de generar coherencia, nexos causales, inferencias. Es verdad que no tengo carné de conducir, pero hasta entonces no tenía ninguna explicación al respecto: en aquel momento, en Cerdeña, las cosas habían encontrado su propia lógica. No sacarme el carné había sido una elección ética hacia mí misma y hacia los demás. Esa es mi teoría: tú déjalo trabajar en paz y el diablo hará las ollas y las tapas.

—¿Has probado alguna vez la acupuntura?

Sea cual sea la gilipollez que se me ocurra inventarme en la vida, siempre hay gente que me hace esta pregunta. En cualquier caso, no, nunca he probado la acupuntura, pero agradezco el consejo y me apunto el nombre y teléfono de la doctora china que hace milagros. Muestro la nota para asegurarme de que la ortografía es correcta. Si se puede creer en los milagros, ¿por qué no creer en la narcolepsia o en un desequilibrio congénito entre el fémur, la tibia y el peroné que durante más de treinta años cuento que me ha impedido mover los pedales de una bicicleta sin comprometer mi columna vertebral? (Aprendí a montar en bicicleta a los treinta y cinco años).

Nadie me ha llamado nunca por mi nombre completo: Veronica. Mi madre afirma que quería llamarme Corinna, pero luego mi prima Corinna nació seis meses antes que yo y mi tía le robó el nombre. Típica pulla entre cuñadas. En ese momento, mi madre, indecisa entre Veronica y Erika, se decantó formalmente por la primera hipótesis, pero utilizó su muy personal crasis, Verika, desde mis primeros vagidos.

Mi padre me llamaba Oca, porque cuando empezaba a hablar, en mis tímidos intentos por pronunciar mi nombre, balbuceaba algo así como «oooo-ccc-aaa». Oca superó la fase infantil para acompañarme durante la adolescencia y la edad adulta. Yo ya estaba acostumbrada, pero me tocaba explicar su génesis a la gente que se asombraba o se ofendía al oír a un padre llamar así a su hija[3]. Incluso a las puertas de la muerte siempre fui Oca para él. Por eso, cada vez que oigo llamar a una mujer Burra, Zorra, Chorlito, Perra, me invade una absurda sensación de ternura, y el recuerdo de mi padre prevalece sobre la indignación.

La mayoría de la gente me llama simplemente Vero, pero además de Verika, Oca, Cucarachilla y Caniji, he sido: V., Veca, Sveka, Onica, Nicca, Nip, Trapito, Pezoncita, Miss Flequillo e incluso Furcia. Me llamaba Furcia un chico a quien conocí unas vacaciones, con el que me quejé una noche, en el curso de un flirteo alcohólico, de que era un nombre tan bonito como inutilizable. A la mañana siguiente había decidido redimir la infausta reputación de Furcia conmigo.

Durante los últimos veinte años he vivido de manera esquizofrénica entre Roma y Berlín. O mejor dicho he vivido en Roma mientras pasaba meses en Berlín y me arrepentía de no vivir siempre allí. No hay ninguna razón real para que no me mude a Berlín, pero si lo hiciera dejaría de tener la sólida añoranza que me mantiene viva cada día. Cuando estoy en Alemania la gente me llama Veronica, efectivamente, pero con k, Veronika, como la

estrella de rock que soñaba con llegar a ser. Quizá por eso no soy capaz de mudarme. ¿Cómo podría estar a la altura de semejante nombre?

No tengo casa propia en Berlín. Aprovecho las ausencias de amigos, de amigos de amigos y desconocidos para ocupar sus pisos. Desde las primeras fugas de casa de mis padres hasta hoy, cuando tras una larga convivencia me encuentro sola en un estudio en Roma, he vivido en setenta casas, más o menos. No es una hipérbole, hice la lista en una hoja de papel, con todas las direcciones, como si fuera un largo poema de Ginsberg.

Me encanta vivir en casas ajenas. Descubrir sus libros, sus discos, sus artilugios eróticos, los orgasmos de sus vecinos, usar sus champús, beber café en sus tazas. Es una sensación de extrañamiento que hace que me sienta yo misma. Al contrario que el diablo con sus ollas, siempre me he tomado al pie de la letra el dicho: «Intenta ponerte en los zapatos de los demás». Me siento bien con esos zapatos, abro los armarios desconocidos y me pongo lo que encuentro. Me miro en el espejo y me reconozco.

He escrito todos mis libros en Berlín, en casa de alguna otra persona. En un principio las soluciones eran de lo más alternativo: una casa de okupas gais veganos que tras una larga sesión plenaria me habían acogido a pesar de ser heterosexual, mujer y carnívora, o el estudio de una artista que tenía todas las paredes pintadas de negro con sus obras expuestas, es decir, monos de mecánico desgarrados a hachazos. Luego fui viendo reflejada mi vejez en el aburguesamiento de las casas. Empecé mi última novela en el ático de un periodista de Radio EINS, con una colección de vinilos de cincuenta mil euros y una cafetera vintage casi inencontrable. En aquella época yo llevaba el pelo corto y él era de la estatura de los varones de mi familia. Me gustaba pasearme con sus uniformes de cantante folk del Medio Oeste. Una tarde la vecina de enfrente me dijo que sin barba había rejuvenecido.

Terminé la novela en los ciento treinta metros cuadrados del piso vacío de una pareja que acababa de separarse. Solo había una cama, un escritorio y cajas ya empaquetadas con las palabras: *Ship to Sarah*. Sarah se había mudado a San Francisco. Sobre el escritorio estaba su conmovedora carta de despedida y las facturas por pagar. Lloré por el fin de un amor antes que su destinatario.

Por la noche me cuesta trabajo conciliar el sueño.

Intentar leer un libro es contraproducente. Si el libro es bueno me pongo a pensar que nunca llegaré a escribir un libro así, de modo que ¿por qué razón obstinarme en ser escritora? ¿Para qué insistir en hacer nada? Es mejor dejarlo, dejar de escribir, dejar de leer, dejar de fumar, dejar de existir, vegetar y nada más, dormirse para siempre. De hecho esa sería la única solución sensata, si consiguiera conciliar el sueño por lo menos.

En el caso de que el libro sea malo me irrita incluso el gramaje del papel. Transformo la irritación en un pensamiento más profundo. Me conmueve la ramita inocente que ha sido sacrificada para semejante atropello. Me siento desfallecer ante la idea de las muchas otras ramitas inocentes que se inmolan cada día por la causa. Pienso en las librerías, en las bibliotecas, en esos cementerios inacabables de ramas, en ese cruel enseñamiento en la escritura para proyectar una partícula de nosotros mismos hacia el futuro, para transmitir nuestras historias, nuestra memoria a la posteridad. Estamos dispuestos a masacrar selvas tropicales con tal de dar a la imprenta nuestras palabras, y a nuestros pobres descendientes, en medio del ardor del desierto, desnutridos y postrados entre espejismos de cactus, en sus eternas migraciones, tras el último suspiro en busca de un poco de frescor, les tocará tragarse además nuestras comparaciones, que en su momento nos parecieron tan brillantes como cometas. Y entonces es el fin del mundo lo que me tiene despierta.

Cuando no puedo dormir no paro de dar vueltas en la cama siguiendo mi propia coreografía personal. Creyendo que no me ven, doy rienda suelta a todos los tics que he intentado mantener a raya durante el día. Entonces llega puntualmente el eco de la exasperación.

«Por favor, Vero, ¿quieres dejar de dar golpes en la cama con el talón?»

«¿Te importaría dejar de tocar obsesivamente el cabecero?»
«¿Cuántas veces más tienes que hacer crujir el codo?»
Todos en mi familia eran grandes roncadores. Un sonido pleno y envolvente. Eso del silencio por la noche nunca lo conocimos. En general nunca conocimos el silencio. Siempre había algo encendido: la radio, la televisión, la aspiradora, el secador de pelo, el taladro, la sierra circular (el sábado era el día en que mi padre levantaba los tabiques). Las paredes de pladur, los paneles de aglomerado, las puertas falsas no amortiguaban nada. Vivíamos inmersos en el zumbido fagocitador de nuestros cuerpos y de los impulsos eléctricos. Éramos un único organismo comprimido y hacinado dentro de la casa, moviendo el rabo y golpeándonos contra los tabiques. Nos hablábamos por encima de los ruidos, envueltos en ruidos, que siempre resultaban útiles para argumentar más tarde que era el otro el que no había entendido bien.

Incluso en la mesa había una continua superposición de sonidos. Un balbuceo ininterrumpido que se parecía a un canto eclesiástico desafinado. Si los padres enseñan a sus hijos a no hablar mientras comen, en mi casa se masticaba tranquilamente con la boca abierta, algo que mi madre sigue haciendo hoy en día. Yo he transformado mi antigua vergüenza en una forma de íntimo disfrute. Asumo la desazón de quienes se sientan a la mesa con nosotros y no se sienten capaces de decirle a una persona de más de setenta años que no es agradable ver ese grumo de comida entre la lengua y el paladar. A mi madre también le parece normal regurgitar las partes fibrosas de una alcachofa o de la carne en una servilleta, para arrugarla después y dejarla en la mesa como si nada. La envidio. En mi vida no ha sido raro el hundirme en una depresión taciturna durante días solo porque alguien me había señalado una hebra de rúcula que se me había quedado entre los incisivos, mientras que ella es capaz de afrontar toda una cena de Nochevieja con esa escultura de bolo delante del plato. A veces necesita algo más que una servilleta para terminar un filete. Aún me acuerdo de una vez en un restaurante en el que sacó un paquete de pañuelos de su bolso para confeccionar sus caramelos de alimento masticado, que luego se metió en el bolso simplemente porque no había más sitio en la mesa.

La verdad es que mi madre siempre ha sido la auténtica punk de

la familia. ¿Qué podía demostrar yo a los quince años con mis medias de rejilla rotas si ella iba por ahí con la falda completamente abierta en el culo? Si intentaba señalárselo me respondía: «Vaya, aquí tenemos a la princesa del guisante».

Lo peor de esa respuesta es que no era pertinente, pero al mismo tiempo tampoco era completamente abstrusa. Quiero decir, la princesa del guisante no tenía mucho que ver, pero sí que tenía algo que ver, y fue ese algo lo que me hizo sentir una niña innecesariamente puntillosa y tocapelotas.

Mi padre, en cambio, gritaba todo el tiempo. Era su tono de voz. A una persona se la define como colérica si cede fácilmente a la cólera, pero si la cólera es su estado permanente, el efecto tiende a atenuarse. No puede recordársele constantemente a un ciego que no ve. Estábamos acostumbrados y ya no le prestábamos atención, pero si una amiga venía de visita tenía siempre la sensación de que había llegado en mal momento.

—¿Es mejor que me vaya? ¿Está Francesca al teléfono?

Mi padre llegaba a casa del trabajo y le gritaba a la cara: «¿Qué tal estás?», que sonaba más o menos como: «¿Qué coño haces en nuestra casa?». Cuando ella respondía aterrorizada: «Bien, gracias», el «¡Me alegro mucho!» vociferado por mi padre solía bastar para ponerla en fuga.

Incluso cuando estaba dormido, mi padre parecía uno de esos mastines gruñones de los dibujos animados.

Cuando levanto la voz, mi madre dice que he sacado mi mal genio de mi padre, y él lo sacó de mi abuelo, quien a su vez lo heredó de mi bisabuelo, al que nunca conocí. Me pregunto por qué este defecto genético decidió interrumpir su trayectoria de transmisión masculina saltándose a mi hermano para recalar en mí.

Mientras me esfuerzo por conciliar el sueño y doy vueltas en la cama, siento el fermento de la cólera ancestral que mantiene activos los músculos de mi cuerpo. Eso sí, no parezco un mastín gruñón, sino más bien uno de esos chihuahuas particularmente molestos.

He tenido ocasión de probar remedios naturales. Manzanilla. Toronjil. Valeriana. Flor de la pasión. Espino blanco. Bazofias insípidas que saben a hierba podrida. O pastillitas que debía tomar tres horas antes de acostarme. Luego dos horas antes. Luego una hora. La última, veinte minutos antes. Pero ¿qué sabía yo de cuándo

iba a acostarme? La naturaleza exigía demasiada organización.

Me entregué a la química. En la bolsa de los filtros que usaba para liar mis cigarrillos metía todas las pastillas que me daban para dormir. Me había convertido en una mendicante de remedios. Era mi forma de acercarme a los demás, mi técnica para ligar. En los baños de las discotecas, en los conciertos, en las fiestas, después de una representación teatral insoportablemente narcoléptica, aunque desgraciadamente no lo suficiente. Siempre había alguien dispuesto a darme una pastilla.

—Con esto te quedas dormida a la fuerza. No habrás bebido esta noche, ¿verdad? Si has bebido tómate solo media si acaso.

Bebía y me metía dos.

En mitad de la noche enviaba mensajes para decir: «No ha funcionado, sigo despierta».

Nadie me contestó nunca.

Consulté a un médico. «¿Desde hace cuánto tiempo tiene la impresión de no dormir?», me preguntó. ¿Con quién creía que estaba tratando? No era una impresión lo que yo tenía. Siempre he odiado a la gente con impresiones, sentimientos, sugestiones. Lo que me pasaba es que no dormía y ya está. Volví a casa con un frasco de gotas, cuyos efectos secundarios iban desde la parálisis hasta un aumento paroxístico de la libido.

—No se olvide, manténgame al tanto.

Mandé un mensaje al médico a las tres de la mañana. «¡Hola, estoy despierta!» Luego otro a las cuatro: «¡Todavía despierta!». Y a las cinco: «¡Bien despierta!».

No me contestó. Manténgame al tanto los cojones, pensé. Quién sabe, tal vez temía que fuera la libido la que hablaba.

A veces intento masturbarme para dormir. Es más un ejercicio físico, de agotamiento para gente perezosa a la que no le gusta el deporte. O un ejercicio mental, el recogimiento para gente escéptica a la que no le gusta la meditación.

Los hombres, en general, se quedan dormidos antes que yo. A veces se despiertan porque me oyen afanarme bajo las sábanas y lo toman como una provocación. Se debaten en la duda sobre qué hacer, a qué ceder: ¿al sexo o al sueño? Entonces tengo que explicarles que no se trata de una provocación, sino del equivalente a una tisana antes de dormir —por otro lado, el coito exigiría

demasiada inversión dialéctica, demasiadas variables fuera de control, lo contrario de lo que necesito—, de manera que pueden dejarse tranquilamente de debates y volver a quedarse dormidos.

En el auge de autonarraciones sobre las propias desventuras sexuales a raíz del #MeToo, recuerdo haber leído el testimonio de una chica que se sentía herida y humillada porque su pareja se cascaba una paja en la cama junto a ella, que dormía. Pensé en todas las veces que me había encontrado en la situación contraria. ¿Había sido insensible? ¿Había infligido violencia sin darme cuenta? Y encima, ¿solo para intentar dormir bien?

En todo caso también esta técnica se revela infructuosa en la mayoría de los casos. Llego al orgasmo como al final de una serie de televisión, cuando solo quedan el vacío y la decepción.

Intento crear anagramas mentalmente con los nombres de amigos y famosos, o hago los crucigramas sin esquema, rigurosamente con bolígrafo porque detesto los lápices. La página se pone perdida de tinta, sobrescribo palabras hasta que es imposible continuar. La ira me envuelve tan estrechamente como una manta de cachemira. Me siento arropada por la rabia de mis predecesores.

Después de haberme recetado de todo y de no contestar nunca a mis mensajes de madrugada, el médico ha llegado por fin a su plácido diagnóstico:

—Su problema no es el insomnio, sino el mal genio.

Mi hermano se volvió creyente por su cuenta durante su infancia. Mi madre fue desarrollando su pasión por las renuncias a lo largo de los años y hoy va a misa para pasar más tiempo con su hijo, pero cuando éramos pequeños mis padres eran serenamente agnósticos, o en el mejor de los casos abrazaban la versión pascaliana de que a fin de cuentas era mejor creer, aunque ni siquiera nos hubieran bautizado, por lo que el Día del Juicio Final ellos se salvarían mientras que nosotros nos quedaríamos vagando por el limbo.

En la época anterior a la construcción de las paredes, mi hermano y yo dormíamos en una litera, yo abajo y él arriba. Antes de quedarnos dormidos me preguntaba:

—¿Has rezado a tu angelito de la guarda?

No sé si utilizaba el diminutivo para que su pregunta pareciera menos amenazadora. Luego se asomaba para comprobar que tenía las manos cruzadas. Yo me dejaba ver concentrada, con los labios entonando un murmullo incomprensible. Había desarrollado una especie de *namiohorenguequió* con nombres de animalitos raros. Cuando terminaba de rezar a mi angelito, mi hermano metía el brazo por la barandilla protectora de la cama y lo dejaba colgar hacia mí. Yo le cogía de la mano y nos quedábamos dormidos así. Rezar al angelito de la guarda era el viático para el ritual de las buenas noches, y sin agarrar la mano de mi hermano yo no conseguía quedarme dormida.

Un día decidió bautizarse. Él estaba en la escuela media, yo en primaria, y no quería ser menos que él.

El padre Serafino, el sacerdote que era su profesor de Religión, le había dado una docena de libros para que se los leyera y comprendiera el significado del sacramento. Todo lo que me dio a mí fue un tebeo sobre la vida de Jesús. El día de mi bautizo me hizo un par de preguntas y yo metí torpemente la pata en las respuestas. Ni siquiera lo había hojeado.

Allí estaba yo, mortificada con mi vestidito amarillo comprado

para la ocasión, sin saber cómo justificarme.

El padre Serafino se me quedó mirando largo rato.

—¿Por qué quieres bautizarte?

El vacío. No tenía ni idea. ¿Puede una suspender en un bautismo? Busqué la mirada de mi hermano como comodín del público, pero me di cuenta de que estaba sola. «No volveré a darte mi manita mientras duermes», decía esa mirada.

El padre Serafino no dejaba de observarme fijamente. Fue entonces cuando empecé a sentirme turbada. Lo que tenía delante era un cura, pero también era un hombre guapo, que no llegaba a los treinta años y que me escudriñaba a fondo en los ojos. Estaba empeorando mi posición ante el Señor.

—¿Estás segura de que quieres bautizarte? —me preguntó al final con una voz más cariñosa que enfadada.

—Bueno…

El hieratismo de aquel «bueno» sirvió para convencerlo, porque se acercó a la pila bautismal y me salpicó con agua en la cabeza.

Mi hermano respondió brillantemente a todas las preguntas y prometió enseñarme la vida de Jesús. Mi madre le explicó al padre Serafino que a mí me gustaba dibujar.

A pesar de todo fue un día precioso. Cuando salimos de la parroquia mi padre nos metió en el coche y nos llevó a comer fuera. Yo tomé pollo, y el recuerdo de aquel pollo me acompañó durante mucho tiempo, porque unos días después estalló el reactor de Chernóbil.

Cuando empecé la escuela media el padre Serafino fue también mi profesor. Todas estábamos enamoradas de él en clase. Nos estremecíamos cuando llegaba la hora de Religión. Como era el mismo día que Educación Física, muchas de nosotras habíamos sustituido el chándal por unas mallas y el asunto había acabado en las reuniones del claustro de profesores. Las profesoras estaban convencidas de que nuestro objetivo eran los chicos mayores, y les preocupaba que de las mallas a los tocamientos en el baño solo hubiera un paso. Pero a decir verdad ellas también solían rondar al padre Serafino, que era el único varón no menor de edad del centro. Siempre encontraban una excusa para llamar a la puerta durante la clase de Religión («¿No os sobrará un borrador para la pizarra?», «¿Alguien sabe cómo desbloquear la fotocopiadora?») y admirarle

sentado con las piernas abiertas sobre el pupitre, hablándonos de Jesús. Aparte de su camisa con alzacuellos, el padre Serafino no llevaba nunca esos tristes pantalones de lana fría, sino unos vaqueros negros de gamberro de barrio. Y estoy segura de que el asunto también acabó en el claustro de profesores alternativo, el que habían montado las profesoras en el bar de al lado del colegio.

Yo había vivido una entrada triunfal en la enseñanza media: gracias a aquel bautismo tardío era la envidia de todas mis compañeras porque las manos del padre Serafino me habían rozado la frente. Yo no dejaba de darle vueltas a aquellos tensos minutos junto a la pila bautismal ni de pensar en su pregunta: «¿Por qué quieres bautizarte?». Ahora la respuesta estaba más clara.

Años más tarde el padre Serafino se salió de cura y se casó. Volví a verle con algunos kilos de más y dos mocosos a cuestas. Su mujer me pareció una vieja. Yo debía de tener veinte años. Era como si hubiera decidido renunciar a sus votos para liarse con una de las profesoras y no con una de nosotras. Apenas se acordaba de mí; yo me acordaba muy bien de él, pero no le reconocía. Sin la camisa de clérigo y los vaqueros de gamberro era un señor de mediana edad cualquiera que llevaba a su familia de compras un sábado por la tarde.

Para mi hermano la fe tiene su lado práctico. Cuando está liado y quiere zanjar algún asunto, me encomienda al Señor.

Ocurre a veces que lo llamo por teléfono con cualquier duda y está en una reunión en el ayuntamiento.

—Me han pedido que escriba un cuento porno; ¿cómo lo ves?

De fondo se oye un bullicio indistinto. Son los del partido que protestan por el presupuesto.

—¿Conoces la parábola de la lámpara bajo el celemín? —me pregunta.

—No, ni idea. ¿De qué va?

—Léetela.

—No tengo una Biblia a mano.

—Está en internet.

Y cuelga.

Busco en Google la parábola de la lámpara bajo el celemín. La leo, pero no entiendo la conexión con el cuento porno. Vuelvo a llamar a mi hermano, que sigue en una reunión.

—Ya la he leído, pero no lo entiendo.

—Dale una vuelta más.

Al día siguiente vuelvo a llamarlo. Por fin le pillo en un momento libre.

—Ya le he dado una vuelta más. Sigo sin ver su conexión con el cuento.

—¿Qué cuento?

A veces mi hermano traiciona a Dios con Freud. Lleva varios años yendo a psicoanálisis.

Aprovecho su asiduidad para hacer terapia gratis. Me gusta que interpreten mis sueños. Me los invento a propósito para escuchar su explicación. Es como con los consultorios sentimentales de la televisión, cuando la experta de turno decide elegir tu carta justo porque es descaradamente falsa. Lo sé bien porque he escrito muchas.

Últimamente mi hermano se ha obsesionado con que la gran represión de mi vida es la relación incestuosa con nuestro abuelo Peppino. Yo también lo he buscado en Google, pero nadie se ha molestado todavía en formalizar los complejos con otros familiares, así que no sé qué nombre ponerle al mío. Desde luego, después de Edipo y Electra, Peppino no es que suene demasiado bien.

Sin embargo he decidido que me gusta como complejo, tiene cierta originalidad. Y no puede resolverse con acupuntura.

De hecho, si tengo que pensar en un tipo recurrente en los hombres que me atraen, se cuela taimadamente el fantasma de mi abuelo. Ojos y nariz grandes, frente prominente, labios carnosos que delatan una mueca congénita de fastidio. Y sobre todo la estatura.

Desconfío de los hombres altos. Me siento cómoda con la frustrada ambición de superar el metro setenta. Así nos abrazamos mejor, podemos mirarnos a los ojos, podemos intercambiarnos la ropa y no hay que ajustar el sillín de la bici una y otra vez, ahora que ya sé montar.

La teoría de mi hermano, sin embargo, es más elaborada, pues no solo es que estoy enamorada de mi abuelo, sino que además es como si hubiera adoptado como modelo de convivencia el que él tenía con mi abuela, prácticamente coinquilinos para toda la vida.

—No tienes ni idea de la pareja —me dice.

—¿Qué entiendes por pareja?

El caso es que, de los dos, es él quien no ha convivido nunca con

nadie, aparte de dos antiguos sintecho de unos sesenta años que acamparon en su casa durante unos cuatro. Yo he convivido con una persona durante más de catorce años, por más que quienes me conocen poco siempre hagan gala de un cándido asombro al enterarse de la noticia: «Caramba, pues nunca lo habría dicho».

No sé por qué. O, mejor dicho, no sé cuáles deben ser los signos de una convivencia de catorce años, si es que existe un código, una determinada forma de hablar, de moverse, una alteración en las facciones. Quizá sea porque nunca he sido capaz de utilizar expresiones como «mi pareja», «mi novio», «mi chico», «mi compañero», «mi prometido». La cuestión es que siempre me han parecido formas de ostentación, una declaración, como diciendo: «Yo sí que lo tengo, ¿y tú?». Una moraleja de telefilm estadounidense, en el que quedarte sin invitación para el baile de graduación amenaza con comprometer tu acceso a la sociedad de por vida. Siempre que oigo a alguien decir «mi mujer», «mi marido», «mi novio», «mi compañera», tengo la sensación de que está intentando demostrar algo, que quiere que el mundo sepa que ha recibido una invitación para el baile de graduación.

Como todavía me siento incómoda al utilizar expresiones como esas, siempre he llamado a la persona con la que he vivido durante catorce años por su nombre de pila, y aquí lo llamaré A.

No puedo decir si la teoría de mi hermano es correcta, y si realmente no tengo ni idea de la pareja, pero por esa misma razón sé que A. permanecerá en mi vida, porque las parejas —se trate de lo que se trate— dejan de existir, las personas no.

El abuelo Peppino y la abuela Flora siempre vivieron en habitaciones separadas. La de mi abuela tenía papel pintado de flores y estaba repleta de cómodas, tocadores, blondas y recortes de periódico sobre apariciones religiosas y esquelas de desconocidos. También de botellas de bourbon, pero eso lo descubriríamos más tarde.

Con los años se convenció de que ella era la Elegida, aunque no estaba claro en qué consistía tal elección. Decía que Dios le hablaba, a veces manifestándose en forma de luz llameante en el cielo, a veces —más cómodamente— llamándola por teléfono, pero entonces tenía que ponerse el audífono porque no le oía bien. Si no estaba hablando con Dios, le gustaba charlar en el balcón con los

pájaros y las estrellas.

La habitación de mi abuelo estaba decorada con muebles setenteros, con la radio empotrada en la cabecera de la cama, y tenía las paredes blancas.

Se pasaban el día cada uno por su lado y como mucho se reunían para cenar. Ni siquiera discutían sobre qué ver en la tele, porque ella se sentaba en el salón, se arreglaba, se peinaba, se ponía carmín y saludaba con la manita a todo el que aparecía en la pantalla, mientras que él se retiraba a su cuarto a ver la tele en calzoncillos.

De joven mi abuelo era zapatero, pero más que inculcarme ese amor novelesco italiano por un pequeño mundo antiguo de artesanos y costureras, me transmitió la obsesión por los zapatos. Tenía un taller en Trastévere y vivía en una buhardilla encima del negocio. El problema de la pobreza es que nunca tiene uno la previsión de ver su potencial romántico y rentabilizarlo. Mi abuelo dejó la casa y el taller para trabajar como obrero en la fábrica donde mi padre acabaría siendo jefe de personal, y empezó a pagarse con su sueldo la hipoteca de un piso cerca de la gran circunvalación. Así que por desgracia nunca heredé *a cozy apartment in Trastevere* para alquilarlo a turistas como las mejores mentes de mi generación, sino tan solo un yunque de zapatero que ahora uso como tope de puerta.

De niña pasaba un montón de tiempo con mi abuelo Peppino. Mis padres me dejaban allí durante semanas y, cuando volvían a recogerme, yo me agarraba lloriqueando a su pierna mientras él seguía fumando impertérrito, con el cigarrillo completando la mueca de su boca.

Una de esas deportaciones a casa de mis abuelos se hizo necesaria cuando empecé a dar mis primeros pasos. Intentaba andar a gatas sin llamar la atención, pero en cuanto me levantaba y me atrevía a hacer un movimiento con la pierna, mi hermano venía corriendo y me volvía a tirar al suelo. Luego miraba a mi madre y se echaba a reír. Ella, al parecer, lo encontraba igual de gracioso. Para evitar que gateara de por vida tuvieron que renunciar a su juego favorito y sacarme de allí.

Alrededor de la casa de mis abuelos no había nada. Ahora hay un barrio dormitorio y un centro comercial. Me gustaría tener un

hijo solo para llevarlo allí y poder decirle la frase: «Antes todo esto era campo».

Mi abuelo se vestía bien incluso para ir al campo: pantalones de algodón grueso con corte militar, una camisa de manga corta y un bolso de cuero que él mismo se había confeccionado. En invierno llevaba un jersey de cuello alto y un abrigo gris de puente sobre el Sena que nos disputamos mi hermano y yo. Como a mí me quedaba mejor se lo adjudicó él. Por lo demás yo ya tenía el yunque. Así es como funciona el concepto de herencia en mi familia: nos apropiamos de las cosas que nos avergüenzan con el fin de no llegar a sentirnos nunca del todo adultos.

Mi abuelo me dejaba dormir hasta tarde y luego me daba café de cebada en taza pequeña para simular el café de verdad y una rebanada de pan, aceite y guindilla. Esperaba a que terminara de llorar mientras se metía en la boca guindillas enteras.

Salíamos por la mañana a explorar y volvíamos por la tarde. Despreciaba la obsesión higienista de mi padre y no veía el momento de dejar que me revolcara en el barro y de que me comiera cardos crudos arrancados de la tierra. Una de mis actividades favoritas era deambular por los campos recién desbrozados y fingir que los terrones de tierra eran trozos de queso. Aún no había llegado la era de la cata universal, pero sin saber nada de ello yo ya declamaba cosas así: «Aquí tenemos un Bonfante de las colinas de octubre», «Tenga, pruebe un Portadeux de Verdagnac», «Aprecien la suavidad de un Corbato di Montefilino». No sé a quién intentaba imitar ni cómo se me pudo ocurrir parodiar algo que ni siquiera conocía, pero la infancia esconde esa clase de prodigios, momentos de poder visionario. Yo los había reservado para el queso.

Me encantaba la vida en el campo y mi sueño era tener una granja, lo que chocaba con mi otro sueño de convertirme en una estrella de rock planetaria. Entonces pensé que un día Veronika se retiraría de los escenarios y pasaría el resto de su vida entre cerdos y gallinas leyendo todas las cartas de admiradores que le seguían llegando.

Cuando salíamos a pasear mi abuelo siempre llevaba su cámara de 35 mm colgada del cuello en una funda de cuero hecha a mano. Si tengo alguna foto de mi infancia es gracias a él, pero como no

soportaba mi timidez ante el objetivo me hacía ponerme de espaldas, en medio de un campo arado, contra un cercado de ovejas o sobre un paso elevado. Yo obedecía y me colocaba allí.

—¿Qué hago?

El artista se negaba a responderme.

Cuando íbamos a recoger las fotos nos encontrábamos entre las manos un decadente reportaje de moda, el final de la ciudad al fondo, una agria mezcla de vida rural y arquitectura postindustrial, solo que en lugar de la modelo enfurruñada aparecía una figurita de espaldas al espectador con pantalones cortos y brazos colgantes.

De pequeña eran raras las ocasiones en las que me vestía de chica. La ropa hacía su recorrido entre nuestros primos mayores, luego pasaba a mi hermano y por último a mí. Además siempre llevaba el pelo corto a causa de esa idea de practicidad que es propiedad exclusiva del mundo de los adultos.

—Es más cómodo para la piscina —argumentaban mis padres. Una lástima que nunca me apuntaran a natación.

Cuando iba a hacer pis en locales públicos a menudo me sorprendía la mirada furibunda de una madre que acababa de pillar al pequeño maniaco sexual que había entrado con intenciones aviesas en el baño de las chicas.

Una vez, mientras me elevaba altísima en un columpio, tenía a mi lado a una niña torpe que no sabía impulsarse ella sola. Yo la miraba triunfante desde mis inalcanzables cimas y ella se echó a llorar. Su madre decidió darle su primera lección de feminismo: «No hagas caso de lo que hacen los chicos».

Por las noches mi abuelo y yo nos metíamos juntos en la cama, los dos en camiseta y calzoncillos. Cuando entré en la pubertad mis padres empezaron a preguntarse si tanta promiscuidad bajo las sábanas no sería inapropiada.

—Pues entonces quedaos vosotros con Cucarachilla —fue la reacción de mi abuelo.

Mudarme a la habitación de mi abuela habría sido absurdo, éramos prácticamente dos extrañas. Esperábamos nuestro turno para el baño y después de cenar cada una se lavaba su plato. Luego ella se pintaba los labios y se pasaba la noche tonteando con el presentador de turno.

Así que seguí durmiendo en la cama de mi abuelo hasta que a

mí misma me resultó incómodo. Recuerdo el primer domingo que me marché de su casa para no pasar allí la noche. Mi abuelo ni siquiera se levantó del sillón, noté que le molestaban mis frases de circunstancias, mis excusas, mi iniciación a la hipocresía. Mi abuela me despidió desde el balcón y luego volvió a charlar con las estrellas.

En el autobús de vuelta a casa me sentí una heroína y muy triste a la vez, pues había tomado una de las primeras decisiones deliberadas de mi vida, pero había sido poco sincera y la pudibundez se había convertido en distancia. Nunca aprendería a comer una guindilla sin llorar.

Poco después, mi abuela cayó enferma. Mandó que le hicieran un vestido azul de ángel, con alas, para poder volar más fácilmente cuando estuviera muerta. Solía escribir al papa, y aunque el santo padre no respondía a todas sus cartas, seguía enviándole felicitaciones por Pascua y Navidad. Casi al final se tomó la molestia de escribirle para asegurarle que resucitaría: «Por el momento, sin embargo, Su Santidad puede suspender las tarjetas de felicitación».

La llevaron al hospital y mi abuelo nunca fue a verla allí.

—Ya me he despedido de ella —le dijo a mi padre, que insistía en acompañarlo.

Cuando murió mi abuela, no quiso ni ver lo guapa que estaba vestida de ángel en el ataúd, con el nuevo audífono que se había comprado para la ocasión, y dejó de salir a pasear. Permaneció atrincherado dentro de la casa en el sillón. Mi prima le hizo un retrato en blanco y negro en ese sillón. En la foto la mueca de su boca es diferente, aunque no haya en ella arrepentimiento, solo extenuación.

—Ya me he despedido de ella —seguía diciendo.

Luego dejó de hablar por completo. Él también cayó enfermo. Murió pocos meses después. Eran los días del G8 en Génova.

Mi madre nos dijo a mi hermano y a mí:

—Gracias a Dios que vuestro abuelo se está muriendo. —Es decir, gracias a Dios que no nos podíamos ir a Génova.

Cuando se lo recordamos no lo niega, pero sigue sin entender qué tiene de extraño. El único principio moral que reconoce es su ansiedad.

Cuando mi padre cayó enfermo, muchos años después del G8 de Génova, tomé en mi interior la misma decisión que mi abuelo. Estaba hospitalizado y yo iba a verlo todos los días, normalmente por la tarde. Siempre estuvo lúcido, pero se cansaba de estar despierto. En realidad creo que se hacía el dormido porque ya no tenía ganas de oír más palabras. Una vez le hablé de un pequeño ensayo que acababa de traducir. No había nada especialmente interesante en aquel ensayo, una americanada pretenciosa y enrevesada, pero me esforzaba por encontrar un tema de conversación, como todo el mundo, porque es así como funcionan las cosas. Asintió con los ojos cerrados.

Entonces me di cuenta de que ya le había dicho todo lo que quería decirle en la vida. No habría más. Él ya no estaría allí. Así que me despedí de él. Me levanté de la silla para marcharme.

—Papá, voy a despedirme de ti —le dije.

Volvió a asentir.

—Papá… A despedirme *de verdad.*

—Sí, sí.

—Papá, ¿lo entiendes?

Silencio.

—Oye, papá, te digo que voy a…

—Ya está bien, que te ha oído —soltó el compañero de habitación.

No sé si lo entendió, si me perdonó, ya que no había perdonado a su padre.

En los días que siguieron, cuando volví, ya no hice más esfuerzos. Soportaba aquel silencio como se soporta el aburrimiento en una sala de espera. Me llevaba un libro para leer o traducía mis pretenciosos y enrevesados ensayos por menos de diez euros la página.

A veces me preguntaba si necesitaba dinero. Le contestaba que no, aunque no fuera verdad.

Me aseguraba de que estuviera hidratado, le movía las piernas para que no se le hincharan demasiado y preguntaba a su compañero de habitación si le hacía falta algo. Cada gesto era mecánico, no había devoción ni afecto filial, era más bien una forma de ocupar el espacio, de entrega a las acciones, un instinto humano hacia un cuerpo que sufría.

No quería tener recuerdos de ese cuerpo.

Para mí, mi padre ya no estaba allí.

Pero los cuerpos de los enfermos transforman los demás cuerpos. Había visto a A. afeitar a mi padre, estirarle la fina tira de piel que le había quedado en las mejillas, ajustarle el catéter. Lo había mirado con un sentimiento de gratitud que había acabado contaminando otras miradas.

Inmediatamente después del funeral, me fui a Berlín. Mi cama en Roma se había convertido en un lugar inhabitable, escenario de una orgía malsana. Allí estaban las huellas de mis peores noches, A. y yo siempre cansados, frágiles, él dormido y yo bien despierta; allí estaban las siluetas de sus padres, que habían venido a visitar a mi padre, o la de mi madre, que se había quedado a dormir un par de veces después de comernos juntas una pizza a la salida del hospital. No sé por qué en los momentos más dramáticos de mi vida siempre acabo comiéndome una pizza.

Me quedé tres meses en Berlín, en una casa que tenía una única y enorme habitación llena de luz, un retrete exterior y una ducha instalada dentro del armario. Me metía en ese armario durante horas, en la asfixia de un espacio que me recordaba a mi infancia. Me pasaba los días sola, dormía sola, pero me sentía famélica de cuerpos; se habían convertido en pura abstracción y en pura materia al mismo tiempo, los contemplaba a distancia, obsesiva, inquieta, subyugada por el voyerismo de una maniaca. Me quedaba mirando los brazos, las manos de los chicos, todos los gestos de un hombre que no me hicieran pensar en los cuidados. Me conformaba con cualquier cosa: los codos apoyados en el mostrador, un hombro que empujaba para abrir una puerta, los dedos subiendo la cremallera de un anorak. Enfrente de casa había un parque, y yo esperaba a que lo tomaran al asalto los grupos de chavales de instituto a la salida de clase; me asomaba a la ventana para verlos tirar a canasta o montar un minitorneo de

ping-pong.
Mis favoritos eran dos punkis aficionados al ajedrez; se quedaban hasta tarde moviendo las piezas con sus mitones. Por la calle me obsesionaba mirando a los camareros que se metían el dinero en sus riñoneras de cuero atadas a la cintura, a los obreros que montaban andamios en una obra y abrían la cerveza con un mechero. Me alegraba de que en Berlín siempre hubiera obras en marcha. Me quedaba mirando cómo alguien desataba su bicicleta del poste e hinchaba un poco las ruedas, o cómo desenvolvía un paquete de cigarrillos; me dolía ver una mano metida en los vaqueros de una chica que caminaba delante de mí. No sabía desear más que de esa manera, temía el contacto, la obscenidad del contacto, y sin embargo seguía cada roce, como hacía de pequeña cuando veía a los niños lanzarse un sapo. ¿No sería que yo también quería darle patadas y nunca lo habría admitido? Por otro lado ni siquiera ahora podría admitirlo.

Mi madre me llamaba diez veces al día para recordarme su soledad. Su marido acababa de morir y su hija la había abandonado: «¿Qué estás haciendo en Berlín?», me preguntaba. Nada, como siempre. Me dedicaba a mirar a los hombres.

Cuando regresé a Roma encontré el cuerpo de A. Por suerte había vuelto a ser su cuerpo.

Solo fui una vez a visitar a mi padre al cementerio. Fue un suplicio, sobre todo estético. Está enterrado en Prima Porta. Reto a cualquier poeta sepulcral a que deambule entre esos muros de hormigón y sea capaz de hallar inspiración para una elegía.

También hay una razón más sólida que mi romanticismo para no ir a visitar a mi padre, y es mi pereza. Prima Porta está en las afueras de la ciudad, junto a la carretera de circunvalación. Como no tengo carné de conducir tardaría más de una hora en ir en transporte público. Y una vez allí me pasaría otra hora buscando su tumba porque no sé leer mapas. Nunca me molesté en averiguar si tenía flores frescas en su jarrón o cuánto polvo había acumulado su foto.

Mi hermano organiza todos los años una misa en el aniversario de su muerte. Muy a menudo no estoy en Roma ese día, porque la fecha coincide con la Berlinale. Suelo despertarme por la mañana, todavía atontada por alguna mala fiesta de la noche anterior, y

encuentro en el teléfono un mensaje de mi madre: «Siempre hay alguien que te vigila desde el cielo».

Se supone que es un mensaje cariñoso que me recuerda que mi padre me protege aunque esté muerto, pero mis sentimientos de culpa por haberme olvidado una vez más del aniversario de su muerte me llevan a leerlo como una notita entre amenazante y distópica. A veces mi madre se esfuerza por formular un pensamiento acorde con las circunstancias: «En el cielo sobre Berlín siempre está el ángel de tu papá».

Me tumbo en la cama unos instantes pensando cómo responder, mientras la mirada de mi padre dispersa la resaca. Estoy lúcida y triste.

Mi madre se queda esperando, luego no puede resistirse, quiere que le dé al menos el gusto de una respuesta.

«¿Has pillado la referencia cinéfila?»

Cuando salgo de casa el cielo sobre Berlín se llena de sombras. El malestar me acompaña durante todo el día gracias a los mensajes que mi madre no deja de enviarme mientras estoy sentada en el cine.

«Estamos aquí con Christian y la tía, ¡solo nos faltas tú!», «¡Un fuerte abrazo de mamá, de tu hermano mayor y de papá!», «¡Hemos rezado también un poco por la más pequeñita de nuestra casa!», «¡Lo importante es estar siempre unidos!», «¡Recuerda que tu papá nunca te abandona!», «¡Mamá y papá siempre estarán contigo!».

Espero a que termine el día lo antes posible. Rechazo invitaciones a fiestas de cineastas armenios y bielorrusos, pero los mensajes me persiguen hasta altas horas de la noche.

«¿Has echado de menos a tu papá hoy?», «¿Estás triste ahí solita?», «¿Has recibido nuestro gran abrazo?».

Conservo ropa de mi padre: chaquetas y camisas, un reloj. Los zapatos me quedan un poco grandes, aunque teníamos la misma talla, pero como se avergonzaba de sus pies pequeños, compraba un par de números más. También conservo una foto suya que me gustaba, en la que está de viaje de negocios en Alemania y tiene una mano estirada delante de la cara en una expresión típica suya, cuando parecía querer decir: «¡Anda que tú!».

A su lado hay un colega cuyo nombre no recuerdo. De hecho ocupa una porción de espacio más voluminosa que mi padre, ya que

lo supera en veinte centímetros por lo menos. Está de perfil y fumando.

Enmarqué la foto y la tengo siempre en mi escritorio. Me daba pena eliminar al colega, así que se quedó ahí. Cuando alguien se fija en la foto del escritorio y me pregunta quiénes son esos dos, contesto:

—El bajito es mi padre.

—¿Y el otro?

Me doy cuenta de que conservar una foto cuya mitad está ocupada por un hombre alto cuyo nombre ni siquiera conozco corresponde perfectamente a mi idea de duelo.

Mis abuelos paternos están enterrados en un pequeño pueblo de la provincia de Téramo. Allá tampoco voy. Mi madre insiste de vez en cuando en recordarme que sigue siendo ella quien paga la factura de la luz que antes pagaba mi padre y que sirve para mantener vivo el candil de sus suegros.

—Lo hago con mucho gusto —me dice.

—Qué bien.

—Me alegro de hacerlo.

—Estupendo.

—Eso sí, tu tía nunca se ha preguntado quién paga ahora la factura, pero no importa.

—No, en efecto.

—¿Quieres saber cuánto me cuesta al año?

En realidad esa es su forma de honrar a los muertos. Paga las facturas de la luz de sus suegros, de su marido y de su madre, que está enterrada en el cementerio de un horrible pueblo del interior de Foggia. Ese cementerio es el único al que he ido a veces.

La madre de mi madre, la abuela Muccia, nos obligaba a que la acompañáramos allí cada vez que íbamos a verla. Nos tocaba completar toda la ronda de familiares difuntos desde el siglo XIX en adelante: crímenes de honor relatados con cierto orgullo, enfermedades con nombres antiguos —gota, pelagra, la hecatombe de la gripe española—, hombres que se habían quedado tiesos de insolación en los campos, mujeres que la habían diñado en el parto o por una paliza, niños que nacían ya muertos. Colocábamos una flor en cada tumba y dábamos un beso a cada foto. Las inscripciones de las lápidas siempre tenían alguna errata, mi hermano y yo competíamos para ver quién encontraba más. Luego mi abuela nos hacía permanecer diez minutos de pie delante de la foto de su difunto marido. Nos recordaba siempre que se parecía a Amedeo Nazzari antes de echarse a llorar. Entonces mi madre también lloraba, mi hermano rezaba una oración, mi padre

desinfectaba con alcohol el jarrón de las flores y yo me quedaba allí esperando a que terminaran los diez minutos.
Nunca quise a la abuela Muccia, y ese sentimiento era felizmente recíproco.

Su nieto favorito era mi hermano. No se trata de una deducción, ella solía repetirlo ante la camarilla de primos reunidos en los días de fiesta. En cuanto a mí: ¿qué se suponía que podía hacer con una niña enjuta, taciturna, deprimida y desinteresada por su cocina? Era viuda desde hacía años, desde antes de que yo naciera, pero su adhesión al luto era más tenaz que una fe futbolística. Reservaba para las demás viudas el desprecio de los hinchas por los entusiastas de última hora.

—Esa se viste de negro solo porque la hace más delgada.

Vivía en una casa de tres plantas que sigue siendo el telón de fondo de mis pesadillas. Cuando íbamos a su casa la encontrábamos en la puerta, rubicunda y manchada de harina, con el pelo peinado con ondas de peluquería y un fétido olor a laca y a ambientador de hogar.

Mientras mi padre descargaba el equipaje y mi madre se masajeaba las sienes porque, como siempre, le había entrado dolor de cabeza por una discusión en el coche, estrujaba a mi hermano en su abrazo durante unos diez minutos y yo recibía un rápido y reivindicativo meneo de sus enormes tetas en la cara.

No solo había sido una niña delgada e inapetente, sino que estaba a punto de convertirme en una chica descaradamente carente de pechos. Mi abuela no veía el momento de repetirme el mantra que había aprendido de su difunto marido: «Por lo menos has de llenar una copa de champán».

Tras lo que me plantaba una tacita de café en el pecho y se echaba a reír.

Verano tras verano la diversión y la sorpresa nunca llegaron a amortiguarse. Si había invitados en casa me arrancaba la taza del pecho y reiteraba el concepto con inmutable entusiasmo:

—Ni siquiera una tacita de café.

Seguían más carcajadas, vítores, palabras tranquilizadoras y discursos motivadores dirigidos a mis tetas, y luego la tacita volvía a colocarse en el escurreplatos.

Mientras vivió nunca le di a mi abuela la satisfacción de llenar

esa taza. Pero puede descansar en paz: tras su muerte la situación no ha cambiado. La primera vez que me ofrecieron champán en la copa correspondiente me fue imposible no visualizar sus seniles tetas desbordando la copa.

Soy la única mujer de mi familia —tanto materna como paterna— que no tiene pechos. A pesar de ello, o quizá precisamente por ello, según ese sólido principio de novatada doméstica que mantiene gloriosamente vivas las jerarquías familiares, recibía puntualmente por mi cumpleaños un sujetador como regalo.

Dado que de todos modos no me servían para nada, la talla era completamente arbitraria. Tengo un cajón lleno de sujetadores inmaculados con sus etiquetas puestas, desde la talla ochenta a la cien, de encaje, de satén, con aros, con relleno, con y sin tirantes.

No soy capaz de deshacerme de ellos, en parte porque los regalos son sagrados para mí y siempre temo represalias kármicas, y en parte porque la perversidad de ese cajón me recuerda la intrínseca verdad moral de una familia.

Lo cierto es que tengo un cajón aún más angustioso, lleno de la ropita de bebé que mi madre compra para mi futura descendencia, aunque sabe que no quiero tener hijos.

—No lo hago por ti —me dice—, lo hago por mis nietos.

Para compensar, el ajuar que mi abuela había reservado para el día de mi boda (otro deseo defraudado, junto con el llenado de las tacitas), y ante el que mi madre se había rebelado ferozmente («¡Mi hija elegirá por sí sola su ropa de casa!»), acabó en sus manos, y así, mientras ella duerme en sábanas de lino bordadas con mis iniciales, yo me regodeo en una independencia jamás reivindicada hecha de algodón de Ikea.

Mi madre trata su propio amor filial como una conquista, la liberación de una brutalidad ciega y desesperada. Mi abuela había intentado abortarla introduciéndose una percha en el útero. No hay más detalles del suceso en los relatos familiares, aparte de la tácita evidencia de que algo debió de salir mal, dado que mi madre llegó a nacer.

Siempre he querido saber más, no solo porque el fracaso de ese aborto está directamente relacionado con mi propia existencia, sino porque me gustaría poder trazar la trayectoria que une a una chica de diecisiete años, ya con dos hijos, dispuesta a penetrarse con una

percha, con una alegre anciana que disfruta apretando sus tetas contra mi cara. Me pregunto si entre las omisiones de esa trayectoria habríamos podido reencontrarnos mi abuela y yo dentro de un afecto mutuo.

No llegó a ocurrir.

Los veranos que mi hermano y yo pasamos en Apulia sirvieron para perfeccionar nuestra vocación por el aburrimiento, pero él —a diferencia de mí— mostraba interés por la cocina de la abuela Muccia, así que me traicionaba con un arranque de vitalismo cuando ella le permitía mojar un trozo de pan en el ragú que llevaba horas cociéndose a fuego lento.

Como todos los naturales de Apulia, mi abuela estaba convencida de que sus hogazas de pan eran las mejores del mundo, con esa miga compacta y densa y esa corteza blanda, de modo que cuando levantabas el trozo de pan empapado en salsa parecía que acababas de sacar un estropajo de cocina que había ido a parar a la olla.

Dado que yo no comía (una de las razones aducidas para mi carencia de tetas), en casa de la abuela Muccia me pasaba todo el día en la habitación de invitados de la planta baja, que era la más fresca de la casa, y podía dedicarme a aburrirme sin distracciones innecesarias. El problema era que, al estar en la planta baja, también me encargaba de recibir si alguien llamaba a la puerta. Iba a abrir y por lo general me topaba con caras de desconcierto.

—Pero ¿tú eres la hija de la Gianna?

—No.

—¿Eres la hija de la Titina?

—No.

—¿Eres la nueva novia del Pasqualino?

—No.

Así que me tocaba ilustrar una y otra vez mi filiación parental, que también resultaba ser la única vez que abría la boca durante toda mi estancia estival en aquella casa.

—¡Ah, eres la hija de la Franca! ¿Y cómo es que estás tan mayorcita y aún no te has hecho una mujer?

Un día me encontré al tío Uccio en la puerta, ni siquiera sé si éramos parientes, pero yo le llamaba tío, como a todos los varones

adultos que venían a visitarnos. El tío Uccio era más bajo que yo y unas tres veces más ancho. Era calvo, salvo por un emparrado grasiento que empezaba en la frente y se ramificaba por el cráneo como un estuario seco.

—¿No tendrás un peine? —preguntó.

Le acompañé al cuarto de baño de la planta baja. Mi tío entró en el baño conmigo y cerró la puerta.

—¿Así que eres la hija de la Franca?

—Sí.

Me miró fijamente como si fuera el comienzo de un apasionante diálogo.

—¿Y no quieres peinar a tu tío?

Se sacó la polla de los pantalones, dificultándome encontrar la conexión con el emparrado, lo que implicó algunos instantes de vacilación antes de que me decidiera a tirar el peine al suelo y salir corriendo del cuarto de baño, porque en cualquier caso yo era una chica a la que la lógica le importaba. Él masculló un par de obscenidades que no llegué a captar bien, en parte por el dialecto, en parte por su tono de voz ahogado, ya que sea como fuere su mujer estaba arriba, y luego subió sin haberse arreglado siquiera el pelo.

No le conté a nadie lo de la polla del tío Uccio.

No tenía nada que ver con la vergüenza o la represión, todo lo contrario. En realidad me alegré de que hubiera sucedido. Me había dado el pretexto ideal para seguir odiando en silencio aquella casa y mis veranos en Apulia, el olor a salsa, el pan blando, las *orecchiette*, los *cavatelli*, las *nevole*, las *scarcelle*, el *grano dei morti*, los *taralli*, los *lampascioni*, los *torcinelli* y el huevo dentro de carne.

Cuando estalló la moda de Salento, la *pizzica*, el renacimiento de los *tarantolati*, el redescubrimiento de Ernesto de Martino, cuando los intelectuales reformaban sus *trulli* y Vendola parecía el salvador de la patria, yo me aferré a mis recuerdos. Las comidas familiares con las mujeres cocinando, sirviendo la mesa y fregando los platos y los varones roncando tirados en un sillón (yo estaba dispensada de ambas actividades: mi pelo corto y mi falta de tetas me convertían en una criatura inútil, salvo para peinar a mis tíos); la hora de la siesta, donde no se podía decir una sola palabra pero tampoco se podía salir de casa; las cuidadoras rumanas acosadas

durante el día y folladas en cuanto las viejas se quedaban dormidas; las excursiones a la playa en coche cociéndonos mientras cruzábamos la llanura del Tavoliere, con bandejas de lasaña caliente en el regazo y cinco niños apretujados en el asiento trasero.

En uno de esos viajes (con el tío Carmine al volante) se materializó en el desierto de la carretera una chica cubierta de sangre.

—Acelera —fue la reacción de mi tía.

Los cinco niños estábamos pegados a la ventana.

Mi tío paró maldiciendo. La chica se arrastró hacia nosotros con la camiseta rota. Tenía un pecho fuera.

Mi tía no se lo tomó bien:

—¡Esta desgraciada!

El tío Carmine salió del coche de todos modos.

Habían tenido un accidente. Se habían salido de la carretera. Había tres chicos moribundos en el terraplén, ella había conseguido subir arrastrándose. Éramos los primeros seres humanos que pasaban por allí. Las puertas de nuestro coche estaban cerradas con el pestillo de seguridad, mi hermano y yo saltamos por encima del asiento delantero. Mi tía nos sujetó histéricamente por la cintura de los pantalones y luego nos soltó.

—A vosotros ni se os ocurra —dijo dirigiéndose a sus hijos.

El aire era tórrido y el sol caía a plomo, los espejismos sobre el asfalto se perdían en el horizonte bajo el cielo completamente despejado, ese azul infinito del sur que hoy me hace pensar en la muerte.

Mi hermano y yo nos asomamos al terraplén donde estaba el coche volcado y tres cuerpos confundidos entre la hierba seca y las chapas metálicas. Del fondo nos llegaban gemidos inarticulados que ni siquiera sonaban a humanos, como los gritos de las gatas en celo.

—La criatura tiene sed —le dijo mi tío a la chica encogiéndose de hombros y señalando con la barbilla a mi primita, que estaba pegada con la cara a la ventanilla. La chica le miró sin comprender.

Nos ordenó a mi hermano y a mí que volviéramos al coche. La chica empezó a suplicarle.

—La criatura tiene sed —repitió. Esta vez sin encogerse siquiera de hombros.

Mi hermano y yo nos quedamos clavados allí hasta que mi tío

nos dio una bofetada a cada uno para obligarnos a volver al coche.

—La cantidad de palizas que no os ha dado vuestra madre —comentó mi tía.

Yo no podía dejar de llorar. Mi primita se había hundido en un lodazal de vergüenza. Los dos primos mayores nos miraron a los ojos con el fatalismo de dos octogenarios. Mi tío arrancó de nuevo y dejó atrás a la chica y los cuerpos tendidos al sol.

La polla del tío Uccio no había sido la primera que había visto en mi vida. En cierto modo ya estaba preparada para el hecho de que hubiera hombres deseosos de mostrarla, aunque no entendiera el porqué.

Cuando pasé a la escuela media, mi hermano me llevaba al colegio y luego seguía hasta su instituto. Fue un logro que me había costado grandes sudores: emanciparme del Escarabajo perpetuamente retrasado de mi madre o del Opel Kadett perpetuamente adelantado de mi padre. Durante meses me habían dejado delante del colegio media hora antes o media hora después de que sonara el timbre. Luego, hacia la primavera, mis padres se avinieron a que fuera sola con mi hermano. Quizá a él le entusiasmara menos que a mí aquel progreso y se vengaba hablándome de Jesús o de Matteotti (ya se había despertado su interés por la política).

Una mañana de abril, mientras me explicaba las razones que llevaron al cisma entre las iglesias católica y ortodoxa, nos encontramos por la calle con Isabella, su compañera de clase a la que escribía cuartetas («Tus ojos avellana / tu falda de campana…») que yo no debía leer y que, por lo tanto, había leído con gran avidez, junto con todas las cartas de amor que nunca le había enviado, aderezadas con tiernos sueños masturbatorios.

En efecto los ojos de Isabella eran de un marrón clarísimo y denso, como «un tarro de Nocilla / que cual estrella brilla». Tenía una piel que parecía bronceada incluso en invierno y el pelo rubio recogido en una insoluble cola de caballo que marcaba el tempo como un metrónomo. A menudo llevaba falda, aunque no fuera acampanada ni rimara con sus ojos. El caso es que la aparición de Isabella camino del colegio puso en peligro la resistencia moral de mi hermano.

¿Qué hacer? ¿Se atrevería de verdad a desembarazarse de su hermana? ¿A dejarla sin saber los motivos últimos que habían

provocado el gran cisma?

Isabella, quizá no del todo ajena a estos tormentos, se limitó a dejar sueltos sus ojos color avellana. Mi hermano se atusó unos pelos de su inexistente barba, gesto que todavía hoy sigue delatando su nerviosismo cuando se enfrenta a uno de esos bíblicos callejones sin salida en los que teme sucumbir al mal.

Me miraba esperando un gesto de asentimiento para plantarme. Lo dejé con sus tribulaciones durante un rato, simulando la expresión de una niña aterrorizada, y luego le guiñé un ojo: acababa de aprender a hacerlo y seguía disfrutando con ello.

Así que me dio un beso en la mejilla, un par de consejos y me abandonó en los últimos quinientos metros hasta la puerta del colegio para acompañar a Isabella. Me quedé boquiabierta, mirando aquella cola de caballo perfecta que representaba al mismo tiempo la traición fraternal y mi libertad.

Era la primera vez que iba sola por la calle. El asfalto estaba sumergido bajo los plumones de los álamos como en una gigantesca bañera de espuma. Me imaginé que era el escenario preparado para el concierto de Veronika, los focos apuntando desde arriba y ella emergiendo lentamente del blanco.

No había dado siquiera diez pasos cuando oí a alguien susurrar: «Psss, psss».

Miré a mi alrededor. Otra vez: «Psss, psss».

Respondí al gritito, como si fuera la llamada de un pajarillo.

En ese momento desde detrás de un coche salió un tipo que se abrió la gabardina. Por aquel entonces no sabía nada de la existencia de los exhibicionistas, ni mucho menos podía imaginarme que realmente llevaran el uniforme reglamentario: impermeable y nada debajo.

Todo lo que podía ver era una protuberancia amorfa y violácea. Una masa. Fue cuestión de un instante. Después aquel hombre se cerró su impermeable y se diluyó en la nada.

De esta manera, durante bastante tiempo la forma de la polla coincidió para mí más o menos con la de una nariz esponjosa y abultada. Ahora comprendía por qué en general la gente tendía a mantenerla oculta en los calzoncillos. ¿Por qué ese hombre habría querido en cambio enseñármela a mí? Tal vez fuera un atisbo de una verdad inconfesable: ¡mira lo que me ha tocado en suerte!

La masa continuó atormentándome durante los días que siguieron. En mi mente se agigantaba y se deformaba. Una nebulosa de carne en constante expansión. En casa ya no podía mirar a mi hermano y a mi padre, me parecía increíble que guardaran aquella galaxia de materia orgánica bajo los pantalones, increíble que convivieran con ella todos los días.

Me asaltó una duda: ¿y si el hombre del impermeable había querido decirme que estaba enfermo? ¿Y si era una petición de ayuda? ¿Por qué si no me la habría enseñado?

No tenía manera de establecer comparaciones —¿qué forma tenía una polla?, una polla sana— ni sabía a quién preguntar. Probé con los cuadernos de mi hermano, pero ni siquiera sus palabras a Isabella me resultaron útiles, las transfiguraciones poéticas hacían ininteligible lo que buscaba. «Una piedra en la pierna / cuando te veo eterna».

Qué imagen tan extraña, pensé.

Llegó la noche en que no pude aguantar más.

—Creo que he visto una piedra —solté durante la cena.

—¿En qué sentido?

Expuse el significado.

Mis padres se pusieron furiosos con mi hermano, y a la mañana siguiente mi madre no solo me llevó al colegio, sino que quiso entrar en clase. Se acercó a la profesora de Italiano para justificar su presencia.

—La niña cree que ha visto una colita —dijo.

Lástima que sus palabras fueran interceptadas por Massimo Carocci, en primera fila, y a los pocos minutos toda la clase estaba al corriente de que *la niña creía haber visto una colita*.

Me pasé la mañana recibiendo notitas con pollitas dibujadas, bonitas miniaturas que nada tenían que ver con mi visión de la protuberancia violácea, lo que resultó casi tranquilizador. Luego vinieron una serie de galantes invitaciones a echar una ojeada por debajo de la mesa mientras los varones movían una mano en los bolsillos del pantalón para simular —creo— una erección.

La historia de la colita se prolongó durante unos días, hasta que afortunadamente quedó eclipsada por las hazañas de Mimmo Tenaglia, repetidor de tercero B y sex symbol del colegio solo un escalón por debajo del padre Serafino, que en el baño de las chicas

se la había puesto en la mano a Stefania Chirianni.

La amenaza de la masa perdió vigor, se desinfló delicadamente: si esa cosa le cabía en la mano a una niña, me dije, no podía dar tanto miedo. Cuando vi la polla del tío Uccio obtuve la confirmación.

Los encuentros con exhibicionistas se convirtieron más tarde en un clásico de mi juventud. Mi barrio se prestaba bien a acogerlos: había mucha zona verde, poca iluminación y largos edificios llenos de soportales desde los que aparecer por sorpresa. Incluso el autobús que iba al centro, con su cálida densidad de cuerpos, era un lugar donde los maniacos nunca se sentían discriminados. A los veinte años, cuando volvía de la universidad con Cecilia en un tranvía abarrotado, sentí algo flácido y húmedo en la mano que no pude identificar. Pensé que era la lengua de un perro. Fue Cecilia quien me dio las oportunas aclaraciones.

—¿Tú crees que tendría que gritar? —le pregunté.

—Pues no sé, tú verás.

Me volví hacia el legítimo propietario y me limité a informarle del lugar al que había ido a parar su polla e invitarle a que la recogiera.

Este verano, mientras estaba en una roca fumando y esperando a que una amiga volviera de nadar en mar abierto, un tipo se acercó por detrás y me pidió un cigarrillo. Me di la vuelta y delante de mí había un chico de apenas veinte años con un bañador en la mano y una sólida erección.

Si alguien me pide un cigarrillo me siento obligada a dárselo en cualquier caso, es un principio en el que no cedo, nunca he soportado a la gente que se inventa excusas para eximirse de hacerlo, como la gente que no pasa el porro y finge no darse cuenta. Así que le di el paquete de tabaco antes de pedirle que se pusiera el bañador.

Se sentó a mi lado, limitándose a liarse el cigarrillo. Nos quedamos así frente al mar fumando. No sabía qué hacer, no podía meterme en el agua porque no sabía nadar. Y no podía marcharme de la roca porque hubiera tenido que pasar por encima de su cuerpo desnudo dotado de una erección. Podía ver la cabecita de mi amiga, un punto lejanísimo en el horizonte. Así que pensé en llamar a mi hermano. Puse el altavoz y le pregunté cómo iba su trabajo de

concejal en el ayuntamiento. Funcionó. Al cabo de ni siquiera cinco minutos de política cultural en los suburbios del noreste de Roma al chico se le ablandó.

A veces, sin embargo, las políticas culturales en los suburbios del noreste de Roma pueden tener el efecto contrario. Cuando mi hermano se bate contra el desalojo de un campamento romaní o de una casa ocupada por inmigrantes, por ejemplo, su página de Facebook experimenta un repunte erótico. Hay hombres que nos desean a mí y a mi madre abundantes encuentros sexuales con un numeroso grupo de rumanos o africanos (ahí no se especifica el país). En general se trata de relaciones sexuales no consentidas que prevén penetración anal, si bien en algunos casos nos conceden el privilegio de obtener deliberadamente deleite. Una vez mi madre me llamó presa de su angustia habitual, pero revelando cierta curiosidad:

—Verika, ¿puedes explicarme de qué va eso del *gangbang*?

Siempre he tenido problemas con el verano, incluso cuando no me deportaban al corazón negro del Tavoliere de Apulia.

En quinto de primaria, justo antes de los exámenes, enfermé de reumatismo articular agudo. Júbilo general en mi familia de hipocondriacos al descubrir que había entre nosotros una auténtica enferma.

Era un junio abrasador y yo estaba inmovilizada en la cama con las articulaciones bloqueadas y las piernas cubiertas de manchas rojas. Ni siquiera era capaz de llegar hasta el baño sin que me llevaran en volandas. No era una enfermedad muy grave, pero sí latosa.

Mi padre elaboró sus asociaciones mentales, del tipo: «Reumatismo = sin humedad». En primer lugar decidió que ya no podía lavarme, así que se limitaba a desinfectarme con alcohol de la cabeza a los pies. Mi piel empezó a desescamarse. Luego decidió que ya no podía seguir sudando. Era verano e internet aún no existía. No tenía forma alguna de comprobar que mi padre no me estuviera contando chorradas. Si a él se le había metido en la cabeza que yo no podía sudar, yo —tumbada e inmovilizada— me esforzaba muchísimo por no sudar.

—Por lo menos léete un libro —me decía mi madre.

Mi familia de hipocondriacos y literatos era incapaz de resignarse a que en quinto de primaria me limitara a leer tebeos o como mucho la edición abreviada de *Mujercitas*. Además no quería ser Jo, no quería ser ninguna de ellas, detestaba a toda la estirpe de las March y albergaba la secreta esperanza de que les aguardara un horrible final.

Mi hermano decidió sacrificarse por la causa. Se sentaba en el borde de la cama y me leía *Rebelión en la granja*. Yo seguía con pasión los acontecimientos de los terribles cerdos y él se empeñaba en aclararme el subtexto alegórico. Me explicó la historia del comunismo, de la URSS, hasta llegar a la Perestroika. Me dijo que la

Perestroika era la mancha que Gorbachov tenía en la frente. Yo lo seguí creyendo hasta segundo de la escuela media, cuando lo escribí en una redacción que fue sádicamente leída en voz alta por la profesora de Italiano.
Mientras tanto mis compañeros de quinto habían hecho los exámenes y se habían ido de vacaciones. Mi gran amor de entonces, Stefano Bellucci, vino a visitarme a casa con su madre.

A mi padre se le había ocurrido una idea excepcional: envolverme con un rollo de papel de cocina por debajo de la camiseta para oponerse a la amenaza del sudor. Stefano Bellucci y su madre observaron las protuberancias esponjosas bajo la tela de la camiseta y no hicieron ningún comentario. Ninguno de los dos tuvo el valor de preguntarme qué hacía envuelta en papel de cocina. Ese fue el final de nuestro gran amor.

No tardé mucho en olvidarlo. En los días que pasé en cama con el nuevo suplicio de los *Karamazov* declamado por mi hermano, el único momento que esperaba con impaciencia era la llegada del doctor.

El médico que me atendía se llamaba doctor Del Bosco. Era un hombre bastante alto, que se veía obligado a caminar por nuestra casa siempre ligeramente agachado para evitar golpearse la cabeza contra el laberinto de altillos. Era un poco más joven que mis padres, tenía unos ojos verdes enormes, muy jaspeados, como los de los dibujos animados, y unas manos ahusadas y preciosas.

Mientras la Rusia del siglo XIX se desvanecía en el trasfondo entre los bostezos de mi hermano, yo no hacía más que pensar en esas manos, fantaseando obsesivamente que me palpaban, hasta que —en efecto— acababan palpándome. Las manos del doctor Del Bosco que me subían la camiseta, que desenrollaban las capas de papel de cocina, que me daban golpecitos en el pecho mientras me auscultaba, que me untaban una crema en las piernas manchadas. Y luego su voz cálida pero perentoria: «Ahora date la vuelta», y de nuevo sus manos en mi espalda. «Respira»: el estetoscopio que se deslizaba por mi columna vertebral. Me bajaba la camiseta otra vez. Arrugaba el papel de cocina. Me sonreía con complicidad, como diciendo: «Qué se le va a hacer, tu padre está loco». Cuando el médico salía de la habitación, inclinándose para pasar por mi puerta plegable, yo escuchaba a hurtadillas las conversaciones en el

pasillo con mis padres.

—Un poco de enjuagues no le vendría mal…

—Bueno, ya veremos —contestaba mi padre.

«Bueno, ya veremos» era su manera educada de decir «Ni lo pienses», algo que había aprendido a mi costa en los muchos intentos de que me regalaran una bicicleta o unos patines. Mi madre lo tenía peor, porque intentaba que le regalaran otro hijo.

En realidad, incluso sin el reumatismo articular agudo, lo de lavarse siempre había sido un asunto un poco particular en mi familia. Las paredes que seccionaban la casa llegaban hasta el cuarto de baño y no había sitio para un bidé, pero por otro lado nadie lo había utilizado nunca. Solo nos duchábamos los domingos. Por lo demás bastaba con frotarse bien con alcohol. Mi padre llevaba siempre consigo alcohol y toallitas de papel adondequiera que fuese. Desinfectaba las mesas de los bares, los vasos, los cubiertos, las botellas de agua, las estanterías de los supermercados, las cajetillas de tabaco, los picaportes de las tiendas, el teclado del cajero automático o de un teléfono de fichas y, por supuesto, el auricular (incluso en casa de amigos). Cuando nos íbamos de vacaciones, nos pasábamos el primer día limpiando todas las superficies con alcohol y forrando los cajones con papel de cocina. Pero la idea de incrementar la higiene personal nunca se tomó seriamente en consideración.

Años después de la muerte de mis abuelos, mi padre también se dedicó a levantar paredes en su casa, convirtiendo un piso de setenta metros cuadrados en dos cómodos microapartamentos.

Hoy esa casa está en venta, y el agente inmobiliario que se ocupa de ella me envía informes de visitas con los puntos fuertes y los débiles. La mayoría de la gente se queda simplemente de una pieza cuando cruza el umbral y se encuentra con dos puertas y dos pisos en lugar de uno, pero a la cabeza de la lista de «puntos débiles» siempre está: «No hay bidé».

Antes de llegar a la plena pubertad, cuando en el colegio la gente empezó a señalarme que olía un poquito, siempre había pensado que una ducha a la semana era la norma universal socialmente aceptada. En cuanto tuve la pretensión de ducharme a diario mi madre lo tomó como una provocación. Venía a abrirme la puerta del baño:

—Quítate las manos de encima.

La privacidad es un concepto contra el que mi madre siempre ha combatido infatigablemente. Por otra parte en nuestra casa no había ni una sola puerta que pudiera cerrarse con llave. Cuando mi hermano y yo hablábamos por teléfono, ella se ponía detrás de nosotros y nos sugería respuestas, una costumbre que no ha perdido con los años, y aún hoy, si recibimos por casualidad una llamada de móvil delante de ella, sobre todo si se trata de una llamada de trabajo, está encantada de ofrecer su contribución.

—Pregunta cuánto te dan.

—Vete, por favor.

—Sí, pero ¿cuánto te dan?

—No, disculpe, no estaba hablando con usted…

—Pásamelos, que ya hablo yo con ellos.

Como sigo teniendo mi residencia en casa de mi madre (mi pereza es más tenaz que cualquier liberación posible), si me llega correo a su casa me llama emocionada.

—Hay una carta de la editorial Mondadori, ¿la abro?

—No, gracias, mamá, no es necesario.

—¿Y si es dinero?

—Dudo que Mondadori me meta billetes en un sobre.

—Pues eso, escucha, dice que…

Volviendo al doctor Del Bosco, fue inevitable que me enamorara de él. No pensaba en otra cosa. Me traía helado cada vez que venía y me lavaba el pecho y las axilas a escondidas cogiendo una palangana del cuarto de baño. Les decía a mis padres que la necesitaba para diluir una loción. ¿Qué podía impulsarlo a mentir por mí más que el amor?

Me convencí de que el sentimiento era recíproco, y la convicción se reforzó cuando mis padres me dijeron que se estaba separando de su mujer.

Tuve la confirmación final cuando se mudó a un piso de alquiler en mi edificio. Podía oír nuestros corazones latiendo a través de los siete tramos de escaleras, los susurros: «Date la vuelta… respira…», los espasmos que se encontraban a medio camino en el rellano del cuarto piso. De momento solo era una niña maloliente, con el pelo mugriento y envuelta en papel de cocina, pero pronto me curaría y correría hacia él.

Sin embargo una duda me atenazaba: ¿y si había sido la enfermedad la fuente de nuestro amor? ¿Habría prestado atención a una chiquilla sana? Meses después, en mi primer día fuera de casa, aún en abstinencia de duchas, me lo encontré en el portal. No estaba solo. Me saludó afectuosamente y me presentó a Laura. La miré fatal. Había dejado a su mujer por una chica más joven, sí, pero no *tan* joven.

Durante mi convalecencia el doctor Del Bosco venía de vez en cuando a ver cómo estaba, pero yo me había vuelto arisca e intentaba olvidar sus manos. Mientras tanto me había confiado al cuidado de un enfermero que me administraba una inyección de penicilina dos veces por semana. El enfermero se llamaba Fausto, era de Viterbo y lucía su acento toscano con considerable orgullo. Era uno de esos hombres que creían que para ser brillantes se necesitaba un repertorio de chistes bien ensayado. En realidad estaba especializado en los del colmo. Como nuestra casa estaba llena de libros, intentaba adecuarse a la situación.

—¿Sabes cuál es el colmo de un diccionario?

—No.

—No tener palabra.

—Vale.

Fausto me había rebautizado «Mudita», porque no me gustaba charlar y nunca le seguía con sus colmos. Había más indignación que ternura en aquel epíteto, pero nada podía hacerle desistir de sus colmos.

Como la penicilina tenía una consistencia bastante espesa, la aguja de la jeringuilla era grande y la inyección, dolorosa. Fausto me daba un primer golpecito en el culo, luego otro, luego otro y finalmente venía el pinchazo de la aguja. A menudo un par de intentos resultaban fallidos, Fausto se reía y lo achacaba a mi «pellejo duro». En ese momento recurría a una distracción.

—¿Cuál es el colmo de un escritor?

—Me has hecho daño.

—Tomar sopa de letras.

Toda la operación iba acompañada de sus comentarios sonoros para que la experiencia fuera más completa: *spatam, plic, pluc, uoooh*

pa-pam,

. No sé por qué la sexofobia de mi madre no se dignaba intervenir contra el *spanking* onomatopéyico.

Durante los tres años siguientes seguí viviendo con la angustia del sudor. No sé de dónde sacó mi padre lo de los tres años, pero da igual. Me revisaba la espalda y las axilas: si había algún rastro de humedad, era presa del pánico y volvía amenazante con un rollo. Yo solía pasar los veranos en la playa bajo la sombrilla con la camiseta puesta y el cuerpo enrollado con papel. Cuando algún niño temerario se aventuraba bajo la sombrilla para proponerme un baño en el mar, mi madre señalaba indignada el libro que acababa de ponerme en la mano: «Ahora está leyendo, no puede». En realidad su intervención resultaba un alivio para mí, puesto que de todos modos yo no sabía nadar.

Los noventa llegaron como una bendición. Podía empezar a sudar de nuevo. Quería acumular todas las sudadas que me había perdido.

—Oca, tómatelo con calma —me decía mi padre.

Luego, un día de finales de junio, cuando la ebriedad de un verano a la orilla del mar en bañador estaba a punto de desplegarse ante mí, llegué a casa dejando un rastro de sangre junto a la puerta. Me agaché para ver qué era y me di cuenta de que tenía un cristal clavado en el zapato y en el pie.

—Hemos caído en la paradoja —dijo mi padre.

Para él siempre se caía en la paradoja. Nunca quedó claro en qué consistía la paradoja, pero lo indudable es que se caía en ella.

Me quitó el cristal y volvió intimidante con el rollo de papel de cocina. Lo empapó en alcohol para desinfectar.

—Ya sabía yo que acabarías pillándote el tétanos.

Para evitar que el tétanos, o quien fuera, corroyera todo mi cuerpo, después del alcohol vino el fuego. Vi a mi padre aferrar unas tijeras y ponerlas al rojo vivo en el hornillo. Cicatrizó la herida directamente con la quemazón. Todavía tengo la marca, que parece una verruga en forma de corazón y hoy, al verla, me conmuevo.

Es la única cicatriz que tengo de mi juventud. Nos gusta

imaginar, describir el cuerpo como una cartografía del desastre, pero como me salté los traumas clásicos de la infancia —caídas de los árboles, de la bici, de los patines— solo tengo ese corazoncito bajo el pie para recordarme que alguna vez fui una niña.

El espectro del sudor fue sustituido por la violencia de los cristales en la calle, una violencia más insidiosa que la de las jeringuillas, porque era más errática. No bastaba con evitar los parques, los callejones oscuros o los soportales de los edificios. Cristales había por todas partes. Los cristales eran tan ineludibles como la entropía.

La consecuencia fue que ya no podía llevar zapatos con suela de goma, solo de cuero. Incluso en la playa. Es más, sobre todo en la playa, donde era imposible saber si había un trozo de cristal anidado bajo la arena. Me pasé el verano en traje de baño y botas de cuero (dos tallas más grandes para que pudiéramos ponerles cómodamente un montoncito de plantillas, por si acaso).

Ahora era yo quien ya no quería alejarse de la sombrilla. Descubrí un mundo inexplorado más fascinante que los abismos. Jeroglíficos, crucigramas, los cuentos de Edgar Allan Poe, solitarios.

Con los otros niños, dadas las circunstancias, lo mejor era reivindicar mi excentricidad:

—Sí, vale, bajo a la playa con las botas puestas. ¿Y qué? ¿Tú sabes resolver *Il quesito con la Susi*?

Ese fue el verano en el que leí más libros que mi hermano. El verano en el que ganaba regularmente a mi padre a la brisca. El verano en el que me inmolé a los poetas malditos y a Lovecraft. Vendrían otros veranos, imperturbables en su ser siempre iguales a sí mismos. ¡Yo, en cambio, no! Trabajé en mi estilo durante mucho tiempo para constreñirlo a ese elemento básico de mi vida: los zapatos de cuero. Me paseaba en el tórrido agosto romano como una dandi entre la bruma inglesa. Pasé por la fase *grunge* y la fase existencialista. Luego la fase Jean Seberg. Pero en realidad fue el verano en que la Susi de los pasatiempos, con sus camisetas de rayas, las manos en los bolsillos y las tetas puntiagudas, forjó para siempre mi ideal de *sex appeal*.

Y luego llegó el verano de Ventotene.

Es decir, el verano en que no nos fuimos a Ventotene.

Mi madre había empezado a organizar sus vacaciones siguiendo

los consejos de una revista de pedagogía, que en el número de verano anunciaba algún hotel junto al mar o en la montaña.

Su convicción era que el irnos de vacaciones a uno de esos hoteles le permitiría conocer a profesores como ella y, en consecuencia, garantizaría que sus hijos se hicieran amigos de hijos de otros profesores y se ennoviaran tal vez con hijos de otros profesores para convertirse luego ellos mismos en profesores, hasta procrear nuevos hijos de profesores y pasar sus vacaciones y su existencia juntos para siempre en un torbellino pedagógico. Esta era su idea del mundo.

Ese año la revista que modelaba sus vacaciones aspiracionales la había orientado hacia la isla de Ventotene. Ella no sabía nadar, pero no le importaba, respirar yodo era saludable. Nunca supe si mi padre sabía nadar, él decía que sí, pero nunca le vi bañarse por encima de las rodillas. La mayoría de las veces se quedaba vestido en el chiringuito fumando desde las siete de la mañana.

Antes del viaje mis padres no dejaron de discutir. A mi padre le parecía una tortura estar confinado en una isla: «Hemos caído en la paradoja». Mi madre había pasado del resentimiento a la depresión fulgurante y se había acostado. «Está bien, no importa…», susurraba por la mañana, y luego se pasaba el día tumbada escuchando Radio 3.

Si tengo una imagen de mi madre en la infancia es esta: en la cama con un pañuelo en la cabeza escuchando Radio 3. Cuando se levantaba se ponía una bata acrílica roja sobre el camisón y se tambaleaba por el pasillo.

Nunca hablaba de depresión. Sus dolores de cabeza eran de condición mística, pero de origen prosaico: podían deberse a una sinusitis autodiagnosticada y no tratada, al tabaquismo pasivo, a una discusión con mi padre o a la aprensión por sus hijos. Cuando se veía atenazada por estas migrañas, cada partícula de su cuerpo desprendía una neblina de malestar en el aire. Había que bajar las persianas, y mi hermano y yo teníamos que vivir en la penumbra y sin hacer ruido. La casa se convertía en una ciénaga de vaporosa angustia donde de vez en cuando aparecía la bata de mi madre como un fantasma púrpura, pero el silencio era conjurado por las voces cálidas y aflautadas de los locutores de Radio 3.

Desde que mi hermano y yo empezamos a publicar, las únicas

veces que mi madre se toma en serio nuestra profesión es si nos invitan al programa *Fahrenheit.* Desde hace unos años también llama obsesivamente a la redacción para participar en los concursos.

—Tenemos a Francesca al teléfono —anuncia la voz familiar de Radio 3—, díganos, ¿qué se le ha ocurrido para el libro misterioso de hoy?

Mi madre suelta un título al azar solo para llegar al punto principal de su llamada telefónica.

—¡Soy la madre de Christian y Verika!

En ese momento cuelgan.

En todo caso, justo ese verano mi padre había recibido un coche de empresa. Dado que era el jefe de personal, estábamos acostumbrados a recibir paquete tras paquete durante las vacaciones de Navidad que le mandaban los nuevos contratados o sus familias, deseosos de expresar así su gratitud.

La mole de regalos se apilaba ordenadamente en el vestíbulo para ser devueltos al remitente en cuanto se interrumpía el flujo de donativos. Esa era la idea que mi padre tenía del mundo: nunca pedir ni aceptar nada de nadie.

Siempre se me saltaban las lágrimas cuando volvía a casa y encontraba el vestíbulo saneado, por más que, como es lógico, en aquel momento no habría sabido qué hacer con una botella de armañac o una funda de mechero plateada.

Sin embargo, se había visto obligado a aceptar el coche de empresa. Lo cual era humillante: su viejo Opel Kadett no correspondía a la imagen que la empresa esperaba de él. Éramos más pobres que el papel que debía desempeñar, y en lugar de optar por la más intuitiva solución de un aumento de sueldo se optó por una apuesta contraintuitiva: se nos concedió seguir siendo más pobres, pero con un coche de ricachones.

El martirio de mi madre tuvo resultado, mi padre cedió a la idea de ir a Ventotene y mi hermano y yo nos alegramos mucho porque iba a ser el primer viaje con el coche de empresa. El primer viaje con aire acondicionado y elevalunas eléctrico.

Vivíamos en un gran edificio justo detrás de las colmenas de Ponte Mammolo y Rebibbia, un edificio fundamentalmente idéntico en su concepto de conglomerado vecinal, pero que a diferencia de

los bloques de viviendas sociales presumía de una cubierta de césped sobre los garajes, setos de adelfas podadas y una verja corredera automática capaz de simular una red de seguridad para la clase media con coches de empresa.

La mañana de nuestra partida, nos instalamos cómodamente en los asientos que olían a concesionario y encendimos inmediatamente el aire acondicionado. El coche arrancó subiendo por la cuesta que culmina en la verja automática, y esta hizo ademán de abrirse, pero luego cambió bruscamente de opinión y se cerró como un telón travieso, por lo que acabamos chocando y destrozamos completamente el capó.

Así fue como aquel verano nadie se recluyó en una isla, sino dentro de casa, sin coche siquiera. Mis padres no se hablaban, mi madre nunca se quitaba la bata a pesar de los cuarenta grados y mi hermano y yo aprendimos a hacer burbujas de saliva con la punta de la lengua y nos las lanzábamos el uno al otro.

La palabra Ventotene se convirtió en tabú y nadie volvió a atreverse a pronunciarla.

Hace un par de años me invitaron a un festival literario en Ventotene.

Habían pasado más de veinte años desde el accidente contra la verja corredera, y durante todo ese tiempo nunca me había surgido la oportunidad de ir.

Mientras estaba en el ferry pensé que me hubiera gustado contárselo a mi padre. Hubiera querido llamarlo para gastarle una broma tonta y recordarle el episodio y todo el dinero que tuvimos que desembolsar para reparar el coche de ricachones sin que la empresa llegara a enterarse.

No recuerdo en qué momento dejé de pensar en mi padre todos los días después de su muerte. En algún momento ocurrió, como sucede en las historias de amor. No te parece posible, pero lo es. Ese momento acaba llegando. Pero en los meses anteriores a ese festival su recuerdo había vuelto de nuevo, dentro de un insomnio cotidiano.

Era un pensamiento más alienante que doloroso. Estaba a punto de cumplir cuarenta años y me parecía absurdo que él pudiera imaginar algo así. Habían pasado nueve años desde su muerte y mi vida no había cambiado mucho. Hacía las mismas cosas que cuando

él estaba vivo, no dormía, me cabreaba por las mismas razones. A pesar de lo que le había prometido, seguía fumando y nadie me había dado nunca un coche de empresa, ya que de todas formas no tenía ni empresa ni carné de conducir (otra promesa incumplida, la de que algún día me lo sacaría).

Sin embargo algo había cambiado radicalmente. Había dejado de sentirme como una hija. Y en esos meses previos a mi cumpleaños pensaba en lo mucho que deseaba volver a sentirme así.

No sé por qué cuando pienso en hablar con mi padre siempre está el teléfono de por medio. No teníamos grandes conversaciones telefónicas, pero ocurre que echo más de menos su voz que su cuerpo, y entonces mi cerebro marca mentalmente su número, que nunca he olvidado. Todavía hoy me pasa, sin darme cuenta memorizo los números que me importan y me resulta imposible olvidarlos, aunque quisiera.

¿Qué le habría dicho? «Papá, ¿te das cuenta de que voy a cumplir cuarenta años?»

«Pues sí, Oca, hemos caído en la paradoja».

Era la primera vez que tenía recuerdos claros de cuando él tenía mi edad. Habría querido hablarle de eso por teléfono, de lo sorprendente que resultaba volverme coetánea de una imagen que tenía de él, confrontarme con esa imagen.

Era un pensamiento ambivalente: quería volver a sentirme hija, pero también adulta por fin, dentro de una edad de su vida que recordaba.

Durante los días del festival, cuando mi madre me llamaba para insistir en que respirara yodo a primera hora de la mañana y que no tomara el sol a mediodía, yo me preguntaba qué efecto tendría en ella saber que estaba en Ventotene. Si se le vendría a la cabeza aquel verano de rencor encerrados en casa y endeudados a causa del coche de empresa. Estuve tentada de preguntárselo, pero temía todas sus defensas. «¡Claro que no! ¡Qué cosas se te ocurren! Luego fuimos a San Benedetto del Tronto», me diría, o algo parecido, y luego cambiaría de tema: «No bebas demasiado, que no te sienta bien». Así que no le pregunté nada.

Pero mientras tomaba el sol en las peores horas del día en lugar de respirar el yodo de la mañana, me imaginaba a mi padre en

aquella isla. Y echaba de menos su nerviosismo, lo fuera de lugar que se habría sentido en un sitio tan refractario a su afán de control, todo el malestar que habría convertido en ira. Pensaba que sus vacaciones en Ventotene habrían sido un infierno, que no habría sido capaz de encontrar su hábitat de asfalto y protección, el placer de subirse al coche para ir a comprar el periódico. Nos habría obligado a mí y a mi hermano a caminar con botas de montaña, no tanto por los cristales, sino porque nunca habría creído a los isleños en eso de que no había víboras. Luego nos habría puesto un chubasquero sobre el bañador para protegernos del viento en la playa. Nos habría mantenido a kilómetros de cualquier pared de toba lista para desmoronarse y enterrarnos vivos. Nos habría impedido comer fruta y verdura a causa del agua no potable, y probablemente también todo lo demás, para acabar alimentándonos de atún en lata y galletas saladas y lavándonos los dientes con agua embotellada. Al final se habría inventado una emergencia laboral para volver antes de lo previsto, cargando a la familia y el equipaje en el coche de empresa, rumbo a la bochornosa comodidad de una Roma desierta donde deambular en coche sin destino, solo por el gusto de estar encerrado allí dentro, a resguardo de los elementos.
Hoy ese coche lo ha heredado A. y ya no tiene nada del coche de empresa. Nuestros amigos lo han apodado «el Volvacho» y destila un aire sombrío e incongruente por las calles de Pigneto, entre las bicicletas, los monopatines, los monovolúmenes y los coches Smart de Car2go. Se ha convertido en un coche comunitario, siempre hay alguien que lo toma prestado para una mudanza, una excursión por los alrededores, una emergencia cualquiera. Dentro se acumulan los legados de quienes han estado allí: una bufanda, un sombrero, un envoltorio de pizza, un ejemplar de la revista *Internazionale*, muchos mecheros y muchos paquetes de pañuelos comprados en los semáforos. El cromado se ha vuelto opaco y polvoriento, de gris metalizado a gris antiguo, la tapicería está medio rota, el revestimiento del techo se ha despegado y cuelga como una bandera arriada. Parece el coche de unos camellos sin blanca que esperan ampliar su zona de trapicheo para poder permitirse algo mejor.

Sé lo maniático que era mi padre con ese coche, como con todo lo demás, pero el Volvacho ya no me hace pensar en él, ni en Ventotene, ni en las peleas entre mis padres con Mina o Mia Martini

sonando de fondo en la radio del coche. No me hace pensar en nada. Ni siquiera en mis recuerdos. Los viajes con A. o las cajas cargadas en él cuando me marché de casa. Solo pienso que es el Volvacho y que cualquiera puede cogerlo y olvidarse algo dentro, derramar una cerveza, echarse a llorar o hacer una llamada desgarradora con el techo cayéndole sobre la frente. Y creo que seguirá envejeciendo, y que el gris antiguo se volverá aún más antiguo, una pátina de deterioro que no se nutre de nostalgia, y que al final se irá al traste y un día acabará en el desguace y seguramente no habrá nadie que vaya a verlo o le lleve flores, pero quizá haya alguien que necesite un motor o una puerta. Cómo me gustaría que todo en el pasado funcionara así.

Hasta los diecinueve años nunca me acosté con nadie. La verdad es que no fue exactamente así, pero volveré sobre ello más adelante.

Todos mis enamoramientos se nutrían de un sólido platonismo. No es casualidad que el anagrama de mi nombre sea *Invocare amori*. Es decir, invocarlos, no vivirlos.

En el primer verano de la escuela media, con doce años, cuando vivía enjaezada con papel de cocina, me pasé gran parte de las vacaciones espiando desde mi habitación a un chico que leía en el balcón del hotel de enfrente. El hecho de que leyera no era en realidad un elemento de fascinación, sino una especie de reconocimiento entre yonquis. Yo era una niña, mientras que él debía de ser mayor de edad, porque tenía coche, y era alemán (la matrícula del coche era de Aquisgrán, como me había revelado mi hermano, que se sabía de memoria las matrículas de todas las ciudades europeas).

Un día que me había demorado en la playa hasta tarde contemplando la puesta de sol en la línea del horizonte, lo vi emerger literalmente de las aguas. Me quedé boquiabierta ante la silueta que se recortaba poco a poco contra el cielo rojo, a medias entre Venus y Cristo. Llevaba horas mirando el mar y estaba segura de que no había entrado en el agua. Solo había emergido de allí. Me dije que había conocido al Absoluto.

También se lo dije a mis compañeras de clase cuando volví al colegio en septiembre.

—¿Qué has hecho este verano?

—He conocido al Absoluto.

Busqué en las páginas amarillas el número de la Dirección de Tráfico de Roma, con la esperanza de llegar a la de Aquisgrán, pero desgraciadamente descubrí que no se puede llegar al Absoluto a partir de la matrícula del Absoluto.

En tercero de la escuela media, me enamoré de László, un vagabundo polaco que pedía limosna en la puerta del

supermercado. Acompañaba a mi madre a hacer la compra y le dejaba en el vaso de papel de las monedas una serie de notas rebosantes de amor por sus ojos claros y buenos. Un día me correspondió con otra nota. Me proponía una cita. Le dije a mi madre que iba a estudiar a casa de una compañera de clase y me encontré con László en el parque. Me dijo «Buenos días» y «¿Qué tal?» varias veces, a lo que respondí cortésmente, y luego nos quedamos un buen rato mirándonos a los ojos. Sacó otra notita. Decía: «Te quiero. ¿Tienes dinero?». Antes de que yo pudiera establecer la relación entre ambos conceptos vi aparecer a mi madre.

—Buenos días —le dijo László—, ¿qué tal?

Mi madre me arrastró a casa y cambió de supermercado.

Aquel verano me enamoré de Diego, un chico diez años mayor que yo que al final de las vacaciones me despachó con un CBQV («Crece bien que volveré»).

En septiembre empecé a hacer los test de inteligencia de Cattell que mi hermano utilizaba para entrar en Mensa. No llegaba al porcentaje mínimo de 148, por lo que no podría hacerme socia, pero no dejaba de tener un cociente intelectual muy superior a la media.

Escribí una carta a Diego para explicarle que no tenía necesidad de volver porque yo ya había crecido. Nunca me contestó.

En el primer año de instituto, con catorce años, fue el turno del poetilla ruso que conocí en un certamen de poesía. Había llegado en autobús desde Moscú solo para leer sus versos en ruso mientras detrás de él se proyectaba una disparatada traducción italiana. En el certamen se clasificó en última posición.

Me acerqué a él al final de la actuación. Su inglés era decente, el mío no. A la mañana siguiente tomaría el autobús de vuelta a Moscú. Le vi marcharse con el grupo de poetas hacia una pizzería cercana.

Era bajito, llevaba el pelo largo y un abrigo de vagabundo beckettiano (a László, que era un auténtico vagabundo, nunca lo había visto con abrigo, solo con plumíferos Fila o Sergio Tacchini).

A la mañana siguiente me salté las clases y me fui a la estación de autobuses. El poetilla ruso corrió a abrazarme. Tenía unos ojos muy verdes en los que no me había fijado la noche anterior y su

aliento desprendía un intenso efluvio de cerveza en el cielo despejado de Tiburtina.

—Vente conmigo —me dijo.

Lo miré, me lo decía en serio. También tenía pruebas: era alguien que había viajado más de dos días en autobús para leer versos en un certamen de poesía y había quedado el último.

—Puedes rehacer tu vida en Moscú.

Pensé en esa posibilidad como mi madre pensaba en su ejército de niños no nacidos. Seguí pensando en ello durante cierto tiempo. Aunque nunca rehíce mi vida en Moscú, siempre le estaré agradecida al poetilla ruso por hacer que durante unos meses me pareciera una opción factible.

Nunca recibí educación sexual. Cuando mi madre no conseguía quedarse embarazada solía decir que miraba con odio las barrigas de las demás mujeres y que le hubiera gustado pincharlas con un alfiler. De niña pensaba que de verdad funcionaba así, que bastaba con un alfiler para que esas grandes barrigas se desplomaran. Me las imaginaba desinflándose de repente en un tranvía, en la mesa de un café, delante del mostrador de congelados. Veía cómo estas incrédulas mujeres manipulaban entre sus manos esa extraña masa, parecida ya a la base de la pizza. Antes de concebir por fin a mi hermano y de dejar de maquinar rituales vudú contra el género femenino, a mi madre no se le había ocurrido comprobar si todo iba bien, y a mi padre muchos menos:

—¿Estamos de broma? Ni se te ocurra pensar que voy a ir allí a cascarme una paja.

Me lo contó hace poco, y me sorprendió oírle usar esa expresión, «cascarse una paja», aunque la utilizara como si fuera un tecnicismo. En cualquier caso no entendía por qué se molestaba en contármelo, hasta que luego lo comprendí.

—Así que tú no te rindas.

—Mamá, no estoy intentando tener hijos.

—No importa, de todos modos no te rindas.

Mi madre vivía la menstruación como una derrota mensual, el «bueno, ya veremos» de mi padre ahogándose en sangre. Esos días se metía en la cama no a causa del dolor, sino de su profundo abatimiento. Ponía Radio 3 y pensaba en su ejército de niños no nacidos. A veces yo también lo pensaba. Me preguntaba cómo sería vivir con diez hermanos en una casa de sesenta metros cuadrados que para entonces se habría convertido en una colmena gracias a los muros de mi padre, cada uno encerrado en su propia celda de panal para no perturbar el sagrado abatimiento de la abeja reina inmersa en el zumbido de la radio.

El folclore de Apulia había construido también una sólida

mitología en torno a la menstruación, y cuando tenías la regla no podías cortarte el pelo porque no te volvería a crecer, no podías regar las plantas porque arderían por combustión espontánea y no podías servirte la leche porque se cuajaría en el vaso. Una solo podía abandonarse a la inanición y a pensar en los niños no nacidos.

Cuando tuve mi primer periodo en tercero de la escuela media —fui la última de mis compañeras—, mi madre me acompañó a clase y les explicó mi momentánea condición de discapacidad a todos los profesores, incluido el padre Serafino.

Al cumplir diecisiete años le dije que quería ir al ginecólogo y se lo tomó como una provocación.

Por la tarde llamó a todas sus amigas para hacerles saber hasta qué extremos había llegado mi turbia inquietud adolescente.

—¿En qué me he equivocado? Antes solo le gustaba dibujar.

No tengo ni idea de cómo reaccionaron sus amigas, pero daba igual, ya que para mi madre esas llamadas telefónicas funcionaban como mensajes de voz de cuarenta minutos.

Esa noche mi padre también fue informado del escándalo.

—Tu hija quiere ir al ginecólogo.

—Hemos caído en la paradoja.

Por mi parte no tenía ningún motivo real para ir al ginecólogo, aparte del hecho de que todas mis compañeras de clase iban. Me parecía como una de esas figuras que se asoman al mundo de una chica para sancionar de manera inequívoca la línea divisoria de la pubertad. También iban a la esteticista, se escalaban el pelo en la peluquería y algunas habían empezado a hacerse la manicura francesa justo antes de que el esmalte *rouge noir* de Chanel contaminara para siempre las manos de todas las chicas del mundo. Yo me comía las uñas, tenía el vello de una recién nacida y mi padre me cortaba el pelo con maquinillas de afeitar Gillette desechables.

En mi barrio había una chica alta vestida de negro a la que siempre veía deambulando sola. Parecía más la vestal de un ritual oscuro que una goticona de las corrientes, aunque para ser sinceros los góticos de la periferia del noreste de Roma en los años noventa no alcanzaban ni siquiera el rango de exigua minoría, simplemente no existían o estaban escondidos en alguna parte. Me fascinaba y

albergaba siempre la esperanza de conocerla.

Un día me armé de valor y me puse a hablar con ella en el semáforo. Descubrí que vivíamos a solo unas manzanas de distancia. Antes incluso de que fuéramos amigas, se presentó una noche en mi casa para traerme un tarro de crema pastelera al ron porque sabía que tenía fiebre. Pasé la noche en la cama agradablemente borracha.

Quién sabe por qué, a mi padre le cayó bien al instante.

—Es simpática esa larguirucha.

Se llamaba Francesca, pero había decidido cambiarse el nombre por el de Glenda.

—Ya hay una Francesca en la vida de todo el mundo —afirmó. Cómo no darle la razón.

Resultó que la madre de Glenda era ginecóloga.

Así fue como hice mi primera visita clandestina. Descubrí que tenía un quiste en el pecho que había que extirpar con toda urgencia.

No sabía cómo transmitir la información a mis padres.

—¿Quién te ha palpado? —fue la reacción de mi madre.

El hecho de que hubiera sido la madre de la larguirucha sirvió para amortiguar la indignación, pero nunca pude confesarles que también me había recetado la píldora para regular la menstruación, dado que solía venirme un par de veces al año. Mi madre nunca la había tomado. Contaba horrorizada que había visto a una chica sacarla del bolso en un autobús. Era como si la hubiera pillado haciéndose un dedo en público.

Mis padres me acompañaron al hospital para quitarme el quiste. Antes de entrar en el quirófano mi padre me desinfectó con alcohol de pies a cabeza.

—Ten mucho cuidado, Oca —me dijo—, no toques nada.

Una vez dentro, mientras la anestesia empezaba a hacerme efecto, la última frase que oí tras la mascarilla del médico que iba a practicarme una incisión en el pecho fue:

—Es una lástima, porque te daba algo de volumen, por lo menos…

Me abandoné al sueño mientras visualizaba la imagen de la abuela Muccia chocando los cinco con él.

Hace seis años volví a ese mismo hospital para una interrupción del

embarazo.

Fue el año en que muchas de las personas a las que conocía tuvieron hijos o descubrieron que eran celiacos.

En ambos casos resultaba difícil el trato con ellos sin ser cooptado en uno de los dos temas con ímpetu proselitista. Más difícil aún resultaba gastar una broma o no mostrar el interés necesario. Los hijos o la eliminación del gluten coincidían con un radical cambio en la vida. Todo lo conducían a ese punto de inflexión fundacional de la experiencia. Estaba rodeada de personas que literalmente habían vuelto a nacer, capaces de distinguir en su existencia un antes y un después. Los hijos, que reconfiguraban las prioridades y ambiciones, que atribuían nuevas cualidades a la alegría; la dieta para celiacos, que había resuelto todos los síntomas posibles de malestar: insomnio, ansiedad, dolores de cabeza, estreñimiento.

Personalmente tenía todos esos síntomas, que no diferían mucho de los de la anemia o la talasemia, pero me negué a hacerme las pruebas y preferí pensar que era una persona de mal genio. Creo que se trataba de pereza, de indolencia, como siempre.

Por la misma razón, tras un retraso de varios días —no habría podido cuantificarlos porque nunca he llevado un calendario de mi ciclo menstrual—, no me molesté en comprar una prueba de embarazo para disipar mis dudas. Con cierta bravuconería no me «sentía embarazada», y como todas las mujeres que conocía me habían hablado de esa extraña conciencia de «sentirse embarazadas» cuando realmente lo estaban, me conformé con esta evidencia. Más tarde descubriría que esta conciencia era sobre todo el resultado de cálculos maniacos, intentos que se prolongaban durante meses, un control obsesivo de los propios cambios hormonales. Compré el test de embarazo casi exclusivamente porque Cristina, una amiga de Berlín, no paraba de preguntarme por el asunto.

—¿Te ha venido?

—No.

—¿Y por qué no te haces la prueba?

Una de dos: o dejaba de hablar con Cristina o tendría que comprar la prueba, porque ya no sabía qué decirle.

Sin ánimo de menospreciar el interés de mi amiga, también hay

que decir que en Berlín las pruebas de embarazo las encuentras en los supermercados, en cestas cerca de la caja, y puedes comprar una por tres euros. En la primera farmacia a la que entré en Roma solo vendían un paquete doble que costaba veintiún euros. En la segunda farmacia la presentación era individual y costaba catorce euros.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Para qué sirve la Comunidad Europea? —protesté.

La tercera farmacia vendía pruebas individuales —con descuento— por nueve euros. Una ganga.

Me había pasado la mañana en un bar revisando un relato corto para una antología solo de mujeres sobre el tema del reloj biológico. En el relato aparecía esta frase en tercera persona referida a la protagonista: «Como todas las chicas que nunca han utilizado métodos anticonceptivos, se había convencido a sí misma de que era estéril».

Estaba satisfecha con mi relato por muchas reservas que tuviera sobre la antología. Reservas triviales: la autoguetización de las escritoras obligadas a expresarse sobre un tema «femenino».

En fin, para establecer una cronología, hacia las doce y media terminé de revisar el relato y lo envié por correo electrónico. Pedí una copa de vino, porque cada vez que entrego algo necesito mis pequeños rituales de celebración. A la una compré la prueba en la farmacia. A la una y media puse agua en el fuego para cocer un huevo. En cuanto el agua empezó a hervir eché el huevo y me fui a hacer pis encima de la prueba.

Pierdo muchísimo tiempo en mi vida, pero detesto tener que esperar, así que siempre intento optimizar las esperas. En los cinco minutos que se tarda en cocer un huevo el resultado de la prueba también estaría listo. Saqué el huevo del agua y comprobé el resultado: embarazada.

No sabía a quién decírselo. La madre de Glenda se había jubilado. La llamé de todos modos. Se alegró de tener noticias mías y se interesó por lo que estaba escribiendo. Siempre leía mis libros. Entonces, sin que yo mencionara siquiera el asunto, me preguntó:

—¿Sabes quién es el padre?

Su pregunta me hizo gracia, pero la aprecié mucho. Me explicó lo que tenía que hacer.

Nunca le he contado a mi madre lo del aborto, pero creo que se lo tomaría como una ocurrencia de mal gusto. Una tontería dicha por despecho contra el abastecimiento de peleles y bodis. En el caso de que me tomara en serio solo acabaría por añadir un nuevo reclutamiento a su ejército de niños no nacidos.

Mi hermano, en aquella ocasión, se ahorró las parábolas y me regaló un libro: *¿Por qué tener hijos?*, de Christine Overall. Le dije que me parecía vagamente inoportuno, puesto que ya había tomado una decisión.

—No, no, no tiene nada que ver. Es un ensayo estupendo, muy bien escrito.

Un mes después me regaló *Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa*, de Melanie Klein, otra vez porque estaba muy bien escrito. Eso sí, me acompañó a las cinco de la mañana a hacer cola frente al sótano del hospital donde estaba el departamento de la IVE, en uno de mis tres intentos por conseguir un número para iniciar todo el procedimiento. Aquella noche había nevado de forma increíble en Roma, y al amanecer me encontré entre un grupito de mujeres aferradas a vasos de plástico con café largo y caliente y cruasanes secos con glaseado.

Antes de la operación esperé en una camilla junto con una chica ucraniana que hablaba mal italiano, pero no creo que ninguna de las dos tuviera demasiadas ganas de charlar para matar el rato. Me ofreció una rodaja de limón contra la sequedad de los labios, ya que no podíamos beber agua. Fue un gesto muy sencillo y era lo único que podía desear en ese momento.

Cuando terminó la operación, A. me estaba esperando en la sala de espera. Luego nos fuimos a la playa a comer. O al menos esa era la intención. El caso es que todos los restaurantes de la playa estaban cerrados. Acabamos por comprar dos trozos de pizza para comérnoslos en la orilla, bajo el sol de febrero. Cuando volví a encender el teléfono recibí las notificaciones de llamada de mi madre. Luego, la retahíla de mensajes: «Cucú», «¿Qué pasa?», «¿Qué haces?», «¿Por qué no me contestas?», «Mándame un mensaje», «¿Dónde estás?», «¿Qué pasa?», «Mándame un mensaje», «Mándame un mensaje», «¿Por qué no quieres hablar con tu madre?», «¿Por qué me haces esto?», «¿Te has peleado con A.?», «Mándame un mensaje», «¿Qué ha pasado?», «Mándame un mensaje».

A. me enseñó su móvil: «¿Por qué no me contesta mi hija?», «¿Por qué no me contestas tú?», «¿Os habéis peleado?», «¿Por qué nadie quiere hablar conmigo?», «¿Qué ha pasado?», «Mándame un mensaje», «¿Qué os he hecho?».

En un momento dado los mensajes de mi madre entran en regresión, dejan de ser articulados, pierden sus fonemas y se convierten en una acumulación de signos gráficos: «??! *ç § +».

La llamé. Se notaba el fuerte viento desde la playa.

—Hay que ver la buena vida que os pegáis siempre, ¿eh? —comentó.

Cuando volví al hospital para la revisión me atendió un médico distinto de la cirujana que me había operado. Era un hombre de unos sesenta años, uno de esos con aspecto de deportistas, elegantemente canosos, que siempre parece que vienen de jugar al tenis. No daba la impresión de tener muchas ganas de estar allí. Yo menos que él. Leyó mi fecha de nacimiento en el papel:

—Mil novecientos setenta y ocho.

Silabeó la cifra como si estuviera revelando un hecho desconocido para mí. Me limité a asentir mientras él estaba absorto en su cábala personal.

—Muy joven no es —dijo.

—Ya —dije yo.

—¿Por qué decidió abortar?

Pensé que me había librado de ese tipo de interrogatorio, ya que me había saltado la consulta psicológica opcional antes de la operación, pero evidentemente la comisión examinadora no estaba satisfecha y me habían dejado para septiembre.

—Porque no quería tener un hijo —respondí.

Esta vez fue él quien asintió, estábamos allí intercambiando obviedades, la holgazanería de después del partido.

—Ya no es una niña —dijo—. Si no quiere tener un hijo, debería saber cómo evitarlo.

Pensé que por lo menos su comentario sobre mi déficit de juventud había adquirido sentido. Pero había otro sentido.

—¿Sabe que esta podría haber sido su última oportunidad?

A través de la ventana entraba la luz de un sol entumecido, yo solo quería salir de aquella habitación. Aniquilar todas las otras últimas oportunidades que me esperaban. Perder trenes, no

aprovechar los momentos, quemar los puentes y últimos fuegos, revolcarme en el mar de la irreversibilidad.

El médico me examinó, no había nada irregular.

—¿Cuándo puedo volver a mantener relaciones sexuales? —pregunté.

—No piensa en otra cosa, ¿verdad?

Podría haberle denunciado, me dije, pero entonces un recuerdo me hizo tomar otro camino.

En el instituto, a Madame Perillo, la profesora de Francés que presumía de tener una pronunciación perfecta porque nunca había estado en Francia para no dejarse contaminar por los nativos, le gustaba repetirnos que éramos «un hatajo de fracasados». Cada vez que alguien se equivocaba de acento o afirmaba que «la *stylo est sur* le *table*» y no «le *stylo est sur* la *table*» nos recordaba nuestra identidad colectiva: «un hatajo de fracasados». No es que tuviéramos nada que objetar, a esa edad nos parecía más seductor dárnoslas de perdedores existenciales que adivinar el género de un artículo en francés.

Un día, en segundo curso, Madame Perillo me sacó a la pizarra para conjugar el verbo «*choisir*». No fue mi mejor actuación y me mandó a mi sitio escoltada por el familiar espectro del fracaso. En ese momento ocurrió algo que en realidad nunca ocurrió. Madame Perillo me oyó decir: «Lo único que nos importa es follar».

Me habría encantado poseer esa chulería, haber tenido el valor de pronunciar una frase como esa y alardear de un mínimo de experiencia para hacer creíble su contenido, y en lugar de eso me vi en la embarazosa situación de no poder ni siquiera presumir ante mis compañeros, ya que todos habían sido testigos de mi silencioso regreso al pupitre. Madame Perillo, sin embargo, estaba convencidísima de lo ocurrido y convocó una reunión extraordinaria del claustro de profesores. Mientras los profesores confabulaban sobre qué hacer, tanto yo como el resto del hatajo de perdedores preparábamos nuestra estrategia de defensa. ¿Qué era más digno: fingir que lo había dicho, reivindicarlo como un eslogan o defender la verdad?

Todo acabó con una humillante reprimenda por parte de los profesores.

—Chicos, chicos… ¿qué queréis hacer con vuestras vidas?

A ninguno de ellos le importaba en realidad si la frase se había pronunciado o no, su único interés era la abjuración colectiva de los ideales que expresaba.

Años más tarde, en aquella habitación de hospital, decidí redimir a la adolescente que había sido junto con todo el hatajo de fracasados.

—Pues sí, lo único que nos importa es follar —dije, sintiéndome un poco culpable por el uso pleonástico de «nos».

Hace relativamente poco descubrí que tengo que añadir otro cementerio a la lista de los que sigo descuidando: «el cementerio de los fetos» o, por utilizar el eufemismo empleado por las asociaciones católicas que los gestionan, «el jardín de los ángeles». En realidad desconocía por completo su existencia hasta que este año leí un artículo en el periódico en el que una mujer denunciaba que había encontrado su propio nombre y apellidos colocados en una cruz. Bajo la cruz estaba enterrado el feto de su aborto.

La mujer había realizado la intervención en mi hospital y nunca había dado permiso para el entierro. Había escrito un post en Facebook denunciando lo sucedido, y siguieron otras denuncias de mujeres que se habían encontrado con la misma escena: una cruz con su nombre y apellidos y la fecha del aborto. Bajo las cruces estaban los restos de sus embriones o fetos. Nunca habían dado permiso o no sabían que lo habían hecho. ¿Y yo? No tenía ni idea. ¿Me lo habían pedido? ¿Había firmado algo? La verdad es que ni siquiera me había preguntado qué pasaba con «el material de la concepción», ni siquiera conocía esa expresión, y leyéndolo así hasta podría parecer un buen título.

Terminé el artículo, investigué en la red y llamé a A. Le conté lo que había descubierto.

—Es como una película de terror —me dijo.

En cambio no era más que la derecha italiana unida al catolicismo antiabortista. Efectivamente dos ingredientes perfectos para una película de terror.

—¿Crees que deberíamos ir a ver nosotros también? —le pregunté.

—¿Tú qué quieres hacer?

No sabía qué responder. Estaba indignada, cabreada, incrédula, pero no sentía la reapertura de viejas heridas, no sentía el desgarro

del dolor. ¿Qué sensaciones me despertaría el ir allí y descubrir la cruz? Lo primero que pensé fue que no conocía ningún bar en las inmediaciones del cementerio donde pudiera ir después a beber algo. Me resultaba difícil pensar en vivir una experiencia importante sin un bar en las cercanías. Y además ¿tenía de verdad tanta importancia?

Una amiga mía me preguntó hace algún tiempo:

—Pero ¿por qué todas las novelas italianas tratan de lazos familiares?

Como estaba escribiendo este libro soslayé elegantemente el asunto. Pero entonces llegó la segunda estocada.

—Y siempre hay un duelo. Parece como si la muerte la hubieran descubierto ellos.

Me reí con la vergüenza de quien ha sido sorprendido in fraganti.

A. y yo decidimos no ir al «jardín de los ángeles». Seguí leyendo durante algún tiempo las noticias sobre la investigación que se había abierto en torno al caso, ya que más allá del mal gusto era una violación de la intimidad. Luego dejé de hacerlo. Pero hoy, recordando las palabras de mi amiga, me he dicho que en cierto modo tiene razón. A veces escribimos no para elaborar el duelo, sino para inventarlo.

Una tarde, unos meses antes de que mi padre enfermara, unos meses antes de cualquier sospecha al respecto, me encontré por la calle con un compañero del colegio al que hacía mucho tiempo que no veía. Nunca habíamos sido grandes amigos, era poco más que un desconocido al que no tenía nada que decirle. Su sonrisa jovial mientras venía hacia mí me sumió en el pánico. Me incomodaba su cuerpo, su mirada, la pátina reluciente de su piel, el color demasiado brillante de las zapatillas de deporte. Su presencia, que exigía la mía. La idea de charlar un rato en la acera o rozarnos la mejilla con un beso. Las formalidades me asustan, me hacen sentirme expuesta, como en retraso ante la vida: sé que me faltan tanto los rudimentos como la buena práctica. Me pasa lo mismo que con los relojes analógicos. No sé leer las manecillas, nunca he entendido cómo funciona. Una de las últimas cosas que me preguntó mi padre fue la hora. Estábamos en el hospital y él tenía su reloj de oro sobre la mesilla de noche, al lado de la cama, es

decir, delante de mis ojos. Pero tuve que sacar el móvil del bolso.

—Oca, no me lo puedo creer, ¿aún no has aprendido?

Aquella vez no le oí decir: «Hemos caído en la paradoja». Quizá a medida que se acercaba el final las cosas parecían menos irracionales, quizá dejar de existir hacía palidecer las demás paradojas.

Cuando murió mi padre, me puse su reloj de oro en la muñeca, tanto porque era un recuerdo como porque me parecía precioso. Si alguien por la calle me preguntaba la hora extendía rápidamente el brazo para plantarle la esfera en las narices. Pero si eso resultaba engorroso —digamos que estaba demasiado lejos del solicitante—, apresuraba el paso y hacía como que no me había enterado, o simplemente me encogía de hombros desolada: «Perdona, no hablar italiano».

Mi antiguo compañero del colegio seguía avanzando con una sonrisa fija y convincente: se le daba bien, sabía cómo hacerlo. Rudimentos y buenas prácticas.

—¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal te va?

—Mi padre ha muerto —le dije.

No sé por qué lo hice, quizá solo para sacarme del apuro de tener que decir algo. Esa fue la única vez que fui capaz de pronunciar esa frase con tanta claridad, cuando mi padre aún estaba tranquilamente vivo. Y sin embargo sentí toda la consternación de su muerte. Mi amigo congeló su sonrisa y yo, incapaz de rectificar mi mentira, empecé a contarle lo que aún no había vivido con la misma minuciosidad con la que mi madre describe las vejaciones sufridas por su hijo en los garajes de Roma. Nunca se había enfrentado a un duelo tan grave, me dijo, pero hacía poco había perdido a su perro. Un chucho de quince años, un compañero de vida. Hablamos de hospitales y clínicas veterinarias. De médicos buenos y malos. De empatía y cinismo. De entierros e incineración. De noches sin dormir y de la necesidad de seguir adelante. Yo sacaba imágenes y sentimientos de las películas que había visto, de los libros que había leído. El absurdo desarmaba a la incomodidad. Empecé a llorar, la pérdida de mi padre en ese momento se había vuelto implacable. Podría haber escrito una novela sobre ello. Acabó abrazándome. Su cuerpo se había vuelto tolerable para entonces, cualquier cuerpo lo habría sido, un contacto humano en

una tierra baldía. Me dijo que se acordaba de mi padre. Se suponía que era un comentario cariñoso, pero leí por debajo una nota amarga. Supongo que alguna vez también le habría gritado a él a la cara.

La madre de Glenda no solo era mi ginecóloga secreta, sino también la única mujer adulta con la que podía hablar de sexo. A los diecinueve años, cuando me había vuelto sexualmente activa, podía ir a su casa a follar. Me cubría las espaldas con mis padres y, si Francesca estaba al teléfono, la entretenía mientras yo estaba en la otra habitación acompañada.

Había vuelto con Bra después de perdernos de vista durante años. Él se sentía más avergonzado que yo cuando salíamos del dormitorio y nos encontrábamos en la cocina con ella y Glenda abriendo una botella de vino, pero la alternativa a esa situación incómoda habría sido buscar un sótano, un pasillo, una espesura o un coche prestado.

Para ser exactos, eso de los diecinueve años es un dato simbólico, una autodeterminación de la memoria para contar con una efeméride a falta de pruebas indudables. No era raro que acabara en la cama con chicos, pero al no tener ni idea de lo que significaba follar no era consciente de lo que estaba ocurriendo, por más que hoy me resulte difícil imaginar en qué clase de experiencia extracorpórea estaba enredada en aquel momento. No creo que fuera una cuestión de falta de gallardía física por parte ajena, sino más bien de déficit cognitivo por la mía. No sentía lo que debía sentir porque no sabía lo que debía sentir.

Siempre me ha resultado extraño el concepto de «dejarse llevar» por una razón de lo más trivial: no sé adónde me lleva.

Toda experiencia necesita para mí de una explicación lingüística o empírica precisa, un folleto ilustrado con numerosos ejemplos, de lo contrario se me escapa el hecho de estarlo viviendo. Lo mismo me ocurrió con el alcohol o los porros. Hasta que no me explicaron que beber o fumar te colocaba y la forma en que ese proceso se verificaba, los efectos que se suponía que debía sentir, hasta que no los vi en vivo en mis compañeros de borrachera y se me pidió explícitamente complicidad, podía tomarme alegremente cualquier

sustancia y en cualquier cantidad sin sentir el más mínimo cambio. Incluso el dolor físico tenía algo de inefable.

Recuerdo una tarde, cuando era pequeña, en la que me di un golpe en la cabeza contra una arista y me quedé absorta con un hilillo de sangre que no paraba de embadurnarme la cara. Cuando mi madre me vio, se quedó de piedra: «Dios mío, ¿qué te has hecho?».

¿Qué me había hecho? Empecé a llorar en diferido con una hora de retraso porque me pareció una reacción más apropiada en ese momento.

En cualquier caso, después de que Bra me dejara por Anastasia, seguí albergando en mi interior la secreta esperanza de volver a verle algún día, y me prometí a mí misma que él sería el primero. Así que cuando, en efecto, volvimos a salir, estaba convencida de que seguía siendo virgen. Y seguí convencida incluso en nuestros encuentros clandestinos en el garaje de su casa. Una tarde, mientras nos desabrochábamos los vaqueros, le dije:

—Estoy lista.

Me miró sin comprender.

—He decidido que quiero hacer el amor.

Seguía sin entender.

—Quiero perder mi virginidad. Contigo.

En ese momento le vi vagamente alarmado.

—Caniji, pero si tú y yo ya hemos follado.

Yo no tenía ni idea. Me preguntó con cuántas otras personas *no* había follado antes que con él, pero eso también se me escapaba. Y lo cierto es que todavía hoy se me escapa. Hay al menos un par de episodios sospechosos, un chico de Estocolmo, por ejemplo, que cuando todo estaba dicho y hecho comentó: «*Nice fuck*». El uso de la palabra «*nice*» y no «*good*» o «*great*» me había llevado a pensar que era un eufemismo por «lo siento, no ha funcionado». Y luego hubo un DJ esquelético que emitía un sonido angustioso y mortal cuando golpeaba sus caderas contra mí, y ahí sí que no sé qué hicimos porque estaba demasiado asustada por esa sensación de osario que cobraba vida. Nunca tuve el valor de pedir aclaraciones al respecto, ni tampoco de preguntar a la madre de Glenda si ella lo sabía todo pero esperaba a que yo lo descubriera por mi cuenta.

Un fin de semana les dije a mis padres que me quedaría en casa de

Glenda y en cambio me fui con Bra a Ascoli Piceno, donde mi padre había comprado una casa. Era la ciudad de su juventud y quería que se convirtiera en su *buen retiro* donde pasar su vejez. Mientras tanto iba allí a levantar paredes, dado que no había más espacio para hacerlo en el piso de Roma. A veces mi madre le acompañaba, pero normalmente prefería quedarse en la cama, abatida, oyendo Radio 3. A mi hermano y a mí aquella casa nos importaba un bledo, pero ahora que los dos buscábamos un sitio donde follar empezamos a plantear tímidas peticiones para usarla. Mi padre se había limitado a hacer caso omiso. «Bueno, ya veremos…», decía. Así que también en esa ocasión me vi obligada a robarle las llaves del armario.

Bra pidió prestado un coche y pusimos rumbo a nuestro ardiente fin de semana de sexo. Iba a ser la primera vez que dormíamos juntos. Para mí también iba a ser la primera vez que dormía en la cama con un hombre, aparte de mi abuelo. Durante el viaje tuvimos tiempo de sobra para recopilar un repertorio de fantasías eróticas que compactar en menos de cuarenta y ocho horas, ahora que sabía cómo funcionaba el asunto.

Cuando llegamos a la casa de Ascoli el plan era devorar las escaleras, tirar la puerta abajo y arrancarnos las ropas, pero en lugar de eso, sin ninguna razón real, me detuve delante del buzón y metí la mano. La ranura era lo bastante grande para mis delgados dedos, así que rebusqué un rato y saqué una factura de la luz y tres cartas para mi padre.

La dirección estaba escrita a mano, con una letra que yo habría calificado sin dudarlo de femenina.

Mientras Bra me esperaba delante del dormitorio yo puse a hervir una olla de agua.

—¿Qué estás haciendo?

Había leído en algún tebeo que los sobres podían abrirse con vapor.

Nos pasamos la noche discutiendo. A él le parecía absurdo que yo quisiera leer el correo de mi padre, a mí me parecía absurdo que mi padre hubiera comprado una casa en Ascoli para llevar a su amante.

Saqué la primera carta. Era de Rosa.

Solo la había visto dos veces, en las celebraciones para los

empleados y sus familias. Era unos quince años más joven que él y no era una mujer atractiva. Esa carta tampoco lo era, pero estaba llena de afecto. Un afecto que nunca imaginé que pudiera seducir a mi padre. A esa edad aún no sabía que amar a alguien podía ser algo tan valioso, no entraba en mis categorías.

No sentí rabia al descubrir que mi padre engañaba a mi madre, simplemente me decepcionó la elección. Más que la banalidad de un ejecutivo tirándose a una colega, me decepcionó la banalidad de Rosa, su escritura remilgada, las metáforas trilladas, esa redaccioncita sobre el amor. Era una carta fea, no una carta obscena.

Ni siquiera sentía rabia al pensar en mi padre, que volvía a casa cada noche a las diez, exhausto, irritable. Al contrario, de repente toda esa entrega al trabajo había adquirido cierto sentido. Era una forma aún más extensa de lealtad corporativa. No creo que Rosa fuera una distracción o la razón que mantenía a mi padre lejos de casa, sino más bien un agente armónico que hacía tolerable su adicción al trabajo. Los meses de vacaciones de los que nunca disfrutaba, las Nochebuenas pasadas en la oficina, incluso el afán sin sentido con el que levantaba paredes. También había abierto la segunda carta y a la tercera ya estaba harta.

Bra y yo solo conseguimos follar a la mañana siguiente, pero mal, a toda prisa, entre las sábanas heladas porque la casa llevaba días sin calefacción. Luego nos deprimimos tanto que fuimos a desayunar a la plaza y decidimos marcharnos de nuevo hacia Roma.

Nunca supe si mi padre se enteró o no de mi fuga de amor a Ascoli. Nadie mencionó el asunto y poco a poco lo no dicho se convirtió en algo distinto, una complicidad que nos negábamos a admitir y que por tanto nos volvía más cercanos y desconfiados.

No sé cuánto duró la aventura con Rosa. Al cabo de unos años ella cambió de empleo, y sin embargo la adicción al trabajo de mi padre siguió siendo la misma. Hasta el final. No quiso decir a sus compañeros que estaba enfermo hasta que se vio obligado a hospitalizarse. En el hospital se afeitaba todas las mañanas, se tiznaba el bigote con un corcho y se rociaba con colonia. Mi hermano y yo tuvimos que controlar las visitas para impedir que nadie del trabajo pudiera verle con el rastro de barba de la noche anterior.

Nunca vi a Rosa en el hospital, no sé si vino a visitarlo. Más tarde envió un telegrama de condolencia. Seco. Preciso. Empresarial.

Bra me dejó de nuevo un par de años más tarde. Esta vez fui yo quien se marchó (me había trasladado a Berlín) y quien lo había traicionado. Con un chico alto. No podía durar, y de hecho no duró. Pero Bra ni siquiera me dio tiempo de que me percatara. Me vino a ver a Berlín con una propuesta de matrimonio y se enteró de la existencia del chico alto. Regresó a Roma y al cabo de tres meses se convirtió al catolicismo y se comprometió con una chica que le había presentado directamente Dios. Es lo que les pasa a los neoconversos, tienen tendencia a tomar cualquier cosa como una señal del Señor.

Al recordarlo hoy me maravillo de la rapidez con que se sucedieron los acontecimientos. Mi descubrimiento del sexo, el descubrimiento de los cuerpos, incluso de los altos, el descubrimiento de que no solo los padres engañan, el descubrimiento de otra ciudad que quedaría para siempre como un lugar al que volver en las fugas imperfectas de mi vida. El descubrimiento de Dios para otra persona.

Había pasado años y noches en vela imaginando un futuro con Bra, y cuando ese futuro llegó en forma de propuesta de matrimonio, ya no sabía qué hacer con él. Pero tampoco sabía qué hacer con el chico alto, cuyo principal encanto residía en saber encender la estufa de carbón del piso donde vivía. Podría decirse que me mantenía caliente. La verdad es que me gustaba cuando se agachaba ante la ventanilla con la llama encendida, su cara iluminada por el resplandor rojo, las sombras dramáticas en su espalda (le encantaba realizar esa operación con el torso desnudo). Lo observaba desde la cama, en mi aprendizaje del placer: cada gesto era erótico y risible al mismo tiempo. D. H. Lawrence nunca lo menciona, pero estoy segura de que debió de haber un momento en que Lady Chatterley contempló la espalda del guardabosque y su deseo le pareció ridículo de pronto.

Cuando intenté desarrollar el concepto con el chico alto, a él le

costó seguirme. Tal vez fuera por mi alemán, pero más probablemente porque no le gustaba contaminar su propia visión de hombre con el torso desnudo que domina el fuego por una mujer. Había otras visiones de sí mismo de las que nunca había dudado: era poeta, era pintor, era músico. Un hombre renacentista. Para ser justos también era un vástago de la alta burguesía bávara. Bebíamos champán en mis tazas de desayuno. Por aquel entonces yo era una estudiante que se había quedado zanganeando en Berlín después del Erasmus.

Un día alquiló un descapotable y me llevó a Múnich a ver la casa que poseía. Su cabeza asomaba por encima del techo mientras conducía a más de ciento noventa por la autopista. No dejaba de recordarme que en Alemania no hay límites de velocidad. Lo decía como si fuera un hallazgo suyo. Paró a repostar con la misma intensidad con la que solía encenderme el fuego. Llegamos a su casa, un apartamento en el centro de Múnich: ciento sesenta metros cuadrados con estuco en el techo, sus cuadros en las paredes (muchos autorretratos sin camiseta) y una colección de Stratocasters.

—Si te quedas conmigo, todo esto será tuyo —dijo.

La generosidad de los hombres es inmensa, tan inmensa que siempre me conmueve. Lo que ofrecen es inconmensurable comparado con lo poco que piden a cambio. Una desproporción que desafía todas las leyes del beneficio y me deja alelada, sin palabras. Como ante las parábolas de mi hermano. El chico alto me habría regalado una casa y varias guitarras (sobre los autorretratos al óleo habría habido más discusión) solo por quedarme a su lado.

En la vida he conocido hombres aún más generosos que él. Un político me ofreció el sueldo de un asistente parlamentario por acostarme con él. Ni siquiera había cuantificado el número de veces —no habíamos llegado tan lejos en el proceso de negociación—, tal vez, quién sabe, con una sola vez hubiera sido suficiente. A pesar de que su oferta era ya de lo más espléndida, también quiso asegurarme que podría cobrar mi sueldo «sin trabajar ni un solo día». Un productor televisivo al que conocí en una fiesta vislumbró talento literario en mí de inmediato: «Se nota que sabes lo que haces». Era un hombre directo e intuitivo, podía reconocer a una escritora de verdad de un simple vistazo, superando la humillante

formalidad de tener que leer sus libros. Fue el más magnánimo de todos. Me invitó a su despacho al día siguiente, solo me exigió quince minutos de mi tiempo, una mamada y ya está —tranquilo, limpio, allí mismo— y luego me dejaría elegir a qué quería dedicar mi escritura: una miniserie con una madre guardia urbano («madre» venía antes que «guardia urbano») o una serie juvenil con hombres lobo adolescentes.

Cuando el mecenas bávaro y yo regresamos a Berlín —cráneos al viento, doscientos kilómetros por hora, pausa gasolina en postura plástica— le dejé una nota en el buzón: «Gracias por todo, es que eres demasiado alto».

Al día siguiente decidí partir hacia Roma. Podría haberme aprovechado de la generosidad de otro hombre, mi padre, para comprarme un billete de avión en el último momento, pero me escuché a fondo y sentí que dentro de mí el arrepentimiento de hija pródiga no era del todo auténtico. Así que le pedí a una pareja alemana que me llevaran en coche, aprovechando que se iban de vacaciones a un *trullo* con tres perros, acuclillados junto a mí en el asiento trasero.

—¿Conoces Apulia? —me preguntaron.

—Sí, me encanta.

De vuelta en Roma encontré a Bra con la nueva novia elegida por Dios. Me lo tomé muy mal.

Mi padre me obligó a vacunarme contra la rabia tras el viaje en coche con los perros.

Pasé más noches en vela añorando un futuro que había decidido no elegir. El chico alto no paraba de escribirme amenazando con venir a Roma en descapotable.

Me mudé a casa de mis abuelos, que habían muerto ambos, junto con Cecilia y Milena. En teoría se suponía que íbamos a superar mi mal de amores montando fiestas todas las noches, pero en la práctica me pasé semanas llorando vestida con un chándal que me había puesto el primer día y nunca llegué a quitarme. Cecilia se había instalado en el sofá para ver viejos episodios de *Tatort* con una sartén a su lado que hacía las veces de plato y de cenicero gracias a una línea divisoria hecha con una cuchara de madera. Yo no salía de la cama de mi abuelo y pensaba en lo feliz que había sido en esa cama. Quizá nunca hubiera debido dejarla. Milena nos

miraba con odio y conmiseración, hacía la compra, nos traía cigarrillos e iba a contestar al teléfono cada vez que sonaba.

—Si es Bra dile que no quiero hablar con él.

—No te preocupes, es Francesca.

Pasé un mes sin poner un pie fuera de casa.

—Por favor, Vero, ¿no podrías por lo menos quitarte el chándal? —me suplicaba Milena—. Me pone enferma.

Como había dejado de comer, el chándal empezó a caérseme de la cintura y me lo sujeté con los tirantes de mi abuelo. En los pies llevaba sus zapatillas de cuero hechas a mano.

Bra se había ido con la novia elegida por Dios a la Jornada Mundial de la Juventud. Milena me enseñó un reportaje televisivo esperando que me sirviera de ayuda. Mis celos se convirtieron en un sentimiento imposible. No sufría imaginando sus eventuales revolcones (¿cómo funcionaba eso para un neoconverso?), sino sus cantos de dicha en medio de la horda de *papaboys*, con Bra tocando la guitarra.

Fue mi tía, la hermana de mi padre, quien decretó el fin de aquel tormento. Un día vino a visitarnos por sorpresa. Entró, dio una vuelta por la casa, luego se plantó en el recibidor y me miró con sus implacables ojos azules, iguales a los de mi abuelo.

—Me has decepcionado —me dijo—. Estaba convencida de que eras una artista.

No era la primera vez que sacaba a relucir esa historia de la artista. Cuando tenía unos diez años un día me puse esmalte lila en las uñas y ella me miró las manos y me dijo: «Me has decepcionado. Estaba convencida de que eras una artista, no una dependienta de grandes almacenes».

Lamenté la decepción, pero no es fácil saber cómo reaccionar si alguien te acusa de no ser artista cuando nunca te has considerado como tal.

—¿Conoces el estado de las cosas? —me preguntó estentórea en el vestíbulo de mis abuelos.

En general las preguntas de mi tía son arcanos sin sentido, limericks con un signo de interrogación, pero en este caso Cecilia intentó resolverlo desde el sofá:

—*Der Stand der Dinge*, Wim Wenders, 1982.

—Qué va —dije—, no se refiere a eso…

—Sí, es eso —dijo mi tía.

Fue por culpa de Wim Wenders —sea lo que fuera lo que intentara decirnos— por lo que nos echaron a las tres de esa casa.

Expresé mis quejas contra esa medida con un estilo quizá demasiado colorido.

—Qué decepción tantas palabrotas —dijo mi tía—, estaba convencida de que eras…

—Manda cojones —la interrumpí yo—, no quiero ser artista.

Años más tarde me enteré por un amigo común de que Bra se casaba una semana después. Con otra tía. A ella también se la había presentado Dios. Por supuesto no me habían invitado a la boda, pero me pareció mal no llamarle siquiera.

Le llamé dos días antes del enlace. Me contestó con voz fúnebre.

—Qué cojones, Bra, vamos, ¡que te vas a casar!

—Ah, ¿entonces no lo sabes?

El amigo común que me había informado de la boda no había sido igual de diligente a la hora de informarme de que Bra había decidido cancelarla poco después.

Estaba preparado para una llamada telefónica embarazosa, pero no para *esa* llamada telefónica embarazosa. Me dispuse a colgar.

—No, espera —me dijo—, iba a llamarte yo.

—¿Ah, sí?

—Sí, es que he soñado contigo.

Por regla general nunca creo a la gente que dice que ha soñado conmigo, aunque luego, por educación, me trague de todas formas el resumen del sueño e incluso su posible interpretación, pero me parecía absurdo que me estuviera mintiendo en aquellas circunstancias.

Bra no solo había soñado conmigo, sino que mi aparición en sueños le había hecho cancelar la boda.

Por mi parte no era raro que yo soñara con él, sobre todo con los ojos abiertos, cuando utilizaba nuestros coitos como material de masturbación de probada eficacia. Con el tiempo había llegado a elaborar una fantasía bastante particular: él era un tipo de lo más turbio que me hacía guarradas aprovechándose de mi autoconvicción de ser virgen. Incluso hoy, cuando estoy muy falta de ideas, puede ocurrir que desempolve el personaje. Se lo habría contado encantada si él no me hubiera puesto al corriente de su

sueño antes.

—Estaba en un largo pasillo… —me dijo— y al final de ese pasillo había una figura de espaldas a mí.

—¿Desnuda?

—No, muy vestida.

En el sueño, Bra se acercaba a la figura «muy vestida» hasta que se daba cuenta de que se trataba de una monja. La monja se daba la vuelta y era yo. Mejor dicho, y para ser exactos, la monja giraba la cabeza ciento ochenta grados. En ese momento mi presencia onírica en versión monja y niña del *Exorcista* le hacía un gesto con la cabeza y él lo entendía todo.

—¿Y después qué?

—Y después nada más.

—Quiero decir, ¿nada de guarradas?

—No. Eras una monja.

—Ah, claro.

Cuando Bra por fin se casó en serio con la tercera prometida que le había presentado Dios, un notorio relaciones públicas, definitivamente evité dar señales de vida.

En mi familia todos decíamos palabrotas menos mi madre, que las sufría, igual que sufría como fumadora pasiva los dos paquetes y medio que mi padre se fumaba todos los días. Mi hermano y yo las hicimos nuestras desde muy pequeños. Pero no entraron en nuestro vocabulario como algo sórdido y transgresor, al contrario, formaban parte del paquete básico de la comunicación ordinaria. No solo anunciábamos desde los tiempos del orinal que teníamos que ir a «mear» o a «cagar», sino que también nos ahorrábamos todos los eufemismos en el caso de tener que mandar a tomar por culo. La primera vez que un niño me mandó a tomar viento le miré confusa.

—¿Cómo, qué viento?

—Vete a tomar por culo.

—Ah, vale.

En nuestras largas tardes de aburrimiento mi hermano y yo constatábamos plácidamente que estábamos «tocándonos los cojones» o «tocándonos las pelotas», según nuestro estado de ánimo. Ninguno de nosotros ha blasfemado nunca (a diferencia del abuelo Peppino, al que le encantaba soltar blasfemias), no sé si por respeto al Señor o por alguna otra razón, si bien no éramos igual de sensibles a las implicaciones sexistas cuando teníamos que imprecar, optando por «me cago en tu madre» o «me cago en tu hermana» o «me cago en la puta», que era la favorita de mi padre, igual que prefería siempre «putada» a «cabronada».

Yo era una niña patológicamente tímida, que reprimía toda la rabia que acabaría quitándome el sueño durante los años por venir, pero no era infrecuente que en medio de las escasas frases que dirigía a alguien deslizara una procacidad, lo que por sí solo generaba cierta sensación de desconcierto en el interlocutor. La mayoría de las veces se convencía de haber entendido mal, teniendo en cuenta mi tono de voz apenas perceptible, y afortunadamente nos ahorraba a ambos la vergüenza de tener que repetirlo.

Un día, sin embargo, en primero de primaria, cuando la mayoría

de mis compañeros ni siquiera sabían escribir el abecedario, la profesora me obligó a llenar dos folios con la frase «No volveré a llamar al bedel gilipollas». No recuerdo ya si entre «bedel» y «gilipollas» había o no una coma.

Le había llamado así porque había fingido ponerme la zancadilla al volver del servicio, retirando el pie en el último momento con una sonrisa socarrona. Mis insultos de entonces no eran palabrotas perdidas en el vacío, sino que se encuadraban en una fórmula de cortesía: «Perdone, pero ¿no le parece que es una broma propia de gilipollas?». Una vez, en el supermercado, le di una suave palmadita en el hombro a un tío que llevaba diez minutos parado delante de una estantería: «Discúlpeme, señor, ¿le importaría apartarse de una puta vez?».

En cualquier caso nunca habría pensado que el bedel fuera a contárselo a la maestra, aunque competir entre ellos en indignación hacia el mundo infantil fuera su pasatiempo favorito. Nunca entendí por qué habían acabado haciendo lo que hacían, vivían su papel como la consecuencia de un ciclo de reencarnaciones que había ido de mal en peor. El bedel hubiera querido ser futbolista y la maestra, bailarina. En algún momento debieron de traicionarles sus cuerpos, y me da la impresión de que entreveían la sombra de esa traición en cada culebreo vital de nuestros cuerpos infantiles.

A la maestra se le había quedado una postura de bailarina de ballet, era menuda y siempre estaba muy derecha, como una especie de alfil en el tablero, y le hubiera gustado que los niños siguiéramos su ejemplo y no hiciéramos otra cosa en la vida: mantenernos muy derechitos, en nuestro sitio, en el tablero de ajedrez.

La orden de rellenar las dos paginitas era en realidad una amenaza simulada, uno de esos brindis al sol puramente conceptuales para restablecer la disciplina, porque no esperaba que fuera realmente capaz de hacerlo. Yo, en cambio, estuve encantada de aislarme del resto de la clase y de concentrarme con la cabeza gacha en la tarea («No volveré a llamar al bedel gilipollas», rellené la primera página en cursiva y la segunda en mayúsculas). Mis compañeros miraban por encima de mi hombro para contemplar el prodigio. Entonces se acercó también la maestra, con la emoción en los ojos. Y así fue como alguien me dijo por fin «bien hecho» porque

sabía escribir.

Cuando la maestra le enseñó las paginitas al bedel, este también se conmovió, y desde entonces siempre me saludaba con la mano en la frente en señal de respeto: «Con los respetos del señor Gilipollas». Yo contestaba mascullando mis buenos días, con la cara colorada.

Mi madre está convencida de que mi hermano y yo nunca hemos llegado a ser escritores de éxito porque utilizamos demasiadas palabrotas. Considera nuestro vicio como un acto de autosabotaje, pero también las ve como los últimos destellos de rebeldía juvenil contra ella. No hay nada que no se tome como algo personal. Todos los años amenaza con regalarnos un curso de dicción por Navidad.

—Perdona, mamá, ¿a qué coño viene eso del curso de dicción?

Cuando oye hablar en Radio 3 a algún escritor, no le interesa en absoluto el contenido, sino solo la forma: «Bueno, se ve que ha espabilado, pero sigue teniendo acento *terrone*»[4]. Sus raíces sureñas la protegen del racismo, no será peor que llamarse *nigger* entre negros. Incluso cuando ve una película y no se concentra en el mobiliario de las casas en las que inspirarse para la que no se comprará nunca, se fija en la dicción de los actores.

—¡Qué bien habla Robert Redford!

—Qué coño, mamá, está doblado.

—¿Y si te regalo un curso de doblaje por Navidad?

De pequeña mi lenguaje soez también me causó problemas cuando iba a casa de Cecilia. Su padre era un hombretón, distinguido y severo, hijo de industriales del norte. Aunque nunca perdía la oportunidad de insinuar que había estado especialmente activo en los años de la lucha armada, disfrutando de mi mirada atónita cuando asomaba una pistola o un disparo a las piernas en sus relatos, no ostentaba la misma plácida complicidad para otro tipo de violencia: las palabrotas.

Sus cuatro hijas, todas ellas muy altas, tenían porte de amazonas, tocaban el piano, no apoyaban los codos en la mesa cuando comían y nunca utilizaban un lenguaje arrabalero. No habría tenido el menor inconveniente en que salieran por la noche a matar fascistas, pero las buenas maneras ante todo.

Cuando yo no podía contenerme y soltaba un «me cago en la puta» tras la historia de una emboscada con su consecuente paliza que salía redonda, daba dos suaves golpecitos en la pipa y me

miraba serio: «Por favor, que no estamos en el estadio» (donde por lo demás nunca había ido, al considerar el fútbol el nuevo opio del pueblo).

Envidiaba a Glenda la desenvoltura de su madre y a Cecilia la clase de su padre. Ella había absorbido esa clase y la había adaptado a su cuerpo de niña, y era la única persona que he conocido capaz de mearse literalmente encima de risa, convirtiendo esa particular forma de incontinencia en un elemento de seducción más. La he visto mearse encima una docena de veces con espectadores fascinados e intimidados por la radicalidad de su gesto.

Un verano, en la época de la universidad, Cecilia y yo hicimos un viaje juntas a México.

Hacia el final del viaje estábamos ambas postradas por la disentería, pero yo tenía mi billete de vuelta un día antes que ella. Cecilia me acompañó al aeropuerto y, ante la negativa de la azafata a cambiarle el vuelo, amenazó con defecar delante de todos. Agradecí la provocación, sin ser consciente de la seriedad de sus intenciones.

—De acuerdo, voy a hacerlo —dijo, dejando la mochila en el escritorio y caminando hacia el centro de la sala con paso regio.

Parecía aún más alta en medio de los corrillos de mexicanos. Inalcanzable. Monumental. Se agachó en el suelo manteniendo la espalda perfectamente recta.

La empleada y yo intercambiamos una mirada de admiración e incredulidad.

Y así fue como pudimos irnos en el mismo vuelo.

Cuando aterrizamos en Fiumicino varias horas después resultó que me faltaba una bota. Me había quitado los zapatos en el avión y uno de ellos se había desmaterializado literalmente en pleno vuelo. Esperamos a que desembarcaran todos los pasajeros y nos pusimos a buscarla con las azafatas debajo de los asientos, en los armarios, en el baño, por todas partes. No había ni rastro de mi bota. En compensación Cecilia encontró una sudadera Adidas y yo un cartón de cigarrillos. Además divisamos juntas un Swatch, pero para evitar pelearnos por él lo dejamos en manos de la compañía aérea.

Mi padre vino a recogernos en el coche y no se dio cuenta de que solo tenía un zapato. Salí del coche, subí a casa y solo mi madre

se dio cuenta de que había perdido al menos cinco kilos y una bota.

—Hemos caído en la paradoja —dijo mi padre.

Hirvió agua en una olla y vació en ella dos botellas de alcohol. Luego lo vertió todo en una palangana.

Pasé la noche tumbada en la cama con el pie sumergido en esa poción mágica.

Para permitirnos el viaje a México, Cecilia y yo tuvimos que trabajar en serio.

Nos pusimos a tejer bufandas y gorros de lana con la idea de venderlos por la calle. Al cabo de una semana habíamos fabricado aproximadamente un cuarto de bufanda que más bien parecía una red de pesca, así que nos vimos obligadas a idear un plan más sofisticado.

Empezamos a asaltar cualquier puesto de segunda mano en busca de bufandas, gorros y guantes hechos a mano. Cada pieza podía oscilar entre quinientas y dos mil liras como máximo, permitiéndose de vez en cuando el lujo de un chal por tres mil liras. Cecilia diseñó nuestro logotipo, dos hippies estilizadas, y lo reprodujo en una serie de tarjetas que ataríamos con un cordón de algodón crudo a nuestros preciados artículos de artesanía, que revenderíamos a un precio incrementado en un dos mil por ciento.

Habíamos estudiado hasta la saciedad *La guía completa de las técnicas de tricotado* para que no nos pillaran desprevenidas en caso de que algún interesado nos acosara con preguntas insidiosas sobre nuestras creaciones, pero no tardamos en descubrir que, en realidad, quienes decidían comprar una bufanda tejida a mano sin darse cuenta de que había sido sacada de un montón de trapos y revigorizada con dosis de Perlán más un envoltorio de diseño no tenían por lo general un conocimiento especialmente profundo de las sutilezas del trabajo de punto.

También descubriríamos que la etiqueta con las dos hippies despertaba cierta simpatía, hasta el punto de que empezamos a vestirnos como las dos figuritas estilizadas del logotipo. Así que salíamos de nuestras casas de las afueras vestidas como las *flower children* de los anuncios publicitarios: pantalones de campana o faldas largas con dobladillos inmaculados, blusas de colores, el pelo bien peinado con raya en medio y una cinta atada a la nuca. Montábamos nuestro puesto en las calles del centro, cerca del

Panteón o de la plaza Navona, donde se ponían a tocar los músicos callejeros. Los guardias urbanos que patrullaban la zona se habían aficionado a nuestra presencia y cuando iban a tomar café al bar nos traían uno con un bollo de crema.

—Me recordáis a mi hija —nos dijo uno de ellos, con un impulso de afecto que un instante después ya se había convertido en angustia paternal.

Pero su hija, nos tranquilizó, estaba en casa preparando la oposición para entrar en la policía municipal.

Durante el periodo navideño conseguimos ganar más de cien mil liras al día. Una tarde un director nos contrató como extras para su película: íbamos a hacer el papel que ya hacíamos, el de dos hippies que vendían bufandas en la calle. En cualquier caso, la actuación nos proporcionó otras cien mil liras no presupuestadas.

Mis padres desconocían mi actividad empresarial, aunque le había vendido un gorrito a una compañera de trabajo de mi madre que no me reconoció y quiso encargar uno idéntico para regalárselo a una amiga suya (quién sabe, quizá a mi madre).

—No, lo siento, solo hacemos piezas únicas —se apresuró a responder Cecilia.

—¿Y si lo haces en otro color?

—No, de ninguna manera —respondió Cecilia con el resentimiento de una artista indignada—. Es una cuestión de estilo.

En todo caso, cuando mi madre me veía salir de casa vestida de hippy se sentía extrañamente eufórica.

—Me recuerdas mucho a mi juventud —me decía, aunque su experiencia *flower children* había sido más falsa que la mía y se limitaba a unas fotos en la residencia estudiantil en las que fingía tocar la guitarra y fumar un *bidi*.

En cambio, cuando el padre de Cecilia se enteró de nuestro negocio, no tuvo nada que decir sobre la estafa, pero sintió una gran amargura por nuestro trato familiar con los guardias.

Una vez que se nos acabó la mercancía, volvimos a la calle solo con nuestros cuerpos. Si podíamos hacernos pasar por expertas tejedoras también podíamos hacernos pasar por dos simples fugitivas de casa. Para entonces ya nos habíamos mudado a Trastévere. Fingir allí nuestro San Francisco de los años sesenta, lejos de las calles comerciales, nos parecía más razonable.

«Ayudadnos a llegar a México», habíamos escrito en un letrero.

Por increíble que parezca la gente nos ayudaba. Aún no sé por qué. Qué les impulsaba a apoyar la causa de dos universitarias que querían hacer un viaje a México. Tal vez fuera precisamente nuestra falta de auténtica necesidad, nuestro aspecto artificial de indigencia y la viabilidad del plan lo que resultaba tranquilizador. Quizá sea más fácil aceptar una pequeña forma de reconocimiento que cargar con una gratitud inextinguible. En cualquier caso nunca llegamos a tender la mano para pedir el dinero, como si ese gesto fuera la única señal de que estábamos invadiendo un territorio en el que no estábamos seguras de querer entrar. Dejábamos que las monedas cayeran dentro de un sombrero de paja que pretendía simular que era mexicano.

Al recordarlo hoy no sé si pesa más en mí la nostalgia por tanto valor —para sentarse en el suelo a pedir limosna— o la sensación de culpa por la apropiación indebida.

Pero probablemente lo que siento es más bien algo distinto, al darme cuenta de que no hice lo único que habría dotado de un sentido diferente a mi presente: convertirme en lo que fingía ser. Aceptar tender la mano, cortar los lazos con mi familia, irme a México, irme a cualquier parte, quedarme «en el camino», por utilizar una traducción errónea, desaparecer.

El dinero ganado con los falsos productos artesanales nos servía para pagarnos el billete de avión, pero una vez en México Cecilia y yo debíamos conseguir alojamiento y comida trabajando para el festival de teatro de Morelia, a través de una de esas organizaciones sin ánimo de lucro muy populares en aquella época que permitían a los jóvenes occidentales cosechar patatas y maíz o esquilar ovejas en el resto del mundo añadiendo una nota exótica bajo el marbete «otras experiencias» en sus currículos. Cecilia había escudriñado todos los destinos de los campos de trabajo para acabar encontrando entre la retahíla de actividades campesinas el espejismo de un festival de teatro. No había ningún requisito, salvo la buena voluntad.

Una vez que llegamos a Morelia descubrimos que la justicia cósmica cumple con su deber y que si te vas a México gracias a un fraude corres el riesgo de ser defraudado a tu vez. El festival no existía. La comida no existía. Y el alojamiento era un dormitorio

común que compartiríamos con otras seis chicas tan poco cualificadas como llenas de buena voluntad. A la cabeza de este experimento dadaísta de voluntariado estaba Jenny, una vigorosa muchachota californiana de colores clarísimos.

Jenny no parecía disgustada en absoluto por el percance, al contrario, la improvisación hacía que le brillaran los ojos y le resplandecieran los dientes. Nos sentó en el suelo en medio del dormitorio —por otra parte, no había sillas— para proponernos su nuevo plan. Un «proyecto» con la cárcel de menores. Masculina.

—¿Qué proyecto? —pregunté.

—¡Averigüémoslo juntas! —dijo Jenny.

Éramos ocho veinteañeras con nuestro equipaje de vaqueros rotos y vestiditos dispuestas a viajar por el mundo para organizar festivales de teatro inexistentes, y Jenny estaba convencida de que unos adolescentes mexicanos encarcelados por robar un pollo podrían estar interesados en compartir nuestras experiencias vitales, por no mencionar el hecho de que habría que hacerlo por telepatía ya que —aparte de Cecilia— ninguna de nosotras hablaba una palabra de español. Pero ¡a quién le importaba!

Una de las ocho, otra chica americana, se levantó para decir que ella podía enseñarles a bailar *funky*. Se dejó llevar por una serie de breves movimientos para demostrar que sabía lo que se hacía. Estallaron los aplausos. Jenny se mostró entusiasmada y nos preguntó a Cecilia y a mí:

—¿Vosotras qué sabéis hacer?

Nunca me habían planteado —ni antes ni después de entonces— esa pregunta de forma tan descarada, de modo que me encontré vagando en ausencia de palabras, perdida, desnortada, frente a una incógnita que me acompañará hasta la tumba. Pero Jenny, genéticamente incapaz de sostener el silencio durante más de unos segundos, se aventuró a hacer una salvedad en nuestro nombre:

—¿Os gustaría enseñarles a hacer pizzas?

A la mañana siguiente, antes del amanecer, Cecilia y yo tomamos a escondidas un autobús para Ciudad de México.

Ese día Jenny tuvo que enfrentarse a un problema más desagradable que la fuga clandestina de dos voluntarias. El dormitorio común de la casa colonial donde nos alojábamos se libró de los trinos primordiales porque no tenía teléfono, pero no se

puede decir lo mismo de la habitación individual donde Jenny confiaba en dormir en solitaria tranquilidad. Mi madre nunca ha acabado de entender el concepto de los husos horarios, le parece un sofisma inútil sin base científica.

—*Hello! Hello! Here Francesca! Mother* de Verika.

Me imagino a Jenny a las seis de la mañana mientras se apresura hacia el dormitorio común, en pijama, aún medio dormida, para anunciar que Francesca está al teléfono. Me la imagino hundiéndose en el horror de los dos catres vacíos. Me la imagino oponiendo sus débiles palabras tranquilizadoras a la amenaza de la Interpol. Me la imagino en esa tórrida mañana suya, que se deslizaba hacia la tarde y luego hacia el crepúsculo, desplomada en el suelo con el teléfono en la mano, durante horas interminables en las que debió de pensar que lo había perdido todo: su trabajo, su entusiasmo, su fe en el *funky*.

Por la noche llamé a mi madre desde la cabina telefónica cercana al albergue de Ciudad de México fingiendo estar en Morelia, pero para entonces Jenny se había convertido en su mejor amiga.

—Pero a ver, ¿tanto te costaba hacer una pizza?

A pesar de todo, durante varios años dejé «organizadora del festival de teatro de Morelia» bajo el epígrafe «Otras experiencias» en mi CV.

«Querida Jenny —me gustaría decirle ahora—, no sé hacer pizzas, y aunque estoy segura de que mi madre ha intentado convencerte de lo contrario, no es cierto que sepa dibujar. De todos modos ¿quién dice que tener talento sea mejor que no tenerlo? Si me preguntaran ahora qué puedo hacer, me sentiría igual de avergonzada que cuando tenía veinte años, pero si de algo me he dado cuenta desde entonces es de que temo a la verdad más que a la muerte».

Hace algún tiempo envié la primera parte de este libro a mi hermano. Me contestó con un mensaje conmovedor y con otro diciéndome que se lo había dejado leer a su novia, que se había divertido mucho.

No sabía si sentirme halagada o irritada por ello, si bien a causa de un mínimo principio de sororidad pensé que, de estar en la piel de su novia, me alegraría saber de antemano con qué clase de familia tendría que tratar en los años venideros.

Luego, un par de semanas más tarde, me anunció que estaba escribiendo una novela sobre nuestra familia. Me lo tomé a mal.

Es imposible discutir con mi hermano porque nunca ve en dónde radica el problema.

—No podemos escribir los dos un libro sobre nuestra familia.

—¿Por qué no?

En realidad no había más respuesta a ese «¿Por qué no?» que un infantil «Porque no».

Yo envidiaba a los hermanos que se pelean por una herencia, por una casa, parecía un asunto mucho más digno. Uno de los contendientes acabaría consiguiendo algo al final.

Mis argumentos iban haciéndose cada vez peores.

—No es justo. Yo lo empecé primero.

Los suyos también.

—Mira, que sé que hacías trampa en el juego del cinco.

Habíamos acabado en el fondo de una aporía, así que se aprovechó de inmediato.

—Escucha, ¿conoces la parábola de la higuera que brota?

Hasta ese momento el hecho de que ambos fuéramos escritores había resultado ser una ventaja recíproca. No es que nos apoyáramos mutuamente, sino que éramos cómplices en nuestros trapicheos. A lo largo de los años nos habíamos ido subcontratando artículos, reseñas, prólogos, epílogos, opiniones de escritores sobre el regreso de los *leggings* o la muerte de la novela, incluso cuentos

enteros e inspiradísimos versos. El baremo de tarifas cambiaba según el estado económico o la ansiedad por el plazo de entrega en que nos encontráramos en ese momento, rozando incluso la usura en tiempos de emergencia.

—Tengo que enviar el texto mañana por la mañana.

—De acuerdo.

—Me faltan tres mil caracteres.

—Hazme una oferta.

Las primeras veces aún conservábamos un mínimo de deontología o quizá de simple paranoia. Solíamos dejarnos algo de tiempo para pequeños ajustes, retoques caprichosos, acomodando lo que recibíamos el uno del otro a un estilo que nos parecía más personal. Por ejemplo, yo cambiaba sus «enseguida» por «en seguida».

Poco a poco esta forma de prurito acabó desapareciendo. Si la gente leía lo que escribíamos y no se daba cuenta de la estafa no era porque nuestros estilos se parecieran o porque fuéramos unos hábiles camaleones, sino porque en el fondo a nadie le importaba un pimiento. En cierto modo era terapéutico, una forma de despersonalización, de redimensionamiento del ego. Podíamos seguir cultivando nuestro narcisismo como escritores, pero teníamos pruebas de que se trataba de una mera ilusión.

Desde una perspectiva más subversiva, podíamos convencernos de que habíamos penetrado en las grietas del sistema. Precariado cognitivo, trabajadores de la mente: ¿de verdad éramos todos intercambiables? Pues bien, transformaríamos el chantaje del mercado cultural en un arma cuyo tiro les saliera por la culata. Nos convertiríamos en artistas de la falsificación. En nuestro interior diseñábamos manifiestos conceptuales: «¡El autor ha muerto! Mejor dicho, está vivo y es su hermana».

Con todo, para ser justos, lo cierto es que el mercado dormía a pierna suelta, mientras que nosotros teníamos que lidiar con ciertos remordimientos de conciencia.

La única vez que me he prostituido en mi vida fue por obra de mi hermano. Estaba a punto de publicar mi nueva novela y una mañana me llamó mi editor con voz entusiasmada.

—¡Tengo una noticia de locos para ti!

¿Iban a hacer una película basada en mi novela? ¿Había vendido

ya derechos de traducción a treinta países?

No. La noticia «de locos» —una expresión muy querida por mi editor— era que podía reseñar por adelantado para un periódico el libro de una escritora famosa que iba a publicar la misma editorial poco antes que el mío.

El mercado quería darme una pequeña lección en cuestión de trapicheo.

Debería haber dicho que no, y de hecho es lo que hice.

—Lo siento, es demasiado tarde —dijo mi editor sin perder el entusiasmo.

Recibí las pruebas encuadernadas en casa mientras aún estaba hablando por teléfono.

—¿Puedo escribir por lo menos lo que pienso de verdad?

—No.

—¿Que quede claro entre líneas?

—No.

—¿Poner un poco de no sé yo?

—No sé yo.

—¿Eso es que no?

—Eso es que no.

Me habían dado una página entera. Era el artículo más largo de mi carrera y nunca había escrito para ese periódico. Obviamente nadie había sacado el tema del dinero, y yo no tenía a mi madre a mi lado para que lo hiciera.

Empecé a leer las pruebas. Llamé a mi hermano llorando. Sintió su poder de negociación.

—Que sean quinientos.

—Chri, quinientos euros, ¿estás loco?

—O lo tomas o lo dejas.

Acepté.

Entregué el artículo escrito por mi hermano, me llamaron del periódico para felicitarme.

—Estupendo, una maravilla, va a ser el principio de una larga colaboración.

Nunca volví a saber de ellos. Nunca volví a escribir para ese periódico. Pero sobre todo nunca se me pagó nada, a diferencia de a mi hermano.

El único aspecto positivo es que el sentimiento de vergüenza por

esa forma de prostitución me ha impedido volver a caer en ella.

También me he preguntado si podría considerarse un agravante o un atenuante el hecho de que lo hubiera escrito mi hermano. ¿Cómo medir la carga de la responsabilidad individual? ¿Y qué es exactamente lo que define un acto de prostitución? Si no se remunera, ¿desaparece su condición innoble? Yo, sin embargo, había ido aún más lejos, había subvertido en parte su naturaleza: había pagado de mi bolsillo para hacerlo. Me decía: si una prostituta paga a su cliente, ¿sigue siendo una prostituta? No, ni siquiera era así, porque no había pagado al cliente. La situación era más o menos como sigue: una prostituta venda los ojos al cliente y paga a su colega para que se la folle en su casa. Entonces, ¿cuál de las dos está más implicada?

Hay un corolario en todo este asunto. Todas las veces que, con el tiempo, me encontraba con la escritora en cuestión, ella nunca tenía ni idea de quién era yo. No sabía si estaba fingiendo, si lo hacía a propósito, si era un jueguecito perverso, una forma de venganza, pero en el fondo, ¿para qué?

Yo me presentaba una y otra vez puntualmente, deletreando bien mi nombre y apellidos mientras ella me estrechaba la mano con sus grandes ojos desorbitados, como sorprendida por un repentino arrebato de ternura ante un panda:

—Y dime, ¿a qué te dedicas?

La última vez que la vi me presenté como Ursula Le Guin.

Me dirigió su habitual mirada de tierno asombro:

—¡Qué nombre tan peculiar! Y dime, ¿a qué te dedicas?

Nunca he escrito tantas cartas en mi vida como las que le mandaba a Cecilia. Sus cartas de respuesta siguen guardadas en una caja en casa de mis padres. Una tarde de hace muchos años mi madre decidió ordenar mi correspondencia separándola en función de los temas. También hizo un reparto entre «cartas de amor felices», «cartas de amor tristes» y «cartas de amor pornográficas». No pudo abstenerse de rodear la «j» de rojo donde uno de mis compañeros de clase había escrito: «La imajen de tu sonrisa se me viene a menudo a la cabeza».

Dado que había puesto tanto empeño en ello, la caja se quedó en su casa, inhumada en algún lugar de la gran fosa común del altillo.

Cecilia y yo nos escribíamos cuando estábamos en clase, cuando hacíamos los deberes, en la melancolía de nuestras tardes adolescentes.

En un momento dado, por diversión, empezamos a enterrar cartas bajo un pedrusco en el parque cercano a nuestras casas. Yo salía y les decía a mis padres que iba a tomar un helado (la coartada oficial cuando quería hacer algo turbio, ya fuera escaparme de casa o desenterrar cartas con citas de Kundera y De Beauvoir).

Nos habíamos dado una identidad ficticia, un apodo que nos haría irreconocibles si alguien levantaba alguna vez el pedrusco y encontraba el sobre con la carta, aunque en nuestro interior no perdíamos la esperanza de que algún desconocido se aficionara a nuestra correspondencia y engrosara la trama.

Cecilia ya tenía una letra maravillosamente ilegible en su primer año de instituto. También en eso me sentía incapaz de compararme con ella, con mi letra ya no infantil pero aún escrupulosa. No me había emancipado de cierta redondez, aún me parecía necesario distinguir entre el volumen de la «a» y el de la «e», poner el punto sobre la «i». En la letra de Cecilia solo había signos verticales y signos horizontales. Era imposible, por ejemplo, determinar si una

letra era una «f», una «l» o una «t». Ese esfuerzo de descifrado me hacía adentrarme más en su mundo, releía las palabras diez veces, volvía a empezar los párrafos, me gustaba sentirme una exégeta de sus escritos.

No era raro que yo transcribiera sus frases en un papel y las reciclara con el tiempo para impresionar a alguien. Tampoco lo era que reciclara la misma frase para impresionar a dos personas distintas. Había preparado mi breviario de seducción amorosa y perfeccioné con desparpajo la práctica de la reutilización en los años venideros, saqueando correos electrónicos de viejos amores para expresar nuevas pasiones hasta dispersar la genealogía de mis frases más sentidas. Mejor dicho, hasta el punto de convencerme de que tal genealogía carecía de importancia.

Cecilia hizo el cuarto año de instituto en Alemania con un programa de movilidad escolar. Se había ido a vivir con una familia a un pueblo cerca de Dresde. En aquella época si la gente se iba de Italia era para recalar en Londres, pero yo no conocía a nadie más que a ella que hubiera elegido deliberadamente aprender alemán y pasar un año de su vida en un pueblo anónimo de la antigua RDA.

Obviamente el número de cartas se disparó.

Por fin podría experimentar la ebriedad de recibirlas en el buzón, con su correspondiente sello extranjero. A veces Cecilia adjuntaba fotos: sus dos hermanos temporales (rubios, menudos, de ocho y doce años), que como en los mejores melodramas se habían enamorado de ella descubriendo de golpe la rivalidad entre parientes consanguíneos, el amor platónico y el miedo al abandono. Una edición de 1930 de *Der Zauberberg* que estaba leyendo en lengua original. Su primer experimento con el Lebkuchen. Ella en la nieve con una cazadora de autoestopista y los pantalones de cuero a lo Jim Morrison («¡Amiga, los he encontrado!»).

Era una búsqueda que habíamos emprendido juntas, un rito de iniciación *in absentia*, teniendo en cuenta que la iniciación no había tenido lugar y que todas nuestras expediciones a Porta Portese en pos del espejismo de unos pantalones de cuero a lo Jim Morrison no hacían sino reconfirmar la solidez de nuestros ideales en detrimento de la realidad. Y al final ella los había encontrado en un pueblecito de la antigua RDA y los exhibía como prueba. Yo lo viví como un revés en mi sistema de valores: en el momento en que

un ideal se materializa teóricamente deja de existir. Cecilia vivía en las consecuencias del comunismo encarnado y llevaba los pantalones encarnados, y yo no entendía si todo aquello debía infundirme confianza o sumirme en la desesperación.

Aparte de su contenido, las propias fotografías procedían de otro mundo, como si los recuerdos tuvieran que almacenarse en un formato diferente para evocar su pertenencia. Su tamaño era más pequeño y la impresión mate empañaba los colores. Tenían dentro toda la melancolía inherente a la Europa del Este. Para mí el exotismo estaba representado por esas imágenes: cielos blancos, grandes edificios, ventanucos y parquecitos con juguetes de madera.

Nuestra distancia física también generó otro efecto. Los nombres ficticios que nos habíamos dado para hacernos irreconocibles a los ojos de los demás ya habían provocado un cierto distanciamiento de nosotras mismas, un primer mecanismo de autoficción. Ahora ese distanciamiento se nutría de un fenómeno nuevo: podíamos inventarnos chorradas. No sé si ella lo hizo, pero yo sí.

Hay al menos dos versiones de mi cuarto año de instituto: la más o menos real, de la que no recuerdo casi nada, y la escrita para Cecilia, de la que recuerdo casi todo. En cierto modo fue mi primera novela.

Casi diez años después, cuando supe que yo publicaría de verdad una novela, Cecilia se había mudado a Palma de Mallorca con su novio dibujante de cómics, estaba cursando un doctorado en teatro y daba clases de alemán. Leyó las pruebas del libro y me escribió lo siguiente:

«Espero —me decía—, espero que no hable ni describa ningún lugar de Roma ni ningún instituto escolar, que no cite a otros veinticinco escritores, que no se muestre complacida con ninguna desintegración del paisaje, que no haya una fiesta siquiera, una sola provincia, que esté lleno de rabia y de amor, hecho de verdad y no sublimado como en el libro de (***). Tenía mucho miedo, Vero, como de una traición. Ahora me siento un poco idiota, pero, en definitiva, aliviada. No puedo evitar pensar en Roma, en ese círculo; ya lo sé, resulta un poco adolescente evocarlo así desde aquí, insistir en lo de "con todo el amor que le tengo", que todo lo contamina (y en plan canibalismo tribal)».

Con el tiempo *** y yo acabamos teniendo trato y hablamos a

menudo de libros, ahora que ya no soy capaz de encontrar en ellos ni rabia ni amor. *** en cambio se las apaña, o eso dice, y en todo caso habla de amor, se acalora, es un tema sólido (justo después del sexo y la madre, así que igual aún sigue sublimándolo). Para compensar ya no veo a Cecilia. Desde hace muchos años. Ambas cosas no tienen relación entre sí, aunque en cierto modo me gustaría que la tuvieran. Ojalá todo tuviera una relación con la desaparición de Cecilia de mi vida, porque no consigo encontrar una explicación.

Ella sigue viviendo en Palma, adonde nunca he ido a verla, y tiene una niña a la que no conozco. Se han sucedido las bodas de sus hermanas, otros hijos, otros acontecimientos que no he vivido. A decir verdad hay un montón de niños para los que nunca he desempeñado un papel como madrina, tía, hermanastra, niñera o simple conocida. Básicamente ellos nacen y yo desaparezco. ¡Puf! Como un hada en crisis vocacional. Puedo conmoverme con el nacimiento de una cría de erizo, de zorro o de oso; cuando me siento mal me calmo viendo vídeos de búhos haciendo ruidos graciosos, pero en cuanto viene al mundo un bebé no sé qué hacer ante sus vagidos. Me limito a asentir. Vale, digo. Y ya está, digo vale y me esfumo. De todas formas me invitan a sus cumpleaños, y en teoría partiría con ventaja, no tendría que gastar dinero en regalarles ropa, ya que tengo una reserva de toda la que compró mi madre para sus nietos imaginarios.

—Y esta es la tía Vero, dile hola a la tía Vero.

El niño en cuestión no hace nada porque sabe que no soy su tía y que no me debe nada, y yo tampoco hago nada porque sigo sin saber lo que debo hacer, por mucho cariño que haya demostrado por el cachorro de tigre que acaba de nacer en el zoo de cualquier capital europea.

Poco a poco también dejo de recibir esa clase de invitaciones y la desaparición es total.

A mi madre le gusta pasar revista a la vida procreativa de mis amigas y hoy ya no sé decir cuántos hijos han tenido ni sus edades. Para mí la indeterminación del tiempo se cristaliza en «un par de años». Si no me acuerdo de cuándo ocurrió algo digo: «Hace un par de años», y si no sé la edad de un niño decido que tendrá «dos años, más o menos». Tengo un mundo poblado por criaturas de dos años,

sexualmente indefinidas, que espero que algún día se conviertan en adultos, pero hasta ese día permanecerán envueltas en una nebulosa.

La única vez que experimenté algo parecido a la maternidad fue una Navidad en Berlín. Eran las primeras Navidades que pasaba sin mi familia, y aunque fui yo quien se inventó que ya no había billetes para volver a casa, esa mañana me desperté con nieve y una violenta melancolía. Un amigo mío me había hablado de una fiesta en una nave junto al río. Me había dado las indicaciones para llegar, un mapita dibujado a mano que estudié a fondo para ocupar el tiempo de soledad. Por la noche me vi perdida en la oscuridad entre el barro y los charcos helados, hasta que encontré la fábrica abandonada que correspondía con la descripción. Desde fuera no se oía ni música ni el bullicio de una fiesta. Entré, mi amigo no estaba, pero en cambio había un pequeño grupo de chicos puestos hasta las cejas calentándose alrededor de un espetón con un cochinillo carbonizado. Nadie se volvió hacia mí, a nadie pareció importarle mi llegada. En el suelo había niños durmiendo. Me presenté, mi nombre quedó flotando en el vacío de la sala sin que nadie mostrara particular interés por entenderlo; ni siquiera podía escudarme en la desagradable sensación de sentirme una intrusa, dado que de mi supuesta intrusión no podía decirse que hubiera habido constancia. Me senté yo también alrededor del fuego encendido bajo el cochinillo. Me serví un poco de vino tinto en brik en una taza en la que se leía ACAB, donde ya había estado bebiendo otra persona. El grupito mecía la cabeza y seguía sin hacerme caso. Había traído un vino espumoso, pero me pareció inapropiado descorcharlo y no quería despertar a los niños. Entonces me asaltó un pensamiento angustioso, el terror de que aquellos fardos en el suelo fueran en realidad cadáveres. Me levanté para tomarles el pulso uno a uno y notar su respiración. No estaban muertos. Una niña abrió los ojos y me dedicó una sonrisa increíble, o tal vez fuera una sonrisa cualquiera, pero era el primer gesto vital desde que había llegado. Me miró con más curiosidad que sorpresa. Sin saber qué hacer empecé a acariciarle el pelo. Era rubio, con pequeñas rastas naturales. Me agarró por el codo y me dijo: «Tengo que hacer pis».

La cogí de la mano y la acompañé fuera. La temperatura no llegaba a cero, ella solo llevaba un blusón de franela y unas mallas

agujeradas metidas dentro de las botas de agua. La llevé cerca de unos matorrales, ella se agachó con gracia levantando las faldas de su blusón. Una nube de vapor se alzó del suelo, lo que le hizo gracia. «Tenemos que esconderlo», me dijo cuando se incorporó. No se veía nada, pero de todas formas lo tapamos todo con las hojas. Se quedó mirando fijamente el montoncito, iluminado por mi mechero, parecía satisfecha. Le hice un gesto de asentimiento con la cabeza, como diciendo: «Sí, hemos hecho un buen trabajo».

Volvimos a entrar, mi invisibilidad la volvía invisible a ella también, y en esa desaparición de los ojos, del mundo, de los brindis navideños en la que nos encontramos una junto a otra durante unas horas de la noche, en el aire tóxico de una hoguera que agonizaba, pensé que ese era mi ideal de familia: una niña y una chica que no se conocían y que no volverían a verse.

Tras un largo periodo de silencio, Cecilia me escribió hace seis años porque estaba en Roma. Mis mejores amigos del instituto habían organizado una reunión a las diez de la mañana en Villa Borghese. Todos se habían convertido en padres. La idea era reunirse allí con sus cochecitos. Era un día de febrero gélido pero lleno de luz. Rara vez salgo de la cama antes de las once, pero esa mañana llevaba levantada desde las siete mirando el cielo azul de invierno. La idea de volver a ver a Cecilia me conmovía y me llenaba de emoción. Había ido a abortar el día anterior. A las diez y cinco le envié un sms: «Lo siento, no me siento capaz».

Y luego otro: «Te llamo más tarde para explicártelo».

Ella no me contestó y yo no la llamé.

En mi vida nunca veo el vaso medio lleno. Tampoco medio vacío. Siempre lo veo a punto de derramarse. O no lo veo en absoluto. No hay ningún vaso. No hay nada. Estoy delante de una fea mesita de café y encima solo la nada. La mesita también podría desaparecer. Mejor dicho, ya ha desaparecido. No me queda la ausencia, sino la perplejidad.

Perdonad, pero no me acuerdo. ¿Qué es lo que debía ver?

No sé dónde encontrar la respuesta, porque en ese momento la pregunta también se ha desvanecido.

A veces me pregunto si la constante vaguedad en la que vivo no dependerá de una característica innata mía: nadie me reconoce.

No solo mis parientes de Apulia, la escritora por la que me prostituí subcontratando a alguien o gente a la que conocí en una fiesta y con la que charlé un rato, sino ni siquiera mis amigos íntimos.

En mi barrio deambula un chico que se te acerca para pedirte un abrazo y luego te toca el culo. Aunque sé cómo acabará la cosa, se lo permito, pensando en mi propia frustración cuando me lanzo en un abrazo y veo a la otra persona dar un paso atrás porque no me ha reconocido. Siempre hay algo que no cuadra: llevo gafas de sol, el pelo más corto, más largo, he cambiado de tinte, llevo tacones, estoy morena, llevo capucha, llevo bufanda, me estoy comiendo un *supplì* que me tapa la boca.

Una vez hice una audición para un director amigo mío. Por la noche me llamó angustiado después de ver el material.

—Ha sido como ver una película de terror. No puedes entenderlo.

—Pues no, efectivamente.

Afirmaba que yo cambiaba de cara en cada toma, literalmente.

Tuve el mismo problema en los años que pasé con A., quien trabaja como fotógrafo. Si fuera mujer habría dicho que es un artista que utiliza la fotografía como medio de expresión, pero como

es hombre se contenta con decir que es fotógrafo. El problema es que eso no le eximía de sentirse un artista cada vez que tenía que hacerme una fotografía.

Lo siento por todas esas mujeres que sufrieron al verse relegadas al simple papel de musas ante el objetivo de una cámara, pero me gustaría tranquilizarlas: podría haber sido mucho peor. A. nunca demostró gran interés por fotografiarme, siempre había algo más relevante en el mundo: una peculiar formación calcárea, un amasijo de hojas podridas, una pared derrumbada. Los pocos retratos que tengo son fruto de la extorsión o del trueque con otra cosa («Vale, pero me escribes tú el proyecto para la Bienal»).

Siempre fue un misterio para mí lo que veía cuando encuadraba mi rostro, lo que ocurría en ese espacio de aire y luz entre el objetivo y el borde de mi cuerpo, en la estasis contemplativa en la que yo le rogaba que no me encuadrara desde abajo y él se sumergía en el silencio de la creación. En todo caso el resultado eran fotos embarazosas de mi cara hecha un monstruo. En la angustiosa deformación de mis facciones A. reconocía líneas oscuras, sombras, estratificaciones visuales: no el rostro de la persona amada, sino un paisaje inquietante, ruinoso, como una fealdad reveladora que afloraba al mundo y parecía aplacar su vena artística.

—Estoy horrible.

—Pero es una buena foto.

Siempre me lo decía con una franqueza desarmante y por lo tanto más dolorosa. Ambos estábamos aquejados de nuestra discapacidad visual personal: él no me veía a mí y yo no veía su foto.

Con mi madre la situación es algo diferente. Cuando tengo una cita con ella llego y la veo besando cariñosamente a una chica cualquiera. Si tengo suerte ha elegido al menos a una mujer de un rango de edad similar al mío, pero el resto es completamente arbitrario: altura, complexión, ropa. Una vez se quedó profundamente abatida porque llevaba un tatuaje tribal por todo el brazo; otra se llevó un susto de muerte porque me había comprado un perro (la abuela Muccia solía matar a escobazos gatos y perros callejeros, y eso en lugar de empujar a mi madre a convertirse en activista del WWF desencadenó su fobia a los animales).

Sin embargo, por lo general la versión subrogada de su hija la gratifica más que la real. Piensa que me quedan bien los rizos, que por fin he engordado un poco o que le gusta mucho el plumas blanco acolchado que me he comprado. Si llego tarde, la desgraciada de turno —después de disculparse por no ser yo— se verá obligada a soportar el interrogatorio de mi madre. En ese momento mi llegada no hace más que estropear su espléndida complicidad y se me informa con entusiasmo sobre la vida de estas hijas subrogadas, que a su vez son madres, tienen un contrato fijo o un marido atento que las mantiene y una bonita casa en alguna zona residencial de Roma, presumiblemente con terraza, o por lo menos con un pequeño balcón donde tender la colada. Luego acaban intercambiando números de teléfono e invitaciones a comer. A veces alguna hija subrogada, sintiéndose incómoda, se atreve a hacer una pregunta sobre mí, pero antes de que yo pueda contestar, es mi madre quien le proporciona el resumen de toda mi vida.

—De niña le encantaba dibujar. Luego lo dejó.

Le enseña en el móvil los dos cuadros que cuelgan en el pasillo. La hija subrogada asiente y asiento yo también.

Mi madre también intenta abordar hijas subrogadas por internet. Ella y yo no somos amigas en Facebook, de hecho la bloqueé para que no se enterara de ciertas cosas. No he llegado a decirle que me he separado de A. y que vivo sola desde hace casi dos años porque temía una oleada de llamadas telefónicas, pero no quería que acabara descubriéndolo al cuestionarse las incongruencias de la pared situada a mis espaldas durante algún directo de Facebook.

Para compensar ha pedido amistad a una serie de escritoras. Me llama para contarme cómo pasan sus días, cómo se sienten, cómo han decorado su casa, cómo se desenvuelven en la cocina («¿Has visto qué buena pinta tienen esas galletas?»), qué han estado leyendo, su situación sentimental («Me gustaba más el de antes»).

Y sobre todo me llama cuando publican fotos de sus madres de jóvenes. Siempre se conmueve con esas imágenes, vuelve a ver una parte de sí misma, algo que parecía perdido para siempre antes de reaparecer en el recuerdo emocionado de una hija subrogada. Se siente contemplada por esos ojos, amada por esos ojos, por el tierno cuidado de alguien que se ha puesto a rebuscar entre las fotos familiares para escoger un recuerdo que compartir con el mundo.

Disfruta con los corazones y comentarios de debajo: «Qué maravilla…», «¡¡¡¡¡¡Extraordinaria foto!!!!!!», «Hermosa de corazón y de alma».

Le impresionó mucho una mujer retratada en 1962 con mono de esquí y los Alpes suizos como telón de fondo. Mi madre nunca ha estado en los Alpes, ni en Suiza, ni se ha puesto un par de esquís en su vida. Luego, en aras de la coherencia, busca en las galerías de las escritoras las fotos de su infancia como si hojeara el álbum de mi infancia. Dado que ese álbum no existió nunca y lo único que me queda son los retratos de espaldas que me hizo mi abuelo, me doy cuenta de que mi rostro infantil es una imagen totalmente artificial y fluida, nada más que una idea, el lamento de una niña de ocho años muda a la que le encantaba dibujar.

Cuando acabé en la portada de una revista junto con otras cuatro escritoras, llamé a mi madre para darle una sorpresa. Le dije que fuera al quiosco y comprara la revista.

—Pero ¿viene gratis con el periódico?

Quería estar segura de que merecía la pena invertir los dos euros, así que antes de concluir la transacción me llamó desde el quiosco con la revista en la mano.

—Verika, no entiendo lo que tengo que ver.

—¡Mamá, qué cojones, la portada!

Luego me felicitó por mi pelo vaporoso, confundiéndome con una de las otras cuatro escritoras.

Hace algún tiempo vi una obra de teatro en Berlín que trataba sobre los cuerpos perdidos. Madres de desaparecidos argentinos, madres de Centroamérica que buscan a sus hijos perdidos en la travesía de México, madres kurdas que protestan contra el PKK culpable de llevarse y alistar por la fuerza a sus vástagos. La importancia de tener un cuerpo al que volver a abrazar o, en el peor de los casos, al que enterrar. Un cuerpo por el que llorar. Un cuerpo al que regresar. Los rostros destruidos, aniquilados, de esas madres que llevan años buscando un cuerpo y tienen que conformarse únicamente con su ausencia. La muerte es atroz, pero la imposibilidad del duelo es inhumana.

Pensé en mi madre en la trágica eventualidad de tener que reconocer mi cuerpo; no me hubiera gustado estar en su piel. Pensé en su desconcierto. Pensé en su rostro: no estaría devastado ni

aniquilado, solo muy confuso. ¿Qué habría hecho? ¿Habría buscado algo de ayuda en las miradas de la gente que la rodeaba? En la de mi padre que le asistía desde el cielo… («Hemos caído en la paradoja»). ¿Lloraría sobre el cadáver de una mujer de pelo rizado con grandes tetas y veinte kilos más que su hija? Mientras imaginaba a mi madre enfrentándose a este dilema imposible, solo deseaba de todo corazón que saliera de ese aprieto cuanto antes.

—Venga, sí, claro, pongamos que es ella.

Y así es como me siento en cada momento de mi vida: venga, sí, claro, pongamos que soy yo.

«Cecilia y yo nos hemos distanciado» es la forma más sencilla de decir algo que no puede explicarse. Sin embargo en mi interior siento que no desconozco las razones, o más bien temo no desconocerlas, y vuelvo a pensar en esa frase del correo electrónico: «Tenía mucho miedo, como de una traición».

¿La he traicionado?

Nunca soñé con ser escritora, aunque aprendí a mentir científicamente al respecto: «¡Por supuesto! Un sueño cultivado desde que era niña».

Las actrices se permiten el privilegio de ser descubiertas por la calle, en una parada de autobús o mientras pasan un trapo para limpiar la mesa de un bar; la casualidad se convierte en su actitud, una pose que reivindican incluso en la alfombra roja, pero un escritor debe sentir el fuego sagrado en su interior desde la infancia. Y así tiro para delante con la mentira y reavivo el fuego con pequeñas anécdotas inventadas, abatimientos o demonios que me quitaban el sueño por las noches para regalarme alguna obsesión.

Una vez oí decir a una escritora que estaría dispuesta a morir por la escritura. No dudo de su buena fe, pero no acabo de entender la lógica del mecanismo. Si alguien está dispuesto a morir por su país supongo que está dispuesto a morir en batalla en su defensa, pero ¿qué significa estar dispuesto a morir por la escritura? Por desgracia nadie, ni siquiera yo, le ha pedido que dé un ejemplo concreto.

De niña quería ser la estrella del rock Veronika, luego quise ser campesina y, en algún momento, dado el éxito de mis pinturas robadas, barajé la idea de reinventarme como artista, al menos mi tía estaría contenta. Era capaz de imaginarme en el *vernissage* de mi exposición, pero no trabajando en una obra. Tampoco me fascinaba particularmente el momento creativo (¿por dónde había que empezar? ¿Comprar un lienzo? ¿Hacer un boceto? ¿Alejarse para siempre del arte figurativo? Incluso allí había demonios de por

medio que no te daban respiro, pero a mí siempre me habían dejado en paz). Me gustaba la idea de tener un atelier, y eso era todo.

En cuanto al estrellato del rock, nunca aprendí a tocar nada y, en general, cuando me ponía a cantar siempre me pedían que parara, algo que yo lamentaba un poco. Mi madre insistía en que mi hermano y yo aprendiéramos a tocar el piano, porque pensaba que era un objeto bonito, aunque lo que yo quería tocar era el bajo.

Un día hizo su aparición en nuestra casa un piano blanco, completamente desafinado y al que le faltaban algunas teclas, que le había regalado Pariani, su colega de Música. Se colocó en el salón y solíamos chocarnos con él cuando íbamos a sentarnos en el sofá. Mi padre imprecaba a menudo contra esa nueva forma de paradoja, pero en esta ocasión yo estaba de acuerdo con él.

Como mi madre sentía debilidad por Pariani se hizo cargo del piano para que él viniera a casa y nos diera clases. Ni a mí ni a mi hermano se nos daba especialmente bien, pero, sobre todo, mi madre nunca tuvo la menor intención de arreglar el piano. No le veía ningún sentido.

—Basta con que aprendan a aporrearlo —decía.

—Francesca, pero incluso para aporrearlo hace falta un piano con todas las teclas.

—Pues que hagan como que lo aporrean.

Así que durante algún tiempo Pariani nos enseñó a fingir que aporreábamos.

El tormento, tanto para nosotros como para Pariani, terminó el día en que mi padre decidió desmontar el piano y utilizar la parte trasera como tabique para una nueva pared. Veronika, para compensar, era una gran bajista.

Nunca he tenido una imagen de mí misma en el futuro que no fuera completamente veleidosa. Las veleidades suelen servir para engañarse a uno mismo, mientras que lo que yo quería era engañar a los demás. No creía tener un talento desconocido, no me sentía incomprendida, no albergaba ningún espíritu de revancha, era más bien como creer en las estrellas, en el Absoluto, en la supremacía del cinco, un pensamiento mágico, una superstición como cualquier otra. Siempre he tenido una ambición postiza y superficial. Cultivar un sueño, a la larga, es tan tedioso como cultivar un huerto. De hecho incluso la idea de ser campesina era una especie de estafa,

porque lo único que me interesaba era contemplar mis campos con un sombrero en la cabeza, los manzanos y cerezos en flor y una granja siempre llena de cachorros, animales bonsái incapaces de convertirse en adultos.

Cuando Cecilia y yo hablábamos de libros, la verdad es que no hablábamos de libros. No existían como objetos. Lo que había eran historias, personajes y por supuesto también quienes los habían escrito, con una vida igualmente novelesca, pero no existían los editores, ni los redactores, ni los correctores, ni los distribuidores, por no hablar de los departamentos de prensa; en definitiva, no existían esos círculos «que todo lo contaminan (y en plan de canibalismo tribal)». Luego acabé encontrándome metida en ellos. Me había contaminado yo también.

Me simplificaría las cosas pensar que entre Cecilia y yo debería haber sido ella la que escribiera. Semejante explicación haría comprensible mi malestar, literario incluso, sintiéndome la subsidiaria de un fantasma soterrado.

En cambio lo que echo de menos son mis tardes desenterrando cartas en el parque o las tardes del cuarto curso en el instituto, cuando en ausencia de Cecilia había empezado a hablar con Amory Blaine, el protagonista de *A este lado del paraíso* de Fitzgerald.

Amory me esperaba todos los días a la salida de clase y me acompañaba a casa. La tensión entre nosotros era evidente, él siempre iba bien vestido, con un traje elegantísimo y una camisa de seda plisada. Los gemelos en los puños. Intentaba alejarme de otros posibles acompañantes para poder estar a solas con él. Podía sentir su mirada burlona a mis espaldas mientras se apoyaba en el murete del instituto, esperando a que terminara mi teatrillo de coartadas. Luego me reunía con él y nos íbamos juntos, en silencio, entre suspiros.

—Pero ¿tu madre está en casa? —me preguntaba él.

—Oh, Amory… —Y yo me sonrojaba.

Se encendía un cigarrillo.

—Tienes que dejar de fumar, ya lo sabes.

—Qué le importa eso a nadie.

Como es lógico me encantaba verle ese gesto de hastío con el cigarrillo en la boca.

Cruzábamos los soportales de mi edificio, desde la escalera Q

hasta la mía, la escalera A. Nos saludábamos en el zaguán.

—¿Qué demonios hacemos aquí? —decía.

—Yo qué sé. Tengo el diablo en el cuerpo.

—Vamos a ser sinceros, no nos volveremos a ver. Quería estar aquí contigo porque me has parecido la más bonita de todas.

Y en ese momento, desolada pero contenta, subía corriendo las escaleras para romper el idilio entre mi madre y mi hermano ya colocados frente a la tele con un *cordon bleu* en el plato.

Hace unos años, durante mis veranos en Berlín, empecé a ir a un bar simplemente porque me sedujo el camarero. Tenía veinte años, era irlandés y se llamaba Art. Me recordaba a Amory, aunque quizá me recordaba a la persona que yo ya no era. Iba allí casi todos los días para fingir que escribía. En realidad él también fingía trabajar, ya que se pasaba todo el tiempo leyendo a poetas irlandeses desconocidos detrás del mostrador, y luego venía a recitármelos. Si le pedía un vaso de vino él se terminaba el resto de la botella. Para no contaminar la ortodoxia estética de aquellas tardes con Art, no me llevaba el ordenador y me limitaba a escribir frases en mi libretita. Él había tenido la delicadeza de no preguntarme nunca mi edad (treinta y ocho), y yo seguía con el engaño —al menos conmigo misma— de que me creyera mucho más joven.

Se definía como poeta, y aunque leía versos de poetas evidentemente publicados visto que tenía sus libros en la mano, vivía en el mito de una vida errante como alcohólico y marginado y le horrorizaba la idea de poder firmar algún día un contrato y ver sus poemas impresos en un producto con código de barras. Yo le leía los poemas —traducidos sobre la marcha— que escribía cuando tenía quince años, y disfrutábamos de esa vida previa a cualquier decisión, previa a cualquier exordio, previa a cualquier opinión escéptica del departamento de marketing sobre la cubierta. Un día, sin embargo, tuvo la mala idea de buscar mi nombre en Google y descubrió que yo ya había publicado dos novelas. La intimidad de aquellas tardes se volvió de pronto inservible. Empezó a no hacerme caso.

—Mira que he vendido muy poco —intentaba tranquilizarle.

Dejó de recitarme versos y se terminaba las botellas por su cuenta.

Luego se trasladó a Grecia, y hoy él también tiene un hijo. Debe

de tener un par de años. Miro sus fotos en Facebook, sus rizos rubios llenos de sal, él en bañador en la playa. Ha perdido su aire decadente y está lleno de yodo.

No sé por qué la gente que temo haber traicionado se construye una nueva vida a orillas del mar.

Aunque no sentía arder el fuego sagrado de la escritura, de niña llevé un diario durante una temporada. No me interesaba conservar a futura memoria mis padecimientos infantiles, sino engañar a mi madre. Sabiendo que lo leería —y en efecto así lo hacía—, le regalaba una versión de mí misma para su uso y disfrute.

A veces incluso añadía dibujitos —dado que me gustaba dibujar —, incluida una versión pictórica de un juego mental mío llamado *La Matanza*, en el que imaginaba carnicerías por causas desconocidas: gente perdiendo miembros, partiéndose en dos, expectorando órganos internos. Mi madre no entreveía problema alguno en que una niña fantasease con un apocalipsis truculento y gore, siempre que no manifestase pulsiones sexuales. Cuando gracias a mis compañeros de colegio descubrí la forma estilizada de una polla, empecé a esconder en mis frescos de carnicerías pequeñas pollas disfrazadas de otra cosa: florecillas, chimeneas, las coletas de una niña que, desgraciadamente, se veía obligada a caminar sobre los brazos porque sus miembros inferiores habían explotado para caer desparramados sobre su perro.

Hace unos años intenté releer aquellos diarios y la distancia entre mi invención y la realidad me pareció menos evidente: debí de trabajar bien el grado de verosimilitud para que mi madre no se sintiera engañada. Ahora bien, aquel deliberado ocultamiento me imposibilitaba cualquier revelación; con todo, sentía una extraña intimidad con lo que leía: no había nada que fuera verdad y me embargaba la ternura, eran mis primeros pasos en la impostura. Se me llegó a ocurrir la idea de tomar páginas de los diarios e insertarlas en este libro, igual que pensé en insertar cartas entre Cecilia y yo, pero aparte de la intención estética no conseguía verle el sentido. Tanto valía el inventármelas yo, pensé. En cualquier caso ya estaban inventadas: las páginas escritas especialmente para mi madre, las cartas en las que relataba mi cuarto año de instituto que nunca había vivido, las que hacía que me enviara Amory Blaine en las que enumeraba sus aventuras sentimentales solo para provocar

mis celos.

Después de entregarle las primeras páginas de la novela, mi hermano y yo hicimos un pacto respecto a nuestros dos libros sobre la familia: no leernos el uno al otro mientras los escribíamos para no influirnos. En realidad era un pacto unilateral porque fui yo quien lo estableció, ya que él, como siempre, no entendía cuál era el problema. Su novela trata en gran parte de la empresa en la que trabajaba mi padre, y lleva meses entrevistando a antiguos empleados que le conocieron. Hace unos días me dijo que había entrevistado a Rosa.

—¿Quieres escuchar la grabación?

Fue un golpe muy bajo, porque estaba claro que la curiosidad superaría cualquier temor a dejarme influir.

Estábamos sentados en una fea pizzería con mesas en la acera, en el bochorno vespertino de un agosto romano. No sé por qué mi hermano y yo nos sentimos tan intimidados por la solemnidad, como si tuviéramos miedo de tener que manejar el énfasis de ciertos momentos. Sentimos una profunda devoción por la dejadez, tenemos que rebajar el tono de una declaración de amor, meter un chiste idiota, embadurnar de salsa el papel en el que estamos escribiendo algo que nos hace llorar, dejarnos la bragueta abierta si alguien está rompiendo con nosotros.

Aquella tarde mi hermano llevaba su habitual camisa arrugada con un botón desabrochado en el vientre y la patilla de las gafas pegada con cinta roja. Colocó su teléfono móvil sobre el mantel de papel en medio de nuestros platos, el suyo vacío y el mío con los bordes reblandecidos de la pizza. Luego puso en marcha el audio y se comió mis bordes.

Rosa —que no se llama Rosa— tenía una voz rotunda y todavía juvenil, un marcado acento romano y una estupenda ironía. Dado que mi hermano tiene previsto escribir una novela política, gran parte de la conversación versaba sobre la sindicalización de la empresa y la ineluctable atrocidad de los despidos. Rosa recordaba

aún todo de aquellos años, hablaba del papel de nuestro padre, de su sufrimiento en la escisión entre hermandad obrera y responsabilidad de directivo.

Luego mi hermano, con la misma desenvoltura con la que colocaría el audio de la amante de su padre en la mesa mugrienta de una pizzería, le preguntaba de repente: «A ver, ¿hubo una historia entre vosotros?».

En mis recuerdos Rosa es la que escribía desvaídas cartas de amor a mi padre. La verdad es que no recuerdo nada de esas cartas, apenas tengo certeza de su existencia. No sé si realmente eran tres, no soy capaz de citar ni una sola frase y no es verdad que tenga muy presente su letra.

En mi familia cada uno tiene su manera de sabotear la memoria en beneficio propio. Siempre hemos manipulado la verdad como si fuera un ejercicio de estilo, la expresión más completa de nuestra identidad. En ocasiones nos concedemos por lo menos el beneficio de la duda en lo que a nuestros sabotajes se refiere, guardamos un pequeño resquicio en nuestro interior para restablecer la exactitud de los acontecimientos, pero lo contrario es mucho más frecuente: olvidamos la mentira inicial o el hecho mismo de que se trate de una mentira.

Por ejemplo, mi madre está convencida de que el anillo que llevo en el dedo de la mano izquierda es una herencia de la abuela Muccia. Es de oro, con un pequeño camafeo, y se remonta al periodo de transición entre la juventud y la edad adulta, cuando las chicas dejan de llevar plata y se pasan a las joyitas de oro. Me había obsesionado con los camafeos.

Le digo a mi madre que me lo he comprado yo y se enfada:

—¿Por qué tienes que contarme siempre tantas mentiras?

No sé por qué le gusta tanto la idea de que el anillo es de mi abuela, pero a estas alturas he dado por buena su versión y hasta se me ha olvidado dónde lo compré. Cuando alguien me dice: «Qué anillo más bonito», le respondo que era de mi abuela. Incluso podría aventurar una sonrisa nostálgica como si echara de menos el golpe de su taza de café contra mi pecho.

Por su parte, mi padre practicaba la manipulación a través del despotismo, era lo que construía la realidad, las paredes y los deseos de los demás. Para él ni siquiera existían los recuerdos, solo

la eficacia del presente, encontrar soluciones a problemas que nadie se había planteado. Cuando decidió comprar la casa de mis abuelos en las afueras de Roma presentándose en la de su hermana con un maletín lleno de dinero, hizo pasar toda la operación por el cumplimiento de un sueño endémico, la redención heroica de toda su familia, mientras que yo llevaba años rogándole que me comprara un piso en Berlín en una época en que eran más baratos que en un pueblecito de Aspromonte.

Mi hermano, que hubiera podido entrar en Mensa por sus habilidades mnemotécnicas, sufre una forma peculiar de amnesia. Una vez le conté un suceso tragicómico de mi vida.

—Parece la escena de una novela —me dijo. Y vaya si lo parecía.

Un par de años más tarde encontré esa escena en su novela. Le envié un mensaje para reclamar el *copyright*.

—Caramba, fíjate, ¡qué coincidencia! —fue su comentario.

Las tres cartas de Rosa eran para mí algo muy parecido. Hoy ya no puedo determinar el grado de invención a tal respecto, pero ya entonces estaba en marcha mi proceso fraudulento. Desde un punto de vista narrativo sentí que tenía mi propia historia. Había transgredido las órdenes de mi padre, le había robado las llaves de su casa y la trama del destino me había llevado hasta esas cartas.

En mi imaginación de veinteañera necesitaba esa traición. No quería hacerme ilusiones románticas sobre mis padres. No quería aceptar que el amor estuviera representado por una mujer deprimida que escuchaba Radio 3 y un hombre colérico que levantaba paredes dentro de casa.

Para mi hermano la relación entre mis padres siempre ha sido un modelo: dos personas que se quisieron hasta el final. Para mí es el modelo de todo lo que nunca quise en mi vida: dos personas que no se hacían felices y que estuvieron juntas hasta el final. Había tomado las cartas de Rosa como la prueba que buscaba: el matrimonio entre mis padres era una farsa y podía sentirme liberada de mis responsabilidades como hija. Y necesitaba tanto esa prueba que probablemente acabé fabricándola.

Mi madre abrazó la viudedad con el mismo estoicismo que mi abuela. Siempre tuve la esperanza de que conociera a otra persona, de que se dejara cautivar, de que encontrase un nuevo significado a

la palabra «libidinoso», pero sé que no ocurrirá. Por la noche, cuando no consigo dormir y recibo sus múltiples mensajes de buenas noches («Cucú, buenas noches», «Que duermas bien», «Buenas noches de mamá», «Dulces sueños», «*Good night*», «*Good night and good luck*»), a veces me llama «cariño» y por un momento me hago la ilusión de que no van dirigidos a mí, de que he interceptado accidentalmente el mensaje destinado a un amante, y me regodeo en esa ilusión. Ella piensa en su ejército de niños no nacidos, yo pienso en su batallón de amores que nunca existieron.

Hoy, sin embargo, me doy cuenta de que el hallazgo de las cartas de Rosa también tenía otro propósito. La fuga en secreto con Bra, la tensión de la mentira, el viaje en coche, el deseo palpitante antes de la llegada: estaba a punto de coronar una fuga de amor. ¿Y después? Esa era la pregunta que me había llevado a concentrar el resto del día en aquel desvío epistolar. Me sentía angustiada por el «después».

Soy de esas que van a despedirse de los poetillas rusos que se marchan y de los novietes que llevan las letras de Bob Dylan en el bolsillo, pero se guardan mucho de subirse al autobús para Moscú o de seguir al torturador de guitarras por las calles de Dublín. Cuando Amory Blaine me esperaba a la salida del colegio, me regalaba sus perlas de sabiduría: «Una persona sentimental cree siempre que las cosas han de durar, un romántico espera contra toda esperanza que no duren». Asentía, pero quería ser más radical que él y esperar desesperadamente que las cosas no empezaran siquiera.

—A ver, ¿hubo una historia entre vosotros?

Rosa se tomaba su tiempo para contestar, un tiempo que me pareció interminable mientras escuchaba aquel silencio nervioso, entre avergonzado y divertido.

—No lo sé, Christian. Depende de lo que entiendas por historia. ¿Qué quieres decir con eso? Una historia…

Y ahí hizo otra pausa. Las manejaba a la perfección. Ya no quedaban más bordes en mi plato.

—Una historia es un concepto ambiguo.

Luego dio una respuesta más directa, pero que me interesaba menos.

Mi hermano me miró con expresión complacida, como diciendo: «¿Te das cuenta?».

Nunca sé qué hacer con la complacencia de los demás, la observo como a un monstruo extraterrestre y luego me deprimo.

Mi hermano cogió el móvil de la mesa y se puso a trabajar en un larguísimo post de Facebook sobre la situación de la basura en Roma. Es uno de los temas que más angustia despiertan en mí. Sé que se puso a escribirlo solo porque yo no había reaccionado como esperaba ante su complacencia previa. Hay dos temas a los que les he puesto un veto porque me hacen sentir frágil e impotente: la basura en Roma y las multas que le toca pagar.

Si a los tres años intentaba morder el cristal cuando alguien no le hacía caso, a los cuarenta y cinco escribe posts de veinte páginas sobre la percolación urbana.

Así que mientras él lidiaba con su post yo pensé en otra posible versión de la historia con Rosa.

Después de la muerte de mi padre podría haberme puesto en contacto con ella. Una bonita confrontación entre mujeres. Quizá no hubiéramos elegido una pizzería, sino un bar. Podría describir el encuentro en todos sus detalles, su forma de acercarse, sus andares, su manera de sentarse, de quitarse o dejarse puestas las gafas de sol (¿haría sol?). ¿Qué habría pedido? ¿Fumaría? Habríamos tomado un vino probablemente, dos copas de blanco. Habría anotado cada pequeño gesto, cada mirada, cada vacilación, cada tic, cada rareza a la que atribuir una implicación emocional. Yo me habría preguntado si vería en mí algo del hombre que había amado y perdido, igual que lo había perdido yo. Dicen que tengo la boca de mi padre.

Nos traerían el vino. ¿Habríamos brindado? Sí, pero ¿por qué? La vida que sigue, los supervivientes, las supervivientes, Rosa, Oca.

—Lo siento —me diría.

Entonces yo la habría mirado intensamente a los ojos —¿marrones?, ¿azules?—, porque eso es lo que corresponde, dos mujeres en la mesa de un bar, dos copas, un encuadre de serie televisiva, y yo apenas habría separado los labios, con la boca de mi padre, para dejar unas palabras como un bálsamo literario.

—No hace falta. Me siento feliz de que os hayáis amado.

Luego habría una frase final, incluso una epifanía afectiva, un pequeño detalle del que solo podrían estar al corriente los que conocían a mi padre. Habríamos hablado de sus ataques de cólera,

que en los recuerdos acaban pareciendo más divertidos que amenazadores, o de las mangas de camisa que hacía acortar a su sastre porque era demasiado bajo. Nos habríamos reído. Nos habríamos emocionado. Y, por último, un sentido brindis. El epílogo de toda gran historia: la reconciliación. Créditos finales.

Me hubiera encantado tener momentos así en mi vida. Decirle a Cecilia por qué no fui a Villa Borghese a las diez de la mañana. Que la abuela Muccia pudiera saber que hoy contemplo con devoción el ragú sobre el fuego. A veces meto incluso un huevo dentro de la carne. Sin embargo ¿cómo puede uno reconciliarse con algo o alguien si sus sentimientos están difuminados? ¿Si se transforman en el propio acto de formarse?

Pueden quitárnoslo todo excepto nuestros recuerdos, dicen. Pero ¿a quién le interesaría tal expropiación?

La mayor parte de los recuerdos nos abandonan sin que nos demos cuenta; en cuanto al resto, somos nosotros los que los transmitimos en secreto, los difundimos por ahí, los promocionamos celosamente, como vendedores puerta a puerta, como charlatanes, en busca de alguien a quien engatusar para que se suscriba a nuestra historia. Con descuento, a mitad de precio.

La memoria es para mí como el juego de dados al que jugaba de pequeña, solo es cuestión de decidir si es inútil o está trucado.

Hace unos días, una amiga me preguntó de qué trataba mi nuevo libro, este libro. Yo no supe qué decirle, cada frase contradecía a la anterior, cada intento de síntesis me parecía ineficaz. Tenía la impresión de estar agavillando coartadas, de justificarme por una fechoría de la que nadie me había acusado.

—Sí, pero ¿por qué lo escribes entonces? —dijo, como si esa pregunta pudiera en cambio tranquilizarme.

El significado de todas las cosas tiende a asemejarse en cuanto se te pide que lo expreses, y parece que la verdad solo puede residir en la reticencia. En otros tiempos escribía mi diario para mentir a mi madre, pero ahora ¿qué estaba haciendo?

Un hombre, cuyo juicio ha adquirido últimamente un peso desmesurado en mi vida, me había dicho que mi escritura era «gélida». Como también es escritor no debe de haber elegido esa palabra al azar. No era ni un insulto ni un cumplido, pero tampoco una plácida constatación. Era un juicio que iba más allá de nuestros gustos literarios, más allá de la crítica, por más que, después de todo, si hay algo bueno —o malo— en hablar de literatura es que siempre resulta ser un pretexto para hablar de otra cosa. Su argumento era que yo no era nada gélida en la vida, mientras que en la escritura hacía todo lo posible por serlo. Recurría a los libros para escudarme, sustrayendo las partes más frágiles, tiernas y divertidas de mí misma. Para responder a mi amiga podría decir: «Lo estoy escribiendo para él», pero ahora que lo digo es como si las razones pertenecieran ya a otra persona.

Recordé las palabras de Rosa: «Una historia es un concepto ambiguo».

Para mí escribir es esencialmente esto. Escribo cosas ambiguas y frustrantes. Incluso los pocos cuentos de hadas que escribí de niña eran así. Había una vez una espiga que crecía en un bosque.

—¿Y cómo fue eso? —me preguntaba mi abuelo.

—No tengo ni idea.

La historia terminaba ahí. A mi abuelo le parecía bien. A mí también.



VERONICA RAIMO (Roma, 1978) es escritora, guionista y traductora. Ha publicado las novelas *Il dolore secondo Matteo* (2007), *Tutte le feste di domani* (2013), *Miden* (2018) y *Nada es verdad* (2022; Libros del Asteroide, 2023), ganadora del Premio Strega Giovani y el Premio Literario Viareggio-Rèpaci. Ha publicado el poemario *Le bambinacce* (2019) y en 2012 escribió el guion de la película *Bella addormentata*, dirigida por Marco Bellocchio. Ha traducido del inglés a autores como F. Scott Fitzgerald, Ray Bradbury y Octavia E. Butler, y colabora en diversos periódicos.

Notas

[1] Tercer canal de la RAI, la radiotelevisión pública italiana, especializado en programas culturales y música clásica. (*N. del T.*). <<

[2] El sistema educativo en Italia consta de tres niveles: la escuela primaria (cinco cursos, desde los seis a los once años), la escuela media (tres cursos, desde los once a los catorce) y la escuela superior o *liceo* (cinco cursos, desde los catorce a los diecinueve). (*N. del T.*). < <

[3] En italiano, cuando se califica como una *oca* a una mujer (y últimamente también a un hombre, un *oco*), se la tacha de persona frívola, con escasa inteligencia y cultura. (*N. del T.*). < <

[4] Forma despectiva de referirse a los originarios de las regiones del sur de Italia. (*N. del T.*). <<